

DOMINICK HARPER □□□□

George Little



Capítulo 1

DOMINICK HARPER ES GANADORA DE UN PREMIO COMO MEJOR NOVELA INFANTIL 2017... Y COMO Mejor Protagonista Masculino -DOMINICK en 2016.

PREMIOS MGE ME GUSTA ESCRIBIR.

«El joven protagonista de Dominick Harper: vivir entre la luz y las sombras, de George Little, nos ha cautivado a todos.» Comentario de: ME GUSTA ESCRIBIR.



RESEÑA DE UNA LECTORA: «Realmente, no sé por donde comenzar, me ha encantado ¿sabes?, ¡y vaya que sí! Tienes una forma de manejar la poesía realmente genial, no sé como explicarte lo que me ha causado este libro. Tristeza, asombro, empatía hacia el pequeño. Hacía mucho tiempo en el que sentía que la lectura era vacía, que los escritores ya no eran personas, si no máquinas sedientas de dinero y éxito, pero ¿ésto?... Esto es maravilloso, se nota la dedicación, el tiempo, el amor. Se nota en cada

palabra que amas lo que haces y ¿sabes?, jamás me había tomado la molestia de comentar una historia de ésta manera, por más que el escritor lo pidiera. Pero yo...solo necesitaba decirte que tu arte es...simplemente hermoso, ¡mucho éxito! ☐» LuBelieberOctubre 2016. (Usuaria de Wattpad. Escritora.) ☐☐☐ ☐☐



«El corazón puro de un niño puede brillar aún viviendo entre las sombras, porque para Dominick Harper... no toda en la vida es oscuridad.» ☐☐

☐ APOYA ESTA NOVELA CON 5 APLAUSOS. NO TE VAYAS SIN APLAUDIRLA, POR MEDIO DE ESTA OPCIÓN... HAZME SABER QUE TE HA GUSTADO LA OBRA. GRACIAS. ☐ ☐ ☐ ☐ BUSCA LA OPCIÓN "APLAUDIR".

LECTORES AGRADECIDOS LO HAN APLAUDIDO 610 VECES: ¡GRACIAS POR ELLO! ESTO ME ANIMA MUCHO.

☐☐ ☐☐☐☐ ☐☐☐☐

Actualizado: Martes 28 Diciembre 2021.



DOMINICK HARPER

VIVIR ENTRE LA LUZ Y LAS SOMBRAS

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Todo había sucedido muchos años atrás, en Inglaterra; una historia sobre un niño de mente brillante y un corazón noble. Lleno de méritos por sus actos de bondad, generosidad y humildad, y entre otras cualidades que despertaban unánime simpatía y agrado por él. Muchos que llegaban a conocerlo, lo señalaban como una persona con ángel, con un carisma especial: lleno de gracia y encanto. Pocos son los niños que llegan a existir en la tierra de tal forma que llegan a ser extraordinarios como Dominick Harper Doyle.

El padre del pequeño fue un apuesto inglés, que por desgracia, a su mediana edad de los treinta y uno: había muerto. Un coche de caballos lo había atropellado en plena calle y lo había arrastrado un trecho, un suceso lamentable. Su prematuro deceso ocurrió un poco más de cuatro años. Pero cuando él vivía, tuvo la dicha de conocer a una gran mujer, Erinn Doyle, una inmigrante que se encontraba sola y vulnerable; asustada ante desconocidos y sin un techo donde dormir. Ella había huido a Liverpool sin tener más familia a su lado, pues le había sido arrebatada por la muerte causada por la peste y la gran hambruna en Irlanda.

No obstante, la mujer tuvo la fortuna de toparse con él, pues aquel hombre la había tomado bajo su protección y ganó su corazón y tuvo con ella un hermoso hijo. Ciertamente fue un buen padre y esposo; era modesto, sencillo, educado y cabal, que lo hacía digno de confianza. Pero aquella dicha memorable de aquella mujer irlandesa con tal hombre no le había durado por mucho tiempo... las cosas habían cambiado con la más amarga y penosa penuria, pero Erinn lograría sostenerse con valentía.

A pesar de su miserable vida, Erinn Doyle aún poseía un espíritu de lucha que lo mantenía activa y productiva, y con una espléndida belleza... y era de infinita bondad, de cual se le admiraba por sus buenos hábitos espirituales. Ella había inculcado a su único hijo los buenos valores que muchos de los niños ya no expresaban en sus relaciones cotidianas.

Por tanto, Dominick resultó ser una maravillosa persona, más de lo que su madre podría esperar de un hijo. Pero algunas personas cristianas y de buena fe... esperaban mucho más para el pequeño... un prodigio proveniente del cielo, pues pensaban que tarde o temprano el niño podría hacer grandes cosas por gracia divina. Por ejemplo una asombrosa curación a quien más lo necesitara. Sin embargo, la observación de ellos era de total exageración, al creer que un muchachito como él, con tanta generosidad y hechos santos de conducta, podría ser digno de tal privilegio y bendición.

Y no solo su inteligencia y forma de ser del pequeño era de admirarse, también no dejaba de asombrar (aquellos que llegaban a conocerlo) sobre el físico que adornaba extrañamente a Dominick Harper. Pocas personas sin escrúpulos lo contaban entre las personas misteriosas, fenómenos de circo; pero realmente el físico del niño no era para nada grotesco, estaba lejos de serlo. Porque no a todos les parecía igual, sino todo lo contrario: encantador.

Muchos veían que él siempre mantenía una dulce expresión marcada en su rostro, ya que sus delgados labios se rasgaban hacia arriba, justo en las comisuras, y eso lo hacía parecer como si estuviera constantemente sonriéndole a todo el mundo, e incluso podía decirse que de un modo entrañable. Aunque no se le notaba cuando se le encontraba demasiado triste, pues en tal condición, su mal gesto pesaba como el plomo, y desfiguraba aquella permanente sonrisa que alentaba a muchos.

A pesar de todo, Dominick era realmente hermoso, con ese rostro redondeado que le daba un aire inocente. Y tenía una nariz respingada con gracia; y sus ojos resultaban ser tan brillantes, de color verde grisáceo, el mismo color de los penetrantes ojos de su fallecido padre.

Su cabello, resultaba ser de un castaño claro que, bajo los rayos del sol, brillaba como un chelín recién acuñado. No obstante, en el jovencito había tres cosas peculiares en su aspecto, aunque esto no lo hacía menos encantador, a pesar de que algunos pocos dijeran sobre él: «¡Vaya rareza!».

El caso es que Dominick de apenas nueve años, no parecía realmente tener esa edad, aparentaba mucho menos. Y resultaba ser más pequeño

que otros niños de su edad; quien lo viera por primera vez no le resultaría para nada un enano, estaba muy lejos de parecerlo. Tal condición física fue el resultado a su nacimiento prematuro y que había afectado su normal crecimiento, pero que milagrosamente había logrado sobrevivir. Su madre cuando lo vio por primera vez, le pareció tan pequeñito e indefenso que ese día lo tomó en sus brazos y lo amó con todo su corazón, porque el fruto de su vientre se había aferrado a la maravillosa vida.

Otra cosa extraña y poco usual es que Dominick tenía el cuello el doble de largo de lo normal. Y lo otro, era que conservaba de manera maravillosa, unas mejillas rojizas que solo los niños más pequeños podían tener de forma temporal, aunque él las tenía extrañamente resaltadas y permanentes, y que eran tan rojas como las manzanas de finales de otoño. Algunos pocos, sobre todo los niños sin educación, lo llamaban entre risas burlonas: el niño rojizo.

Pero las desgracias en la vida no faltarían para un niño inclinado en lo bueno y temeroso de Dios. Tenía una fe tan firme y lleno de esperanza sobre un mundo mejor basada en la sagrada escritura: la Biblia. Sin embargo, a pesar de todo infortunio, Dominick Harper era como un haz de luz en medio de aquel mundo gris en el que solía vivir día tras día.

A poco más de dos años de la enviudes de la madre, ella se había casado precipitadamente con un forastero irlandés al que apenas conocía. Y en los dos años que corrieron desde su matrimonio, había vivido entre la dicha y la desilusión.

Posteriormente la salud de Erinn Doyle no duraría por mucho; ella enfermaría de gravedad hasta llegar en un estado tan crítico y desesperante.

Esta vez, Dominick le tocaría vivir la peor experiencia de su vida que un niño allegado a su madre podría experimentar. Pues una inmensa sombra cubriría su vida de manera desagradable y lo marcaría para siempre como una de las mayores cicatrices en su corazón. Desde entonces las cosas serían mucho más difíciles para el pobre niño.

Sin embargo, los infortunios por venir... también le abrirían nuevos caminos dichosos por delante; sorpresas agradables a su vida y aventuras inesperadas. Así que durante su infancia, su camino hacia la luz sería más brillante entre la oscuridad; y él ciertamente no tendría temor.



□□

© Era las primeras horas de la noche del viernes 4 de septiembre de 1857, en Birmingham, la segunda ciudad más grande después de Londres. Ese día, el jovencito se encontraba esperando afuera de la habitación de su madre, Erinn, la señora de Gibbs, que llevaba poco más de cuatro meses enferma. Por desgracia, su estado de salud había empeorado progresivamente en los últimos días.

A pesar de su enfermedad que amenazaba su vida, su belleza no se marchitaba del todo.

Howard Gibbs, un hombre descomunalmente alto y que tenía un aspecto áspero, era el padrastro de Dominick; y no tenía más de un minuto que

había entrado con una taza de té con un derivado de flor de opio procedente de china, que se decía que era eficaz para el dolor y que seguramente, ayudaría a su moribunda esposa en el momento más difícil para ella.

La joven mujer estaba tendida en su lecho de muerte, algo jadeante, frágil y muy delgada, con un semblante que mostraba tristeza y cansancio a causa de su penosa enfermedad.

Consciente de estar cerca de su último aliento, Erin no temía a la muerte, más bien, su inquietud era el destino que pudiera deparar a su único y amado hijo ante un padrastro alcohólico de conducta impredecible.

Howard, con su rizada y larga cabellera negra y descuidada, tan negro como el ébano, y con una barba sin afeitar por días: se acercó a ella.

La mujer le dijo con una voz lánguida y pausada:

—Howard... ya te lo había dicho..., ¿por qué te muestras renuente en traerme esa taza de té? Sabes muy bien que no lo beberé.

El angustiado esposo con un par de ojos marrones oscuros, clavaron en ella su intensa mirada.

—Te ayudará mucho para el dolor y te hará dormir. Créeme que el efecto será muy rápido. Lograrás descansar —le aseguró Howard a dicha objeción con esa elevada voz grave que tenía.

—No es que dude de que el té no cumplirá el efecto deseado..., sé que lo hará —había admitido ella de que aquello le traería algo de alivio. No obstante, Erinn estaba algo sorprendida respecto al opio que su marido le había conseguido para prepararle aquella taza de té que estaba en la pequeña mesa junto a la cama; es por eso que añadió—: Y mira que te has empeñado en conseguir lo que necesitabas para mí a estas horas de la noche.

Su esposo no tardó en responderle con su grave voz:

—Sí, porque lo necesitas. El té de opio es amargo, pero lo suavicé con un poco de miel.

—¿Cómo fue que lo conseguiste y has sabido prepararlo adecuadamente?
—preguntó ella, esforzándose por hablar con todo su empeño como podía.

—Un herbolario chino de nombre Yong Weng me lo vendió y explicó...

Deberías beberlo.

Pero la mujer, con un timbre de voz que aún sonaba clara, replicó con determinación:

—No quiero. Podré soportar el dolor tanto como sea posible sin estar drogada... Solo deseo estar consciente hasta mi último aliento.

Ante esta negativa, de todas formas él cogió la taza de té y se lo acercó a los labios secos y agrietados de su mujer con el fin de disuadirla.

En respuesta, Erinn hizo un gesto de rechazo con la cabeza.

Howard se desconcertó.

—Al menos, intenta beber unos sorbos, me duele verte sufrir de esta manera —insistió él con un aire de resignación sombría.

—No insistas más, por favor. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero? —exclamó ella al mirarlo. Luego de aquellas palabras, ella entrecerró los ojos; su frente estaba algo sudorosa por la agitación.

El señor Gibbs, que estaba sentado en un pesado banco macizo de madera ubicado junto a la cama, tenía una profunda desesperanza de verla de nuevo con buena salud. Desalentado, dejó la taza de té en la mesita; enseguida tomó un paño limpio y lo empapó en agua en una cubeta de madera y lo escurrió; empezó por refrescarle el rostro.

—Estoy desesperado. ¿Qué más podría hacer por ti para socavar tu sufrimiento? Es difícil entender tu negación —dijo él, después de haber intentado de aliviarle el terrible dolor con aquella bebida que resultaba ser bendita para muchos dolientes moribundos.

La mujer entreabrió los ojos y le miró de nuevo.

—Olvida ya mi sufrimiento, porque pronto podré salir de esto con la muerte... Por ahora, solo deseo recordarte una vez más lo que te dije hace dos días, porque siento con más fuerza mi agonía, de que este será mi último día de vida.

El hombre, cuya edad oscilaba sobre los treinta siete años, arrugó su frente con impotencia de no poder hacer nada para evitar que la muerte no se la arrebatase para siempre.

—No pienses en eso, amor. Y tampoco deberías hablar en esta condición —le dijo él con la incertidumbre reflejada en su rostro.

—¿Y entonces tener que morir poco a poco en silencio? —objetó ella con voz neutra—. No..., yo quiero decir tantas cosas... a ti y a mi hijo, antes que la hermosa luz de la vida se aparte de mí.

—Entiendo —dijo él de manera compasiva.

Y se produjo un corto silencio en ella, después de hacer una profunda respiración.

Ante esto, Howard arqueó ligeramente las cejas al observar el gesto cansado de su esposa.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó su esposo algo alarmado, pues la veía más agitada—. Será mejor que descanses un poco —sugirió.

—No... debo hablar amor —dijo ella de pronto.

—Esta bien, hazlo, pero no digas muchas palabras —pidió él.

—Solo deseo hacerte recordar algunas cosas, asegurarme de lo que en verdad hay en tu corazón —dijo Erinn.

—Que más podrías ver en mi corazón, sino que mis buenas intenciones de hacer lo que me has pedido —dijo el hombre en una actitud que parecía estar dispuesto.

Después de haber escuchado aquello, Erinn le miró profundamente, y luego reflejó una débil expresión de cariño en su pálido rostro hacia él.

—Solo déjame hablar, amor —pidió ella.

Howard aprobó con una inclinación de cabeza e hizo a un lado el paño húmedo.

La promesa de Howard que no debe de olvidar

—¿Qué quieres que recuerde? Estoy escuchándote, amor —dijo él con voz cálida cuando se inclinó hacia ella lentamente y le acarició con delicadeza

su rostro.

—Howard, ¿en verdad cuidarás de mi hijo?, ¿podrás sostener tu juramento de que no lo maltratarás? —inquirió ella, en un tono de angustia que empezó a emerger, mirándolo fijamente a los ojos.

El hombre la observó por unos segundos, con un leve atisbo de perplejidad.

—Sí, claro, cuidaré muy bien de él, pues te he jurado que no lo maltrataría —respondió él—. Pero ¿por qué tienes que preguntármelo más de una vez? Ya te di mi palabra de que así sería.

—Le ruego a Dios que no olvides tu promesa, Dominick es un buen niño, y no merece sufrir más de lo que ya ha sufrido. ¿Puedes comprender eso?

Howard respondió:

—Lo entiendo. Esta vez intentaré tratarlo como si fuera un hijo de mi propia sangre.

Erinn siguió moviendo sus labios pausadamente cuando le habló ahora con la voz más dulce y de tal forma que clava directo al corazón.

—Espero que puedas cumplir con tu palabra..., estoy esperanzada de que así sea. Deseo que Dominick pueda vivir en paz contigo y sea feliz. Es un buen niño que no merece sufrir más.

—Así será, amor —afirmó su esposo—, no dudes de mi palabra.

Al haberlo escuchado, una vez mas ella le miró con esa profundidad y cariño.

—Si estás siendo sincero conmigo, podrás hacer que mi corazón se sienta en paz —dijo Erinn aún con esa dulzura en su voz y al tiempo que ponía su mano sobre la mejilla de su esposo de manera suave, con afecto y ternura; al final, ella pudo sonreírle con levedad.

Entre tanto, Howard tuvo una reacción de temblor en la comisura de su boca entre aquellos labios gruesos, y sus ojos estaban tan abatidos que empezaron a brillarle; son los profundos sentimientos que le embargaron el alma cuando la escuchó con esa gran ilusión.

Erinn notó un destello de inquietud en el rostro de su esposo.

—¿Qué es lo que te sucede? —le preguntó ella en un tono de voz

tranquilizador. Estaba extrañada—. Anda, dime algo.

Sucedió que el corazón del hombre se había doblegado, sintiéndose culpable, ya que el remordimiento empezó por atormentarlo, porque sus palabras no fueron con el corazón. Pensó que lo menos que podía hacer ante los últimos momentos de vida de su mujer, era simplemente ser sincero. Sería la forma correcta de aliviar un poco su conciencia que ya pesaba sobre él de manera abrumadora.

Después de unos segundos de silencio, Howard empezó a hablar sin mucha firmeza en sus palabras:

—Lucharé por cambiar, Erinn... Si es que... —El hombre de repente detuvo sus palabras y bajó la mirada; sus manos se pusieron temblorosas y tensas.

Erinn empezó a inquietarse.

—Termina lo que tengas que decirme, quiero escucharlo —pidió ella con ansiedad, a la vez que intentaba mantener un tono tranquilo.

Howard, desesperanzado, tuvo que elevar la mirada hacia Erinn para decir su verdad con toda la pena del mundo.

—Si es que puedo lograrlo... Tal vez pueda hacerlo, no puedo asegurarlo —soltó él vacilante.

Erinn frunció el entrecejo, perpleja. La expresión dubitativa de su esposo y de aquellas palabras inciertas, bastó para que ella empezara a dudar con bastante seriedad; por tanto, su rostro se ensombreció con preocupación.

—¿Has dicho «tal vez»? ¿fue eso lo que escuché? —dijo ella con evidente decepción.

El rostro de Howard denotó perplejidad y los surcos de su frente se le marcaron aún más. Fue evidente para el hombre alcohólico, que ella estaba inquieta por el futuro incierto de su hijastro que pronto estaría totalmente en sus manos.

—Sí, eso dije. Reconozco que no me será fácil, pero intentaré cumplir con tu mayor deseo —contestó él en un tono atormentado. Y pasó los dedos suavemente por la mejilla de su mujer para tranquilizarla, cuando dijo—: No debí ser tan sincero contigo para no preocuparte.

—Pues ahora presiento con mucha fuerza que no lo harás. Siempre has querido cambiar para bien, pero nunca lo has logrado... ni conmigo, ni con

mi hijo —exclamó ella, con un tono sumamente amargo y sombrío.

—No puedes asegurarlo, Erinn, no me des por perdido. Esta vez las cosas podrían cambiar para bien, como tú quieres que sea. Así que no puedes decirme eso con toda certeza —fue la inmediata respuesta del hombre.

—Sí puedo decirlo, Howard. Ahora te noto inseguro y se me hace difícil creer que esta vez tendrás determinación para hacerlo con buena voluntad. —Sus ojos se humedecieron al borde de las lágrimas, y agregó con lamento—: ¿Qué será de mi pobre Dominick cuando ya no esté con él? Me duele tener que morir preocupada.

Howard súbitamente se consternó. Tomó apresuradamente la mano de Erinn con cariño, y acercó su cara grande, tanto que Erinn pudo sentir el aire de la respiración de tal hombre.

—No digas eso, amor. No me hagas sentir peor de lo que ya me siento a causa de tu maldita enfermedad —exclamó él con amargura; y enseguida pegó su frente a la de ella con delicadeza, cerrando con fuerza sus ojos, y añadió con dulzura en un susurro—: Solo desearía tanto que sanaras, no me gustaría perderte. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Erinn Gibbs intentó serenarse y lo apartó un poco de su rostro para poderlo mirar fijamente.

—Estoy segura de que moriré pronto —dijo ella ahora sin rodeos—. Si de verdad me amas, espero que cumplas con tu palabra y que cuides de Dominick, mi único hijo; que lo hagas tan bien como si fuese tu propio hijo... ¡Oh, por Dios, debes dejar de lastimar a mi pequeña criatura con tus malas palabras! —le imploró ella con fuerza al final de sus palabras.

Howard Gibbs reaccionó, despegándose un poco más del rostro de su mujer. La miró entristecido.

—¿Por qué insistes en hablarme de esa manera? ¿Quieres torturarme?
—dijo Howard con cierta amargura.

Erinn alzó la mirada hacia Howard, con las mejillas surcadas por arroyos de lágrimas. Y alzó ambas manos estiradas hacia él para tocar suavemente las mejillas ásperas del hombre.

—No, no es esa mi intención —dijo ella con la voz más suave y dulce que él podía escuchar—. Solo hablo con firmeza para que no olvides tu juramento. Y si no logras cambiar realmente para contigo mismo, al menos deseo que a él nunca más lo maltrates.

Howard Gibbs no pudo pronunciar en ese instante palabra alguna. Solo se limitó a mirarla con aire pensativo, mostrando evidente incertidumbre en su expresión.

El beso que sella la promesa de Howard Gibbs

—Dime... ¿Por qué te has quedado callado? —preguntó ella más serena.

Pero él no respondió. Solo se puso de pie muy cerca del borde de la cama y cerró los ojos y arrugó su rostro, frustrado por la inconstancia en sus caminos..., tanto que se sintió angustiado, temiendo no poder cumplir su forzada promesa, pues su corazón siempre lo traicionaba cuando sus terribles nervios lo dominaban, y la ansiedad siempre le impregnaba en su alma tormentosa... Y cuando eso sucedía, empezaba a emborracharse hasta perder el control de sí mismo y no saber más nada de él.

Tras considerable esfuerzo, Erinn consiguió alzar y extender la mano para sujetarle el brazo.

Ante aquel acto, Howard Gibbs reaccionó y reabrió los ojos, con sus largas y pobladas pestañas negras; miró cómo la mano de ella le sujetaba con fuerza.

—Solo basta con que dejes en paz a mi hijo, ¿acaso eso sería algo imposible para ti? —exclamó ella, con un atisbo de desesperación en su voz.

El hombre, que aún mantenía la mirada fija sobre la mano de Erinn que sostenía su antebrazo, sintió una tortura interior por aquellas palabras.

—Howard... mírame y escúchame atentamente, que mi vida pronto se apagará con la muerte —le dijo ella con evidente ansiedad cuando trató de levantar un poco la cabeza y hablar con más fuerza y claridad.

Él actuó con rapidez y entornó la mirada hacia la mujer; expectante ante lo que pudiera decirle ella a continuación.

—Por favor..., solo hazme creer que así será —dijo la mujer con tono suave cuando captó su atención.

—Sí, sí, lo haré, lo haré, pero ya basta Erinn, no te esfuerces más por hablar así. Estás agitada y muy débil —respondió él de inmediato a la

constante inquietud de su mujer.

—Gracias... por decirlo. —Ella dejó caer la cabeza sobre la almohada, y su rostro adquirió una expresión de profunda calma y serenidad—. Por favor, ve y llama a mi hijo, y déjame a solas con él; cierra la puerta cuando entre.

Howard Gibbs le dedicó una mirada compasiva.

—Está bien, cariño. Pero no te esfuerces por hablar mucho con él; mantente tranquila.

—Espera..., aún no te vayas —le detuvo ella en un murmullo apagado.

El hombre se giró hacia ella y observó expectante los ojos de color avellana de su mujer.

—Antes de irte, habrás de sellar tu promesa con un beso en mi frente —propuso Erinn—. Lo he pensado ahora y sé muy bien, que con este buen gesto que te pido, nunca podrás olvidar lo que me prometiste.

—Te daré ese beso tal como deseas si eso te tranquiliza —respondió él con prontitud.

Entonces, Howard se acercó y se inclinó hacia ella para darle un beso solemne y tierno.

—Te amo, Erinn... Perdóname, por favor, por todo el daño que te he causado —dijo con la voz más acariciadora, pasándole con delicadeza, una mano sobre el cabello largo castaño claro.

—Ya te he perdonado. Ahora, puedes irte en paz —dijo ella con voz cálida.

Sin más que decir, Howard se retiraba de la habitación. Y pasó por la entrada agachando la cabeza para no tropezar con el marco de la puerta por su gran altura.

Dominick, con esa expresión tranquila que lo caracteriza, vio salir a su temido padrastro: un hombre que no cambiaba de cara por esos rasgos toscos que siempre lo hacían parecer enfadado.

Pero un cambio repentino en el semblante de Howard surgió: su cara reflejó dolor.

El muchachito quedó sorprendido al verlo, cuando tal hombre trataba de ahogar su llanto; sin embargo, aquel alto y fornido irlandés no pudo contener las lágrimas. Era la primera vez que Dominick veía a Howard

lamentarse de esa triste manera.

El niño quería consolarlo con algunas buenas palabras o simplemente darle un abrazo, pero no se atrevía hacerlo, porque el temor mermaba en su corazón a causa del mal carácter que siempre dominaba en el espíritu de tal hombre.

Capítulo 2



DOMINICK HARPER



© Ahora bien, cuando Howard dejó de emitir los escasos gemidos ahogados, secó sus lágrimas con esos grandes dedos que tenía, pues sus manos eran fuertes y enormes, fuera de lo común en los seres humanos.

Y es que un hombre como él, de esa gran altura y de cabeza grande con rasgos toscos en su rostro y esa voz tan grave que tenía, ciertamente intimidaba a muchos, y más a los que conocían su feo carácter (que muchas veces era un borracho desaseado y de larga cabellera). El nunca iba con una sonrisa en su rostro cuando andaba en la calle. Y rara vez podía sonreír, aunque ciertamente no lo hacía mucho.

Los niños que vivían en la zona mayormente empobrecida, y que en un momento de sus vidas se habían cruzado anteriormente en su camino: le temían; y a bajas voces le decían el gigante irlandés. No era de sorprender que los pequeños lo llamasen algunas veces a sus espaldas de una manera grotesca: «la bestia. Y si que lo era muchas veces.

Entonces, el padrastro dirigió la atención en el niño con esa mirada profunda e intimidante. —Dominick —le llamó con esa voz grave y con ese acostumbrado perfil seco que tenía—, tu madre te llama.

El pequeño se levantó de la silla tan pronto escuchó su llamado, y dio unos cuantos pasos vacilantes y con los nervios de punta. Entonces titubeó para entrar, quedándose inmóvil sin poder dar un paso más. Pensó que al haber visto gemir a su padrastro, notó con claridad, que el inevitable fin de su querida madre se había acercado. Sentía tanto temor de ver extinguirse la vida del ser que era su mundo entero.

—Anda, ¿qué esperas? Entra ya —le ordenó su padrastro en tono impaciente. Pero enseguida el recapacitó y recobró la calma—. ¿No te das cuenta de que tu madre se está muriendo? —Sus manos le temblaban por la falta de alcohol, y por otro lado, conteniendo su mal carácter, pues la abstinencia lo hacía un ser irritable, una bestia.

Luego de aquellas palabras, el pequeño se armó de valor y cruzó la puerta con el corazón palpitante.

Al entrar, Howard le cerró la puerta.

El semblante de Dominick se apagó mucho más al verla tendida en la cama, demasiada pálida y respirando con cierta dificultad. Para él era desgarrador ver a su madre así, enferma y enflaquecida, cansada por su tormento. ¡Cuánto se le comprimía el corazón por el dolor que le causaba esa desagradable visión!

La mujer dejó escapar un fuerte gemido a causa de dolor que no la dejaba en paz.

Al oírla, Dominick experimentó una vez más una aguda punzada en su pecho.

—¿Mamá? —dijo Dominick con voz temblorosa, cuya luz de las velas sumía la mitad de su rostro en las sombras.

Al escuchar la voz de su amado hijo, Erinn abrió con lentitud los ojos; y tuvo un leve destello alegre en su mirada por la grata presencia de su único hijo. Entonces ella le sonrió con ligereza.

—Mi pequeño Dominick, mi amado hijo... anda, acércate —le llamó ella dulcemente.

El jovencito, que veía con compasión a su madre, se acercó con premura hacia ella, abatido. Y un par de lágrimas ya se escapaban entre sus mejillas rojizas.

Erinn, al tenerlo tan cerca, alzó el brazo y posó la mano con cariño en su notable mejilla colorada.

—Dominick, mi precioso hijo, cuánto siento que tengas que sufrir por mi causa —dijo ella, con aquella permanente voz apagada que tenía desde su dura agonía.

—Es solo que me duele verte así, mamá —dijo con una voz que había sonado en un desaliento tan profundo en él—. Desearía tanto que estuvieras saludable... poder verte sonreír, tal como lo hacías antes, y además, escucharte reír.

Pero ella le dijo:

—Mi pequeño, de corazón noble... no te preocupes, este mal pronto me dejará en paz al fin. Ya no tendrás que verme sufrir de esta triste manera.
—Un profundo silencio siguió a sus palabras.

—¡Pero yo no quiero que te mueras, mamá! —soltó diciendo Dominick con fuerza, para romper aquel incómodo silencio.

Al haberlo escuchado y resignada a su muerte, los ojos de Erinn se anegaron de lágrimas, hasta el punto de hacerlos brillar.

—Es inevitable... —dijo ella; y para tranquilizarlo, añadió con serenidad—: Pero trata de estar tranquilo. Mira que no le tengo miedo a la muerte; será solo como un sueño profundo. Pero hay una maravillosa esperanza de la resurrección y lo sabes. Y cuando eso suceda... Dios nos promete ponernos a salvo bajo su Reino en un paraíso; y desde entonces... las cosas serán diferentes; espero volverte a ver allí algún día.

—Y allí estaré contigo ese día, mamá... y será para siempre como Dios quiere que sea.

Apenas ella le sonrió cuando su semblante cambió repentinamente a un estado de preocupación.

—Oh mi querido hijo, ahora temo dejarte solo con un destino incierto... sin nadie más que te cuide y realmente te ame como yo.

—¿Qué clase de destino, mamá? —preguntó él.

—De que estarás solo al lado de un hombre con adicción al alcohol. —Fue su respuesta: cruda e inesperada, con esa sombra de tristeza en sus ojos.

Los ojos de Dominick se entrecerraron con incertidumbre al oír aquello.

Y ella continuó diciendo con cierta angustia en su voz:

—No sé qué te deparará la vida a su lado; no quiero que nada malo te suceda.

Dominick hizo una pausa para recuperar su aliento. Entonces enderezó los hombros y alineó la cabeza para responder con algo de ánimo.

—No te angusties por eso mamá, sabré cuidarme muy bien. Además, Howard no ha sido tan mala persona; creo que en el fondo de su corazón existe algo bueno, no se atrevería hacerme más daño aparte de sus insultos y jaloneos. Siento que el hombre bueno que fue al principio con nosotros... volverá algún día mamá, volverá —dijo Dominick, esperanzado.

—Ya no sé qué pensar acerca de él; quisiera creer lo que sientes en tu corazón, pero ya no estoy tan segura de eso —le declaró Erinn con ese gran desaliento que tenía—. Pero sí te diré que Howard me ha prometido que no te maltratará; espero que al menos, eso lo pueda cumplir.

—¿La promesa de que no me maltratará? —repitió Dominick algo sorprendido, e inquirió preocupado—: Pero aún será un borracho, ¿cierto? —Torció el gesto y puso cara con un poco de contrariedad.

—Es muy probable que sí —respondió ella. Y empezó a lamentarse con esa tristeza reflejada en su ojos—: Creo que Howard no podrá cambiar del todo, ni siquiera mi muerte tendrá un efecto positivo en su vida.

Dominick soltó un suspiro de frustración.

—No digas de nuevo de que morirás, mamá —dijo Dominick, sin querer aceptar la oscura realidad que le avecinaba a su querida madre.

Con todo el dolor que suponía escuchar aquellas palabras, ella solo se limitó a decirle:

—Cuánto quise que Howard fuera como un segundo padre para ti; pero por desgracia, ha sido víctima de un mundo oscurecido que lo ha succionado hasta lo más profundo de su ser. Y todo a causa de un mal desconocido que cada vez hace más daño a la humanidad; en especial a los más vulnerables, como tú, que quedará desprotegido de mis propias alas.

En eso, Dominick trajo a su memoria lo aprendido.

—No es un mal desconocido mamá... todo es a causa del querubín, a quien se le llamo Diablo al pecar al engañar a Eva y calumniar a Dios; y sus demonios... los ángeles que se rebelaron contra Dios en los días de Noé. Tú misma me lo has demostrado con la Biblia que siempre has llevado contigo, y me has enseñado mucho sobre su contenido. Son ellos que se aprovechan de la imperfección de los seres humanos. El pecado de Adán y Eva nos ha acarreado todo el sufrimiento que hay en el mundo.

—Tienes razón, hijo, en cuanto al origen del mal. Solo que... a causa de este dolor y sin poder dormir, mi mente ya no está tan lúcida para hablar con claridad. —Cerró por un instante los ojos y los volvió abrir débilmente.

—Tranquila, mamá. Tu mente sigue siendo tan lúcida como siempre... Es solo que he corregido un poco tu pensamiento. —Tras estas palabras, pese a la inquietud y la angustia que mermaba en su espíritu, el niño inglés forzó una sonrisa para borrar el bochorno por el error de su santa madre.

Erinn observó con placer la expresión del rostro de su hijo a medida que él dibujaba esa hermosa sonrisa que le traía brillo a su hermosa carita.

—Tu sonrisa es encantadora Dominick, es un bálsamo a mi alma ante este dolor. Nunca dejes de sonreír de esa manera tan dulce —le exhortó ella, y trató de corresponderle con la misma sonrisa que era el reflejo del fruto que había producido en su vientre: sonrisas semejantes e inconfundibles.

—Sí mamá... me esforzaré por sonreír cada día.

Entonces su madre le miró con ese profundo cariño reflejado en su rostro. Y pensó:

—¿Sabes qué, hijo?

—¿Qué cosa, mamá?

—Creo que tú no necesitas sonreír mi hermoso niño..., esa sonrisa ya lo tienes marcado en tus delgados labios —dijo ella—. Y aunque esa sonrisa tuya suele desaparecer cuando estás muy contristado... tu sonrisa siempre estará allí por lo regular.

Al escuchar aquellas palabras: Dominick sonrió aún más como una luz en la oscuridad.

Mientras tanto, su madre le miró con esa dulzura en sus ojos, e intentó sonreírle una vez más; esta vez creía que sería la última sonrisa de su vida que le dedicaría a su amado hijo.

Los buenos principios que Dominick debe recordar siempre

—Dominick... —se esforzó por decir su madre cuando su sonrisa se había apagado.

—Sí mamá, dime —respondió con voz profunda, muy atento.

Con una paz interior que solo Dios le podía dar, Erinn dijo con toda serenidad:

—Pronto habré de irme de este mundo. Quiero decirte tantas cosas; así que escucha con atención a todas mis palabras, porque deseo que nunca

lo puedas olvidar.

Dominick se sentó al borde de la cama y se inclinó un poco hacia ella, y con delicadeza tomó su mano sudorosa y temblorosa y se la apretó suavemente.

—Mamá, dime todo lo que tengas que decirme, yo te escucharé con atención. —En su voz se traslucía cierta angustia.

Erinn le miró con los ojos apagados y con marcadas ojeras oscuras. Lo que ella anhelaba era que Dominick, no olvidara los principios morales que le había inculcado desde pequeño. Quería expresarle con claridad sus últimos deseos.

—Querido Dominick, quiero que recuerdes todo lo que te he enseñado con mi buen ejemplo. Nunca dejes de ser un buen niño; y aunque los hombres malos quieran seducirte para ser como ellos, no desistas en hacer el bien a los demás.

—Mamá, seré un buen niño, como tú quieres que sea. No tienes por qué preocuparte por eso —dijo al mirarle con profundidad con sus traslúcidos ojos.

—Lo sé hijo, pero a medida que los niños crecen y dejan su inocencia atrás..., sucede que, bajo las malas influencias, muchos cambian y se hacen malos. No te imaginas el daño que causan a la gente de un modo u otro. Pero tarde o temprano... pagarán por sus malas acciones. Si no sucede ante la justicia de los hombres..., no escaparán de ninguna manera ante el tribunal de Dios.

—Eso no sucederá conmigo mamá. No seré como ellos, ni cuando sea grande —aseguró el niño, con ímpetu.

Erinn de Gibbs prosiguió dándole más consejos, porque sentía que moriría de un momento a otro, y no había tiempo que perder. Debía dejarlo preparado para enfrentar la vida con sabiduría y cautela, ante una sociedad carente de principios, donde Dios ha muerto para muchos o viven como si él no existiera.

—Siempre recuerda lo que dice la Biblia, «las malas compañías echan a perder los buenos valores». Por eso deberás elegir bien a tus amigos —aconsejó ella.

—Sí, mamá. No me juntaré con personas malas que puedan influir en mi conducta para el mal —recalcó una vez más el precioso niño.

—Tampoco quiero que la pobreza sea excusa para que tu vida no se rija por la honradez. Y que la bondad y el cariño sea la que predomine en tu

vida, aunque muchos estén faltos de ella.

—Nunca robaré nada a nadie, mamá, trabajaré por el pan de cada día y también seré bondadoso —se apresuró a decir Dominick.

—Me alegra todo lo que me has dicho —respondió ella un poco más animada—. Tú puedes ser feliz con lo poco que tengas, no tienes nada que envidiar a los demás que lo tienen todo. Así que finalmente, querido hijo, afronta todas las tentaciones con valentía y huye de ellas. Y sé fuerte ante las difíciles pruebas que aparezcan en tu vida.

—Haré siempre todo conforme a tus palabras, mamá —dijo Dominick, secándose un par de lágrimas que recién le habían salido, pasando sobre ellas con el dorso de la mano.

Ella replicó con dulzura.

—No simplemente conforme a mis palabras, querido hijo, sino todo conforme a la voluntad de Dios. Eso es lo más importante, no lo olvides.

—Lo sé mamá —reconoció Dominick—; haré mi mejor esfuerzo.

Entonces ella le comentó de manera memorable para que Dominick nunca pudiera olvidar:

—¿De verdad lo harás, hijo? ¿Prometes que lo harás en medio de un mundo casi oscurecido?

—Sí, mamá, seré lo que tú quieres que sea. Y aunque tenga que pasar entre las tinieblas, yo constantemente brillaré como la luz. Te lo prometo. Seré un hombre de buena voluntad ante Dios —respondió él con voz lastimosa.

Al escucharlo, los ojos de la señora Erinn de Gibbs brillaron por un instante, y se sintió dichosa, orgullosa de tener un hijo como él.

Entonces ella le comentó:

—A pesar de la gran oscuridad que hay en el mundo... que la luz siempre brille sobre ti, querido hijo, que tus buenos actos reflejen lo que realmente eres ante Dios y los hombres.

Luego el silencio envolvió aquel lugar lúgubre cuando Erinn, con un aspecto sumamente cansado, cerró los ojos pesadamente, en un claro

gesto de agotamiento, y respirando por la boca un tanto entreabierta

—¿Mamá...? —la llamó él con una mezcla de preocupación y extrañeza—. ¿Estás bien?

Su madre reaccionó abriendo los ojos ampliamente (habiéndolo hecho de forma paulatina). *Sintiendo muy pesados los párpados ante su gran debilidad.

—Solo descanso un momento, cariño —respondió ella con una voz más clara y relajada—. Tal parece que el dolor se ha apiadado un poco de mí, al no sentirlo por ahora. Aunque hablar demasiado en este estado... me cansa un poco. —E hizo una pausa para dejar escapar un cansado suspiro.

—Ya no deberías hablar tanto mamá; tienes que descansar. Podemos hablar más tarde, si quieres —propuso el niño con ternura.

Pero tras una breve pausa, ella continuó diciendo:

—No... Necesito decirte otra cosa sobre Howard.

Al escuchar de nuevo ese nombre, Dominick tuvo un inquietante pensamiento que lo asaltó de pronto y le quitó por un instante el aliento.

—¿Mi padrastro...? ¿Sucede algo con él? —Dominick se puso un poco nervioso.

—Es solo que quiero que mantengas la distancia cuando esté ebrio, y que actúes con cautela frente a él. Y si lo ves irritable, siempre responde con una respuesta apacible, esto apartará su agresividad, tal como aconseja la Biblia.

—Recuerdo bien ese pasaje bíblico... Así será, mamá.

—Y nunca lo contraríes... Haz lo que te pida: siempre y cuando no sea contra tu propia integridad física y emocional... Hijo, ¿has comprendido todo lo que te he dicho?

—Lo he entendido todo, mamá; tomaré en cuenta tus consejos.

Su madre quedó satisfecha al decir:

—Que así sea, tal como te lo has propuesto; ahora podré descansar en paz... Confío en el buen don que Dios te ha otorgado, esa innata madurez e inteligencia precoz que te hace tan especial, de los pocos que

seguramente hay en la tierra.

La muerte le quita la vida a Erinn de Gibbs

De pronto, ella contrajo su rostro de dolor, y había parpadeado varias veces seguidas; luego tuvo un sobresalto, llevando una mano hacia su pecho; sentía como se le comprimía. Estaba muy asustada, tanto como nunca antes lo había estado; notaba como el ritmo de su corazón menguaba con premura, tratando de inhalar bocanadas de aire por la boca, pues le hacía falta el oxígeno. Finalmente sentía de manera aterradora, que su muerte era inminente. Ahora estaba mucho más pálida y agitada.

—¿Mamá?, ¡¿mamá?! ¿Qué te sucede? —exclamó Dominick, sumamente alarmado.

Ella empezó a respirar pesadamente, tratando de tranquilizarse; y tomó la mano de su hijo.

—Hay un libro donde escribí bastantes palabras para ti —se apresuró a decir su madre con la voz agitada y susurrante—. Quiero que mis letras escritas con el corazón, puedan guiarte por el buen camino... Consérvalo por siempre, mi querido hijo.

La pobre mujer, con sus mejillas humedecidas por las lágrimas, sintió como su corazón se apagaba, casi al borde del desmayo.

—No me sueltes la mano hijo, no me dejes morir sola —dijo ella con angustia en un hilo de voz.

—Aquí estoy mamá, estoy contigo. No te soltaré —se apresuró a decir Dominick ante la mirada aturdida de su madre.

Ahora su mirada ya no estaba centrada en su hijo, estaba perdida. Toda la vida que ella había tenido con sus memorables recuerdos, pasó por su mente de manera muy rápida y clara. Ahora su vida se apagaba rápidamente.

Ante la urgencia, su hijo preguntó apresuradamente, tratando de no

alterarse:

—Mamá, dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Ella apenas movía su boca, pero ahora las palabras le salían sin fuerza.

Dominick se inclinó rápidamente con su oído cerca de los delgados labios de su madre, intentando escucharla.

Sin embargo, las palabras de ella eran entrecortadas y confusas, envueltas entre la agitación de una respiración mucho más forzada.

Una sombra de desconsuelo y dolor asomó en el rostro del niño. Y su voz se quebró entre sollozos suaves cuando dijo:

—Mamá, habla más fuerte para que pueda escucharte, quiero saber lo que me dices.

Erinn estaba demasiado aturdida para contestar.

—Mamá, háblame, por favor —pidió de nuevo Dominick angustiado como nunca antes.

Ella levantó un poco la cabeza e intentó abrir la boca para decir algo más al oído atento de su hijo, pero de sus labios ya no brotó ningún sonido; fue cuando sus delgados labios habían sido sellados por la muerte: que es cruel y despiadada. Erinn de Gibbs finalmente había muerto en paz, siendo aún tan joven, tan hermosa, y lamentablemente... a la edad de veintinueve años.

Dominick estaba consciente del profundo silencio que reinaba en su madre, y es por eso que sospechó lo peor. Se atrevió a mirarla y se quedó sorprendido: ella tenía los ojos entreabiertos e inexpresivos, no había el menor brillo en ellos. Su cuerpo estaba inerte, con la cabeza ladeada un poco hacia la derecha.

El muchachito zarandeó con delicadeza el cuerpo de su madre, pero ella ya no reaccionaba.

Entonces el niño desorbitó sus ojos, muy seguro de que no había ninguna señal de vida. La vaga esperanza del pequeño de verla un poco más de tiempo con vida, se había ocultado terriblemente entre las sombras como la negrura de la noche.

Ante aquello, el niño pudo imaginar ver una intensa sombra: la sombra de la muerte, que de forma fugaz y de manera sigilosa, se deslizó desde el

aire hacía su madre, con ese largo traje oscuro y de aspecto tenebroso. No tenía rostro alguno bajo una capucha, y portaba una mortífera arma cortante de vidas, una hoz.

Dominick vio como la muerte comenzó a tocarla con sus famélicos dedos, y la cubrió con su sombra... llevándose la vida de su madre al vacío del seol o el hades (palabra hebrea y griega, que como indica la Biblia, es la sepultura colectiva a la que van los difuntos o, lo que es lo mismo, al lugar simbólico donde la mayoría de la humanidad duerme el sueño de la muerte).

Fue así como perfiló Dominick a la muerte, aunque creía desde el punto de vista bíblico, que la muerte era algo abstracto o impersonal, considerado como un enemigo del cual el mundo no podría escapar de él, y que siempre está presente al acecho de todos, sin importar edad y condición social: sean buenos o malos.

Poco después, Dominick suspiró buscando la calma, pero no pudo, ya que fue inevitable no sentir el dolor que cada vez se hacía más intenso, y abundantes lágrimas empezaron a rodarle por sus mejillas rojizas, sintiendo la necesidad de posar su rostro sobre el pecho de su madre y dejar salir todo el dolor que sentía. Y en efecto, estalló en un llanto profundo, como se llora cuando se ha perdido completamente todo.

Alertado por el fuerte lamento, Howard Gibbs entró corriendo a la habitación y se detuvo detrás de la puerta, intrigado.

—Dominick, ¿qué sucedió, por qué lloras sobre tu madre? —preguntó inmediatamente el hombre en un tono sombrío.

El niño alzó su pequeña cabeza y le miró con sus ojos lagrimosos; pero no hubo respuesta inmediata.

Las facciones del padrastro se habían endurecido como el pedernal, mostrando ahora un rostro más desfigurado, molesto, y exclamó a su hijastro:

—Te hice una pregunta, ¿qué sucede?

Dominick se puso de pie, haciéndose a un lado para mostrarle lo ocurrido.

Y el hombre sospechando lo peor, puso atención a su mujer. Vio aquel desagradable cuadro oscuro. Y preguntó muy preocupado:

—¿Qué pasa con tu madre?

Dominick le costó un gran esfuerzo pronunciar la siguiente palabra:

—Mi madre... ha muerto.

Los ojos de Howard se abrieron al máximo. Aquellas palabras del niño lo dejó consternado. Le resultaba difícil digerir aquella cruda realidad de saber que nada es para siempre. Había perdido lo más valioso en su vida. A pesar de haber sido un esposo duro, nunca dejó de amarla, aunque fuera a su manera de hacerlo, pero siempre la amó como a ninguna mujer.

Howard sucumbe de nuevo al vicio del alcohol

Desolado, el hombre gigante se adentró a la habitación con los ojos vidriosos, hasta estar frente al lecho de muerte de su mujer, y dejó escapar un largo suspiro de resignación; y con delicadeza le cerró los ojos de quien fuera su amada mujer.

Luego giró la vista y la fijó en su hijastro, que lloraba sobre el cadáver de su madre. Sintió una punzada de lástima por él bajo un panorama desolador.

Howard, con un rostro que mostraba confusión y pesar por la desgracia, quiso posar con ternura obligada su mano tosca sobre el delicado hombro del niño; pero el hombre titubeaba en hacerlo, no estaba acostumbrado a dar tal afecto, era comúnmente seco, falta de cariño; pero al final así lo hizo, le palpó con forzada ternura.

—Vamos, muchacho, sé fuerte; a final de todo... ella descansa del despiadado dolor, se ha ido de esta agitada vida; pero siempre estará presente en nuestros corazones —le dijo el con voz tenue, tratando de contener su propia desolación.

En respuesta: Dominick asintió con la cabeza (y sus labios le temblaban, y los ojos continuaban llorosos), mirándole con atención, porque temía que si no lo hacía así, Howard lo regañaría. Ya que muchas veces el hombre le

había dicho que siempre que él le hablara, lo mirara fijamente a los ojos.

Pero algo en el contristado rostro de Dominick consiguió mover una sensación de buen sentimiento en el interior de Howard.

—No tengas miedo de mí. Anda, llora todo lo que quieras —le dijo con voz queda, al mirar que el niño lo observaba con cierto temor.

Seguido de aquello, Howard dirigió su atención en sus grandes manos; observó cómo le temblaban sin poderlas controlar.

—Te dejaré con ella por un momento mientras bebo un poco de licor... lo necesito —exclamó desesperado, dominado por los nervios y con la frente algo sudorosa.

Llevaba noches sin poder dormir bien, y todo debido a la ansiedad. Las sombras de su vulnerable debilidad al alcohol lo arrastraban para sucumbir al sucio y repugnante vicio una vez más, cosa que no podía poner fin a su vida y dejarlo en el oscuro pasado.

Con pasos presurosos fue hacia una esquina de la habitación; y oculto en un mueble, tomó una botella que contenía medio contenido de whisky. Le quitó el tapón con desesperación, y bebió con ansias.

Los seis días agonizantes de Erinn lo habían hecho caer en el síndrome de la abstinencia, con una tremenda resaca que había sido su tormento y del cual tuvo que soportarla, porque no quería tener aliento a licor mientras acompañaba a su mujer hasta su muerte, ni tampoco faltar a su palabra, no mientras ella estuviera viva. Su intención, aunque forzosa, era dejar el licor, pero no estaba dispuesto a dejarlo ahora, no tan pronto.

Los ojos de Dominick brillaban con incertidumbre, temeroso de su destino al ver aquella mórbida escena de su padrastro.

Ahora tendría que vivir sin la protección de su madre, quien siempre había abogado en su defensa ante un hombre alcohólico e impulsivo, sin saber qué se pudiera esperar de su padrastro un día tras otro. Hasta ese momento, Dominick solo había recibido maltratos verbales y, algunas veces, hasta empujones y fuertes tirones.

Inclinado aún en la cama, el niño giró su rostro hacia su madre, que yacía en la cama serena, ausente de vida, y la miró con profundidad y sentimiento.

Dominick había aprendido muy pronto del dolor y lo irrevocable que es la muerte, experiencia vivida desde que murió su padre, y en aquel momento, con el lamentable fallecimiento de su madre. Esos fueron los hechos inesperados que le tocó vivir a temprana edad al verse privado de

sus padres de una muerte a otra y en tan corto tiempo, quedándose totalmente huérfano. ¡Qué desgracia resultaba ser para el pobre Dominick todo esto! Situación realmente inconsolable. Dominick no se lo desea a nadie, es terrible.

—Mamá, descansa en paz. Y que Dios te tenga en su memoria y pueda levantarte a la vida en el día de la resurrección. ¡Te quiero por siempre, mamá! —exclamó Dominick, dándole el último abrazo y un beso en la frente.

Después de aquello, se limpió sus amargas lágrimas con el dorso de sus manos.

El hombre errante bebió más de aquel whisky escocés, al tiempo que observaba al niño que se había contenido de llorar y puesto de pie.

Por su parte, Dominick había aspirado hondo y se obligó a mantener la calma esta vez.

Howard le puso el corcho a la botella, y caminando hacia el niño, se limpió con el dorso de la mano la humedad del licor que se le escurría por sus labios gruesos y por su ancha barbilla.

Entonces le dirigió a Dominick una mirada que revelaba cansancio e hizo un esfuerzo por mantener la voz calmada, y le dijo:

—Anda muchacho, ve a tu cuarto y trata de dormir, que mañana a temprana hora iremos con los que prometieron ayudarnos para su funeral. La enterraremos el domingo.

Y el muchachito le respondió con el corazón algo oprimido por el dolor:

—Sí... Está bien. —Enseguida, Dominick se giró con la mirada apagada, moviendo los pies hacia la salida de la humilde habitación.

Howard experimentó un fugaz sentimiento de lástima por él.

—Dominick —le llamó su padrastro en un tono tranquilizador.

El jovencito se detuvo y le dirigió una mirada cargada de sufrimiento contenido.

—¿Sí?—respondió el niño a duras penas.

—Tus ojos no se ven nada bien, están ojerosos. Tal vez sea porque no has dormido mucho en estos días que han sido tan difíciles para nosotros... así

que trata de dormir bien. —Con estas palabras, el hombre había mostrado un buen gesto para con el niño.

Pero antes de marcharse, Dominick tomó conciencia de algo.

—Perdón por preguntar... Pero ¿dónde habrá de dormir? Si quiere puede dormir en mi cama y yo en el suelo —dijo, con un buen gesto de consideración para con el hombre.

—No. Dormiré aquí, en el sillón. Ahora déjame ya, que quiero estar a solas con ella, y cierra la puerta al salir —dijo el hombre gigante con amargura.

Dominick obedeció, y salió hacia a su pequeña habitación con el corazón encogido, pensativo... de que tendría que vivir a solas con su temido padrastro.

Darko, el Búho de Dominick

Ahora estando el niño en su estrecho cuarto, entre la oscuridad y retazos de luz amarillenta parpadeante de dos velas encendidas en un candelabro, cuya habitación estaba adornado sin muchos enseres (más que una cama, una vieja cajonera y una mesa con su silla), Dominick se dispuso a sentarse y suspiró de cansancio. Sus ojos eran admirables, pues le brillaban entre la luz de las velas, y las sombras que no lo apagaban.

Acto seguido, se quitó sus viejos zapatos y calcetines. Y antes de subir a la cama, vio la débil luz de la velas que hacía más desconsolado aquel momento y prefirió apagarlo con un suave soplo; le bastaba con la luz de la luna.

La noche era algo cálida. Y tras el cristal de la ventana con carpintería de madera, se podía ver la luna llena: que alumbró completamente en aquel día viernes 4 de septiembre de 1857. Aunque la luna no lucía demasiado, pues la delgada niebla difuminaba su intenso resplandor.

Finalmente Dominick apoyó su cabeza sobre la almohada en busca de relajación.

Tras un minuto, un sobresalto lo hizo incorporarse. Sus pies tocaron el suelo junto a su cama. Había escuchado por unos segundos los alaridos histéricos de su padrastro que rasgó el silencio de aquella triste noche.

Algunos perros callejeros que estaban allí cerca, huyeron despavoridos, ladrando, algo asustados por el fuerte grito de llanto que los sobresaltó. Esta vez Howard no se contuvo en nada ante su dolor.

Una vecina solitaria de a lado que había sido solidaria con ellos en muchas ocasiones... alcanzó a escuchar ese trágico llanto; ella los conocía a todos ellos; sabía sobre la condición lastimosa en que vivía Erinn, sin sospechar en ese momento, que ella ya había muerto. La mujer solo dejó pasar aquel grito de dolor del hombre a quien le temía, y lo tomó como un estado de desesperación por la enfermedad que su querida amiga lamentablemente padecía.

Mientras tanto, el pequeño no podría hacer nada que pudiera consolar al hombre dolido, solo se limitó a observar la hermosa luna llena centrada en su pequeña ventana. Su expresión de profundo dolor seguía allí, con los ojos humedecidos y brillantes ante aquella luz lunar.

De pronto, la luna parecía brillar más y más, y emergió en ella, una transformación de un cráneo humano, una calavera; fue la repentina visión de sus ojos al imaginarlo así por un instante. Enseguida Dominick sacudió la cabeza para deshacerse de aquella desagradable visión. Por tal motivo cerró los ojos e intentó tranquilizarse y pensar en algo agradable que no fuera la muerte.

A los pocos segundos suspiró y los volvió abrir solo para mirar a través de la ventana, el cielo alto desde una visión diferente... implorando con la vista al Dios Todopoderoso por consuelo y fortaleza.

—Tengo que ser muy fuerte, tal como me ha dicho mamá. ¡Oh Dios, que estás en los cielos, ayúdame a ser fuerte! Mira lo que siento: la tristeza por la muerte de mi madre me atormenta, y mi corazón se siente vacío sin ella —clamó el niño desde su corazón en un hilo de voz. Y continuo orando con fervor.

Poco después, Dominick se acostó de nuevo y cerró sus ojos (dejando ver sus largas y finas pestañas); entrelazó sus dedos de sus manos para concentrarse en su sueño. Pasaron los minutos y el niño trataba de dormir, pero resultaba difícil de hacerlo (abría y cerraba sus ojos sin cesar).

De repente el sonoro ulular de un búho llegó a sus oídos.

—¿Darko? —pronunció Dominick, tras abrir sus ojos como platos. Se medio incorporó en la cama, con la mirada fija en la ventana, muy atento.

Un búho se desprendió de un árbol cercano y voló con elegancia cruzando la calle, con sus majestuosas alas extendidas y una mirada penetrante color naranja, enfocada hacía la dirección donde estaba el niño.

Poco después, las alas del ave nocturno dejaron de batirse al momento de pisar hábilmente sobre el borde de un barril de agua junto a la ventana; era grande y hermosa.

Dominick saltó de un brinco de la cama, y con prontitud abrió aquella ventana.

El búho, con ligereza, dio un pequeño salto de vuelo del barril al marco de madera.

—Darko —pronunció su nombre con una ligera sonrisa, mirando al hermoso animal color marrón, con unas elegantes plumas alzadas sobre su cabeza que parecían orejas.

Él lo abrazó suavemente sobre su pecho.

Pronto, los ojos de Dominick, que hacía un par de segundos lucían tristes y apagados, se encendieron de un modo apremiante.

El ave le transmitía esa paz y tranquilidad que tanto necesitaba en un momento tan difícil, dándole alivio cuando el animal le restregaba con la cabeza de forma cariñosa sobre el pecho del niño, directo en el corazón.

El niño cargó con el Búho en sus brazos y se sentó al borde de la cama y le acarició el pico con su dedo índice; y pasó su dedo en su cuello emplumado y cabeza; el búho movía su cabeza ágilmente: mirando aquí y allá.

—Es consolador tenerte ahora conmigo, Darko..., me alegra verte —agradeció Dominick con sentimiento, cuando miró muy atento al animal nocturno que había posado sus patas con garras de una manera suave en las piernas del niño.

En consecuencia, el búho ululó de manera suave y Dominick simplemente volvió abrazarlo con delicadeza, porque el muchachito que ahora tenía el alma vacía, sintió la necesidad de un afecto consolador, aunque proviniera de una simple ave nocturna.

Al poco rato, el niño se separó del búho, cuyo animal dio un salto de vuelo hacia el marco de la pequeña ventana, y allí ululó una vez más y empezó

agitar sus alargadas alas para salir de la estrecha habitación.

Dominick se apresuró ir tras el ave, asomándose en la pequeña ventana; vio como el búho desaparecía entre las sombras de la noche.

Finalmente, Dominick cerró la ventana y se acostó más tranquilo en su cama. El niño trató de dormir, y esta vez pudo lograrlo... Dominick al fin se había quedado dormido.

¡Gracias por no irte sin aplaudir y apoyarme! ☐ Así sabré a quién le gusto mi obra.

Autor George Little.

SafeCreative / Código de Registro: 5607184231967 (Fecha de registro: 17 de Enero 2014.)

Copyright © Enero 2014. Todos los derechos reservados.

Capítulo 3



CAPITULO 3

ERINN DOYLE

□□

© Howard estaba sentado en el sillón. Hacía varios minutos que había contenido el llanto y, debido a las lágrimas que había derramado, sus mejillas estaban humedecidas. Y como un bebedor empedernido, se llevó

la botella a la boca para dar unos tragos más.

Ahora que Erinn no estaba con vida, había empezado a experimentar una terrible soledad entre las cuatro paredes; incluso sentía el corazón más vacío que antes. La única ventana que había en la habitación, estaba cerrada con una puertecilla de madera. Y tras aquellas paredes, apenas oía vagos ruidos de la noche: que no eran más que algunos grillos y ladridos esporádicos de perros callejeros.

Cerca de él, había un candelabro con tres velas encendidas que irradiaba luz de forma tenue en toda la habitación, pero cuyo resplandor llegaba a Howard con más intensidad e iluminaba su rostro sombrío por la pérdida.

Se levantó del viejo sofá y giró sus pies hacia la cama. Cuando estaba delante de su fallecida esposa, la observó una vez más con la botella de whisky en la mano. No le parecía que Erinn estuviese muerta, se veía como una persona viva que solo dormía plácidamente: libre de toda angustia y dolor.

Ante aquella triste escena, el hombre desdichado dijo en un tono tranquilo:

—No debiste enfermar y morir así, eso fue demasiado injusto.

Segundos después, apretó el puño de su mano izquierda y le sobrevino la ira que oprimió con fuerza lo más profundo de su ser. Y la luz de la lámpara había hecho brillar la humedad de sus lágrimas que tenía apiladas en los ojos.

—¿Por qué una mujer tan buena y generosa tenía que sufrir de esa manera tan cruel? ¿Por qué debió irse al lugar de los muertos? —se preguntó a sí mismo, completamente desconcertado.

Sin resistir más el desconsuelo, alzó la cabeza hacia el techo, imaginando ver en él, el inmenso y distante cielo oscuro, y amargamente, exclamó:

—¿Dónde estás Dios, para amparar a los que son dignos de vivir por más tiempo, al menos hasta las puertas de su vejez? ¿De verdad existes? ¿Por qué nos suceden estas cosas tan terribles?

Ante estas interrogantes sin respuesta, el dolor embargó aún más a Howard, que agachó la cabeza y apretó con fuerza los párpados para contener las lágrimas a punto de salir una vez más.

Al cabo de un momento él abrió los ojos y miró entre sus dedos la botella de licor. Impulsado de nuevo por la debilidad, levantó la cabeza y bebió a grandes tragos. Pero al dejar de beber, se acordó de su solemne promesa cuando vio el cuerpo inerte de quien en vida fue su mujer; en ese instante

sintió repugnancia por la bebida, y la alejó como si del veneno de una serpiente se tratase, cuando lo aventó en una pila de ropa sucia que había en una esquina de la habitación.

—¡Maldito vicio! —se lamentó con coraje—. No pienso en otra cosa que en el licor que ha envenenado mi sangre, que me ha transformado en un ser despreciable. Soy un maldito, solo sirvo para hacer infelices a los demás. —Miró fijamente a la difunta—. Amor... cuánto lamento haberte hecho la vida tan pesada, haber sido una carga para ti, causándote más angustia y sufrimiento. Que estúpido fui, no supe valorarte.

Dichas aquellas palabras, se sentó al borde de la cama y tomó la mano inerte de la mujer y la acarició; aún la sintió cálida. Luego tocó el rostro de ella con delicadeza, de la forma más tierna, y le hizo a un lado un pequeño mechón de cabello para despejarla de su frente, acomodándolo de la manera como ella lo hacía cuando estaba con vida y radiante de salud.

Con un profundo sentimiento, empezó a hablarle como si ella aún fuese capaz de escuchar.

—Nunca jamás tendré una vida tan feliz como la que tuve al principio de conocerte. Lamento haber perdido el sentido de la vida sin ver lo bello que tenía en mis manos. —Soltó un suspiro melancólico. Y con dolor y lamento, añadió—: Creo que estoy condenado a vivir en la desdicha y en la oscuridad. Soy un miserable y repugnante ser que no fue capaz de cambiar para poder hacerte feliz hasta el final.

Hubo un minuto de silencio y absoluta quietud en él.

Y con infinita delicadeza tomó entre sus brazos el cadáver, acomodándola en una postura digna; luego se inclinó lentamente hacia aquellos labios de la difunta mujer, y por un mínimo instante, la besó. Seguido de aquello, rodeó la cama y se acostó a su derecha dejando caer su cabeza sobre la almohada, y giró su rostro hacia a ella para tomar de nuevo su mano y observarla por un instante con esa profundidad y sentimiento.

Recordando con viveza a Erinn

Ahora con la mirada hacia al techo, cerró con fuerza los ojos, y sus labios se apretaron con tormentosa nostalgia. Fue cuando su mente empezó a

sumergirse en los recuerdos con Erinn, cuando ella estaba llena de vida.

El hombre se había remontado a mediados del mes de marzo de 1849, en el período de la primavera. Recordó vívidamente la escena como si acabara de tener lugar... cuando por primera vez la vio, en uno de los puestos por el amplio mercado ambulante de la ciudad; un hecho ocurrido un día sábado por la mañana a las 10:40 am.

Y entre los recuerdos de Howard Gibbs, también veremos algunos acontecimientos, de los cuales este hombre no ha visto y oído, porque sucedieron fuera de su alcance a su entorno.

Erinn, que en aquel tiempo era una viuda y cuyo apellido de soltera era Doyle, trabajaba en un puesto ambulante de flores. En ese momento ella preparaba un hermoso arreglo floral para un cliente... Un señor de mediana edad y de baja estatura, que era algo regordete y quien tenía un elegante traje con un sombrero de copa; tenía una nariz redonda como una patata. Era un hombre jovial, que trataba de hablar un poco con la vendedora de flores; pero Erinn, siendo tan reservada, especialmente con los varones, apenas le correspondía a sus palabras.

Cerca de allí, Howard recorría la calle sin un rumbo específico. Y se detuvo por un instante en un espacio de la calle para observar detenidamente su entorno. En su rudo semblante se dibujó una expresión cansada. Y prosiguió su camino, muy serio, sin hablar o mirar a alguien, como si fuera a un triste velorio. En ese tiempo, el aspecto del hombre no parecía tan deplorable, pero sí algo desaseado en su vestidura. Sin embargo, su estatura considerable por fuera de lo ordinario y esos rasgos toscos que tenía en su rostro, a la gente le hacía parecer intimidante. Algunas personas que se cruzaban en su camino le temían y lo esquivaban, sin apenas mirarle. Pero a él no le importaba en lo absoluto que la gente se apartara de su camino. No le pedía nada a nadie, no mendigaba ni robaba.

Cuando el sol acariciaba el rostro de Erinn Doyle con un gesto agradable y resplandeciente, Howard la vio admirado y se encaminó hacia ella, hasta que se detuvo a media calle, cerrada al tráfico de coches de caballos, entre multitudes de personas que caminaban de un lado a otro a lo largo de la calle del mercado. Y no le importó lo que sucediera en su entorno bullicioso, él se mantuvo allí, firme, inmóvil, observándola con atención a poca distancia, pues la belleza de aquella mujer lo había cautivado profundamente.

Con aquella grata experiencia ante sus ojos, su rostro se ablandó para terminar con una apariencia sosegada, y sintió la necesidad de sonreír por primera vez en mucho tiempo. Todo fue como ver un resplandor entre la oscuridad, y en el cual él ha permanecido sin luz en el alma durante mucho tiempo, casi toda su existencia, viviendo sin espíritu de alegría,

como si se tratara de un muerto viviente.

En cuanto a la vida de Erinn Doyle... no resultaba ser muy sociable con la gente, los evitaba con discreción. En consecuencia a tal distanciamiento, algunos vecinos desagradables y carentes de espiritualidad, les parecía que ella era una mujer enturbiada por un velo de lágrimas con ese atuendo de viuda negra: tan puritana, recatada en su vestir, silenciosa, apartada, extraña, y cautelosa. Aunque en realidad... el asunto es que Erinn no se abría ante los extraños y con personas sin educación, excepto en su trabajo, pero de forma limitada; y solo lo hacía por el hecho de ser cordial con los clientes. En otro concepto favorable para quienes la conocían mejor sin prejuicios y malos juicios, ella brillaba demasiado para este mundo, porque realmente era una mujer buena y educada.

Erinn Doyle era de una apariencia delgada de rasgos finos en su rostro y de labios delgados, así como una piel blanca, tersa y suave; tenía unos bellos ojos de avellana colmados de brillo. Su hermoso cabello del color de la miel, estaba atado a su nuca con un nudo. La línea de su cuello (largo y estrecho) era tan elegante como la del cuello de un cisne.

Y cuando atendía aquel puesto de flores, Erinn sonreía, marcando en sus mejillas encantadores hoyuelos, evidenciando gentileza y plena salud. Pero detrás de toda aquella delicadeza y encanto, su vida era solo trabajo duro y disciplina. Por ello, tener que sobrevivir día tras día a lado de su amado hijo, no resultaba ser un camino nada fácil para ella. Sin embargo, gracias a su intrépido e infatigable espíritu de lucha constante, lograba tener todo lo necesario, pues su tenacidad lo había hecho una mujer capaz y nada les había faltado. Añadiendo que su vida era sencilla, sin complicaciones innecesarias.

El amable señor Hopper

Por otro lado, aquel hombre forastero le seguía mirando sin que ella se diera cuenta, pues la mujer estaba enfocada en atender al regordete cliente.

—Señor... su arreglo floral está listo —dijo ella al comprador con una forzada mirada fija y una obligada sonrisa.

El hombre con bigote curvó sus labios en una sonrisa y extendió su mano regordete para tomar el colorido ramillete de flores mixtas.

Erinn, la humilde vendedora, observó con discreción el anillo de matrimonio en la mano derecha del cliente, pensó que seguramente era

de oro puro. Así que ella se animó a comentarle:

—Si mal no recuerdo, es la quinta vez que ha venido a comprarme flores, aunque se ha ausentado por un mes —empezó a decir ella con tan buena memoria—. Si estas hermosas flores son para su esposa, estoy segura de que se alegrará una vez más cuando se lo entregue en sus manos.

Pero en el hombre se notó un cambio repentino en su rostro, pues su sonrisa había desaparecido, lo que a ella le había parecido como una expresión fúnebre.

Entonces aquel caballero de baja estatura, dijo a media voz:

—Eso sin duda hubiera sucedido si ella estuviera con vida, pero lamentablemente... ella murió, hace un poco más de un mes. Ahora soy un viudo desdichado. Pero trato de reponerme cada día que pasa.

Aquellas palabras la asaltaron por sorpresa que Erinn se quedó seria.

—Siento mucho su pérdida, señor... No sé que más podría decirle —reaccionó ella finalmente con cierto pesar. Y trató de devolverle la alegría al pobre hombre cuando añadió con cierta dulzura en su voz—: Pero trate de ser feliz ahora, la vida debe continuar.

—Lo sé. Y agradezco su condolencia. —dijo el cliente; y en eso añadió una pregunta—: Por lo que veo... usted también ha perdido a alguien valioso en su vida, ¿cierto?

La viuda de atuendo negro respondió con absoluta seriedad:

—Lamentablemente sí, señor. Mi esposo..., hace casi dos años.

—También lamento su pérdida —le dijo seriamente el hombre. Y ahora con cierta medida de gracia, el cliente continuó diciendo a la mujer—: Y por cierto, ya no me diga señor, mi nombre es Walter Hopper.

—Esta bien, como usted diga: señor Hopper —respondió la mujer con una ligera sonrisa.

Entonces el señor Hopper hizo una pausa, y contempló con una expresión de anhelo hacia la mujer. No podía apartar su mirada de la hermosura del rostro de la viuda.

Aquella notable mirada del hombre regordete incomodó a la joven florista.

Enseguida el cliente desplegó nuevamente una afable sonrisa olvidando su

reciente pérdida.

—Sino es mucha molestia... ¿Puedo saber su nombre? —le preguntó el señor Hopper algo tímido y sonrojado.

Erinn arqueó sus perfiladas cejas, sorprendida de que el hombre quisiera saber su nombre. Tras una pausa, ella respondió algo seria:

—Erinn Doyle.

—Es un gusto conocer su hermoso nombre —dijo el distinguido caballero.

Erinn no sabía que responder a ello. Era la primera vez que un hombre le pedía su nombre de manera informal y respondiendo él de esa manera.

Aquel silencio de la viuda cohibió al cliente; y por decir algo más relajante para romper el hielo, el caballero le dijo:

—Las flores le ha quedado muy bello, como siempre.

Una ligera sonrisa educada cruzó lentamente por el rostro de Erinn.

—Gracias. Y supongo que las flores ahora son para alguien que aprecia en su familia —indagó ella con voz amena.

—Aún son para la mujer que amé..., esta vez, se las llevaré a su lápida.

Ante semejante respuesta del señor Hopper, esto hizo que los delgados labios de la humilde vendedora se cerraran, cohibida ahora para hablar.

Pero el señor Hopper rompió inmediatamente aquel incómodo silencio.

—No se quede callada; por favor, nada de tristezas, debemos estar alegres que la vida continua como usted misma lo ha dicho.

—Sí, es verdad —dijo ella y sonrió con levedad.

—¿Sabe?... me parecía una mujer muy seria, pero ahora se ha animado hablar un poco conmigo, y que bueno que así sea, me a alegrado el día —dijo el hombre mucho más contento.

—No se equivoca en decir que soy una mujer seria... Es que no acostumbro hablar mucho con la gente... solo me limito hablar poco con los clientes por educación; aunque no entiendo porque este día he hablado con usted un poco más de lo necesario; tal vez sea porque este día he estado de buen humor —se soltó diciendo ella, y soltó una sonrisa

tímida.

—Eso es bueno para usted, aprenderá a ser más sociable con la gente desconocida —empezó a decir el señor Hopper—. De seguro muchas personas la conocerán por su buen gusto por decorar las flores de esta manera tan peculiar. Con razón ha sido tan bien recomendada; es por eso que he estado aquí como ahora lo estoy, comprando sus flores.

Erinn empezó a ruborizarse, y con esa timidez, bajó los ojos por un instante. Poco después elevó su mirada para decir:

—Me alegra que las voces corran por mi buen trabajo; eso será favorable para el negocio. De seguro habrá mucho trabajo por delante.

—También será favorable para las personas que reciben estas flores—comunicó el cliente algo sonriente.

Erinn se quedó seria por un momento, mirando al señor Hopper con intriga, quiso saber a que se refería.

—¿De que forma puede ser favorable las flores a las personas? —preguntó ella con algo de curiosidad.

El empezó a responderle:

—Cuando mi mujer estaba enferma, se me ocurrió llevarle especialmente sus flores, y me di cuenta que le habían encantado. Así que cada sábado, al salir de mi trabajo, se los traía, porque las flores perfumaban su habitación y le daba alegría... más cuando yo abría las cortinas de su ventana a la mañana siguiente, y las maravillosas flores resplandecían bajo el sol. —El señor Hopper había recordado con nostalgia aquella escena que le contaba a la vendedora de flores.

—Es bueno saberlo. Hago lo mejor que puedo con las flores, quiero que todos los clientes queden satisfechos; y también puedan recibir alegría por ellas.

El hombre, ahora notablemente nervioso, se aventuró a decirle:

—Además, aparte de su talento con las flores... usted es... es... una mujer... muy bella... Realmente hermosa.

Erinn se puso seria. Había parpadeado sorprendida por tal atrevimiento.

Y el distinguido caballero le dijo:

—Perdón... Veo que la he incomodado. Por favor, solo tómelo como un halago sin malas intenciones; soy un buen caballero, muy conocido y

respetable.

—No se incomode señor Hopper que no ha dicho nada malo. Estoy acostumbrada a que la gente me diga halagos —mencionó con delicadeza la mujer.

—Es bueno saber que no la he incomodado. Espero tener el placer de que algún día...algún día, acepte mi invitación a una cena en mi hogar en compañía de sus seres amados. Tiene familia, ¿verdad?

—Solo somos yo y mi hijo Dominick —respondió ella, gentilmente.

—Será un honor tener la compañía de ambos si eso sucediera; y tal vez sea pronto si usted me lo permite.

Ella asintió de forma apenas perceptible, y no añadió más que una ligera sonrisa.

El señor Hopper quedó satisfecho por la buena actitud de la mujer.

—Entonces... me retiro, no la hago perder más el tiempo—dijo él—. Y disculpe: ¿aún el precio es el mismo por el ramo doble?

—Sí, aún cuesta lo mismo: un chelín —respondió la bella florista.

Acto seguido, el hombre le entregó la moneda de pago.

Ella lo recibió y se limitó a decir con cierta medida de gracia y amabilidad:

—Gracias, señor Hopper, fue un placer atenderlo.

—Es usted tan amable, como siempre, señora Doyle. Gracias de nuevo.

—Tras estas palabras, el hombre le sonrió algo sonrojado... cuando le dijo—: Espero poder volver a verla pronto. Acto seguido, él inclinó la cabeza en señal de despedida, con un pequeño saludo con su sombrero. Luego avanzó entre la multitud sin decir una palabra más.

A Erinn le había parecido un hombre agradable, el dulce semblante de la mujer lo decía. Finalmente con una sonrisa cada vez más deslucida, Erinn Doyle le echó una última mirada al regordete hombre que había subido a un carruaje negro, donde un cochero ya lo esperaba.

Al volver sus ojos hacía la calle, Erinn vio entre la multitud que pasaba de un lado a otro, aquel hombre gigante que tenía un corte normal de cabello, y con una barba corta y algo descuidada. Notó inmediatamente como él la miraba con fijeza con esa seriedad en su cara de rasgos toscos. La intimidó tanto que le entró algo de temor y lo ignoró por completo,

ocupándose de nuevo de las flores.

La desagradable señora Holly Carter

A los pocos segundos, la dueña del negocio apareció muy sigilosa a espaldas de ella, con mirada iracunda que despedía fuego y con el ceño fruncido. Tomó a Erinn del cabello, desbaratando el nudo en la nuca..., el cabello largo y lacio de Erinn cayó a un lado de su cara; luego aquella mujer desagradable la tomó del delicado hombro y con brusquedad la hizo girar frente a ella, ante los asombrados ojos de algunos espectadores allí cerca.

El corazón de la florista dio un salto terrible por el susto. Y de inmediato Erinn retiró de su rostro un largo mechón de cabello... y pudo ver que era la señora Holly Carter, que apretaba los dientes enardecida.

Howard Gibbs observó lo que ocurría y reprimió su indignación por aquellos insultos altisonantes que empezaron a llegarle a sus oídos.

—Estuve observándote mujer, debiste haberle cobrado mucho más del precio normal; tan solo míralo, se notaba a leguas que ese hombre es de elevada talla —reclamó la regordeta mujer—. Tantas veces que te lo he dicho, debes exprimir a los que tienen mucho dinero. Nada les afecta que les cobres un doble precio.

La aludida replicó con determinación y valentía:

—Tengo principios, señora Carter. No puedo faltar nunca a mis buenos principios. Respetaré el mismo precio que usted me dio, sin hacer distinciones.

Luego de aquellas palabras, la florista la miró esperando ver un atisbo de comprensión en ella. Pero como se esperaba de una mujer sin corazón, nada de eso había ocurrido. Todo lo contrario, la mezquina mujer solo torció sus labios de desagrado, acercándose y agitando las manos y gritando, furibunda:

—¡Patrañas! Ser honrada solo te hace ser una mujer débil y tonta. De esta forma nunca avanzarás en la vida. Date cuenta de que ya nadie en este mundo tiene principios, mujer, ¡nadie!, entiéndelo.

—¡Pero yo no soy una ladrona ni una mentirosa! —dijo Erinn manteniendo esa voz tan firme como pudo para defender su honor y dignidad como buena cristiana que era, contenida ante aquel desprecio que la hacía

sentir tan mal desde el fondo de su corazón.

No obstante, el desprecio de su empleadora que ya había soltado una risita burlona, apenas comenzaba; ella haría herir los sentimientos de la pobre mujer trabajadora sin compasión.

—Con esos aires de santurrón, sí que te ves ridícula mujer —agregó la cruel empleadora con descarado sarcasmo—. Ahora solo mírate en un espejo, pareces un cuervo de mal agüero, ¡sí, eso!, con ese viejo vestido de luto que llevas puesto desde casi dos años desde que murió tu marido inglés.

Las palabras hirientes de la señora Holly ya era una cosa intolerable para la humilde florista. Herida por aquel tono severo y habla tan sarcástica y humillada ante muchos, Erinn hizo acopio de valor, y dijo con más firmeza:

—¡Basta...! Si tanto le molesta mi propia integridad y mi temor hacia a Dios, entonces, ¡despídame! —Sus ojos claros se endurecieron como el acero, como nunca antes había ocurrido en su vida.

Su empleadora contrajo su rostro de asombro, parpadeando, pues Erinn era conocida por su mansedumbre para con todos... pues se sabía que no caía fácilmente en provocaciones.

Sin embargo, aquellos insultos se habían hecho intolerables para la pobre florista que esta vez, no había logrado contenerse, su paciencia se le había agotado.

—¿Cómo te atreves hablarme de esa forma? —objetó la mala mujer como respuesta con los ojos muy abiertos de par en par.

Con un tinte de amargura, Erinn le respondió:

—Señora Carter, es porque usted me exaspera con sus malos tratos, no es justo lo que hace conmigo. Lo mejor que debería hacer es despedirme, así ya no le causaría más enojos. De verdad que estoy cansada de sus abusos. —Erinn se detuvo de hablar y respiró hondo, no quería alterarse más. Y añadió con voz queda—: Con la ayuda de Dios encontraré otro trabajo que me ayude a seguir adelante.

Inmediatamente la mujer regordeta respingó:

—¿Yo..., despedirte? ¡Oh, no! ¡Claro que no! Si no fuera por tu buena honradez, tendría que quedarme siempre atada vigilando mi negocio; y tener que contratar a una desconocida, sería como empezar de nuevo. A pesar de todo, solo puedo confiar en ti y en nadie más. Sé que nunca me robarías ni un penique ni un chelín... ni mucho menos, una libra o una

corona.

—No, nunca lo haría, aunque mi hijo y yo tuviéramos hambre —exclamó la viuda con determinación.

—Sí, un hambre de perro callejero; pero me alegra que tu honradez me sea útil, sé que no lo harías con toda certeza, hasta apostaría por ello con todo lo que tengo —reconoció la señora Carter, manteniendo aún esa voz grave con su cruel sarcasmo—. Por lo tanto, mientras sigas resistiéndote a lo que yo te digo, aguantarás mis maltratos.

Erinn, con una voz dolida ante aquel desprecio (sin poder más contenerse), y cuyos ojos asomaban algunas lágrimas y que retenía con su parpadeo, logró decir:

—Eso haré... Aguantaré sus malos tratos por mi hijo, porque no quiero que nunca le falte el pan en la mesa. ¿Es todo lo que tiene que decirme para poder continuar con mi trabajo? —concluyó ella lastimosamente, e incapaz de pronunciar una palabra más.

La mujer regordeta la miró con ese interminable desaire.

—Sí, por ahora es todo lo que tengo que decirte —le dijo la señora Carter en su tono de voz agrio. Y agregó—: Ahora tengo que irme de compras; cocinaré algo bueno para mis tres queridos hijos; son impacientes y seguramente ya están ansiosos de que llegue pronto a casa. Cuida muy bien de mi negocio, que de aquí todos comemos. Regresaré al anochecer, como siempre.

La viuda de atuendo negro, en un momento dado en que la señora Carter había hablado: agacho la cabeza para ocultar el pesar que afloraba en su semblante.

—¡Oye, mírame..., mal educada! —exigió la señora Carter con esa afilada voz.

La florista elevó (con tal pena en su cara) la mirada hacia la regordeta mujer.

—¿Escuchaste lo que te dije? —le espetó la cruel y mezquina empleadora.

Erinn no demoró en responderle.

—Sí, la he escuchado claramente —contestó ella con obligada apacibilidad.

—¿Sabes? Nunca dejarás de ser una tonta viuda santurrón y una pobre

mujer miserable —le dijo a modo de conclusión.

Erinn no se dignó a contestar su desprecio.

La furia contenida de Howard latía por sus venas al haber observado todo aquella injusticia.

Acto seguido, la señora Carter, que era fría como el témpano y egoísta como ninguna, se retiró con los dos canastos de mimbre en sus brazos. Y siempre que aquella mujer regordeta regresaba a su bonita casa, lo hacía con sus canastos llenos de víveres, contoneándose. La señora Carter, sumado a sus tres regordetes hijos, sí que sabían comer muy bien todos los días a costa del duro trabajo de la pobre florista.

Erinn Doyle se apresuró a sacar de su modesto vestido un paño blanco y se secó una lágrima que había brotado desde la comisura de su ojo derecho y había descendido por su suave mejilla. Tras sufrir el maltrato de su empleadora, ella no pudo evitar sentir cierto nivel de amargura y resentimiento. Pero no quiso que este mal le dominara y le envenenara el alma, ni por las otras injusticias que le había presentado la vida. Solo debía vencer el mal con el bien como señalaba la Palabra de Dios. Quería ser una verdadera cristiana a pesar de que la mayoría de la gente no lo fuera. Deseaba estar libre de hipocresía, pues muchos solo daban a ver apariencias respetables, pero que guardaban hechos oscuros sin un verdadero temor al Dios de los cielos. Ella realmente se complacía en ser una persona justa ante Dios.

Por otra parte, Howard se conmovió en alma entera por ella, habiendo visto y oído lo ocurrido. «Tengo que enmendarme para ser digno de ella» pensó él. «Sin duda es una buena mujer. Pude verla claramente, y quiero tener una vida a su lado. Pero no quiero presentarme ante ella como soy ahora, porque sin duda me rechazaría. Tengo que cambiar para bien, ser totalmente diferente para poder conquistarla» continuó diciendo él para sus adentros.

Howard conoce a Dominick Harper

Al poco rato, Howard Gibbs sintió un suave tirón en su desaliñada vestidura, y volteó a ver quién era. Cuando lo hizo, miró hacia abajo con extrañeza.

Era un niño que vestía modestamente, aunque con decencia y decoro; y aquel pequeño dejó apreciar una enorme sonrisa, dibujando pequeños hoyuelos en sus mejillas. Y no se notaba ningún temor en el niño para con

aquel hombre de apariencia bestial, de cabeza grande, de un poco más de dos metros de altura y fornido como un toro.

—Hola, señor —se presentó el muchachito, mostrándose confiado ante un extraño de ropaje todo oscuro, hasta en su sombrero de ala corta.

El hombre alzó una ceja interrogante, quien lo había observado de arriba a abajo.

El muchachito mostraba unas pupilas profundas y vivaces. El niño sonrió, mostrando sus hoyuelos marcados.

—¿Quién eres tú, niño? —preguntó Howard con su detonante voz grave, algo sorprendido y cuya voz sonaba cansada y con esa marcada seriedad que le pertenecía.

Dominick se apartó un mechón de pelo de sus ojos para poder verlo mejor.

—Mi nombre es Dominick Harper, señor —respondió el niño, cuya voz sonaba tan dulce y tranquila.

A Howard le pareció alegre y afable. Aparte de eso, llamó su atención aquellas mejillas casi tan rojas como un tomate y ese alargado cuello que tenía, pero encantadoras en un muchachito como él, con ese aspecto muy agraciado.

—¿Qué es lo que quieres de mí? Porque si quieres que te dé medio penique, mira que no puedo dártelo. Ni siquiera tengo un cuarto de penique que darte —dijo el hombre, palpando los bolsillos de su pantalón y abrigo para que creyera que era verdad y lo dejara en paz, pues lo había confundido con un niño de la calle que son tan insistentes en pedir limosnas.

El niño agitó su pequeña cabeza con una negativa:

—¡No, señor! ¡No pido dinero! —aclaró el pequeño con prontitud.

Y la voz adulta le respondió con notable seriedad:

—Aún así, si tuviera algo que darte, te daría un penique entero, porque me pareces un buen muchachito que se lo merece.

—¿De verdad? —dijo el niño, conmovido por el buen gesto del extraño. Pero prontamente aceleró en decir—: Aunque no es necesario, señor.

—Entonces disculpa si te confundí con un limosnero; poco antes se me acercaron dos niños pidiéndome dinero con tanta insistencia y no tuve

nada que darles. Miserables niños, ¿acaso son tan tontos para no darse cuenta que no hay ningún tintineo de monedas en mis bolsillos?

Dominick le miró con extrañeza ante tal actitud enfadada.

—Pero yo no escuché monedas en su bolsillo, señor —aclaró Dominick para evitar malos entendidos.

Entonces Howard le miró con un rostro cansado.

—No lo dije por ti... Y disculpa mi enfado, he tenido días muy difíciles y acabo de llegar a la ciudad y apenas buscaré un trabajo.

Dominick parpadeó como una lechuza, un poco sorprendido. Y entonces una repentina curiosidad lo embargó.

—Entonces... ¿no es de aquí? —preguntó el pequeño.

Howard lo miró con algo de severidad, arrugando la frente.

—¿Tengo que repetir lo dicho? ¿No te dije hace rato que acabo de llegar? No conozco esta ciudad —dijo el forastero con cierta sequedad, pues en muchas ocasiones distaba mucho de ser amable con las personas.

El niño no se inmutó por aquella respuesta poco amable y con esa voz tan grave del forastero. Así que cuando el niño habló, no había temor en su voz.

—Bienvenido a Birmingham, señor. Y si necesita un trabajo, vaya con el señor Tyler, él busca un trabajador alto y fuerte como usted. Aún no ha puesto un anuncio en la entrada —informó el pequeño, con esa gracia colorida en su tono de voz.

—¿Es un trabajo seguro? —preguntó Howard, con expresión de incredulidad.

—Lo es, señor —respondió el niño con animosidad.

—¿Cómo puedes saberlo con certeza? —inquirió él.

Y el muchachito siguió respondiendo:

—Acabo de venir con él, y sé que es urgente. Él tiene una funeraria.

—¿Una funeraria? —repitió Howard sin que hubiera mostrado ningún entusiasmo al ver de que se trataba.

Con una expresión tan dulce en su rostro, Dominick le contestó con una sonrisa educada.

—Sí... Al señor Bernie Tyler le gusta preparar los cuerpos y los pone en un ataúd. No es un trabajo agradable, pero puede tomarlo mientras encuentre uno de su agrado.

—¿Dónde queda el lugar? —preguntó él por mera curiosidad.

El niño dio medio giro hacia atrás y se inclinó hacia adelante, y señaló con el dedo con esa eterna sonrisa que tenía.

—Está allá, en aquella esquina donde pasan los coches.

Howard volteó y miró el lugar que le indicaba; estaba demasiado cerca, prácticamente a la vista. Entonces se llevó una mano a la barbilla para hundir los dedos entre su corta barba y rascarse con levedad, mientras meditaba con esos ojos cansados, así como desesperado por encontrar un trabajo que le fuera de su agrado.

—No sé si debería ir a trabajar a un lugar como ése —le dijo él.

—¿Le tiene miedo a los muertos, señor? —preguntó el niño con los ojos bien abiertos.

El hombre le miró de pronto tras unos pocos segundos de silencio.

—No, no es eso. Solo que nunca me ha agradado estar entre palidos cadaveres, esa es la razón. Pero no te preocupes por mí, seguiré buscando otra clase de trabajo. Ya pronto encontraré uno —fue su respuesta.

Pero Dominick Harper insistió.

—El señor Tyler es una persona muy bondadosa, sé que él puede ayudarlo, ¡y mucho! Por favor, confíe en mí. Al menos, ese trabajo podría ser temporal, mientras el señor Tyler encuentre un buen empleado que esté siempre con él. Pues es demasiado viejo para cargar solo con los muertos que le llegan cada día.

Howard se quedó sin responder por unos segundos, pensando un poco, y sin saber qué decidir ante su insistencia.

En ese instante, la mirada estática del niño transmitía una serenidad tan profunda, así como una gracia en su leve sonrisa. Ante aquel conmovedor reflejo, Howard se doblegó al ver claramente el interés sincero del niño para su propio bienestar. Y aunque aquel lugar le resultaría algo

desagradable, por otra parte, una gran necesidad le obligaba a intentarlo.

—Está bien, iré allá ahora mismo. Te agradezco mucho la información —dijo sin mostrar ninguna emoción.

—De nada, señor —dijo el pequeño con esa expresión vivaz.

Acto seguido, el hombre se puso el sombrero de ala corta y se disponía a levantar su abultado saco de yute con sus pocas pertenencias dentro.

El niño, con esa marcada simpatía en su ser, no pudo evitar preguntar:

—¿Puedo saber de dónde viene?

El hombre vestido de negro regresó su mirada al niño. Extrañamente... había sentido simpatía por el pequeño, y a causa de ello, se vio obligado a responderle. Nunca en su vida le había sucedido este hecho inusitado; pensó que tal vez, se debiera a que tal niño fuera tan afable con un total desconocido como él, así como por las expresiones bien pensadas de Dominick, siempre tan formal, y que lo habían dejado muy admirado. Percibió que había un corazón muy noble en aquel muchachito.

Por lo tanto, los ojos de Howard reflejaron su cariño, y su rostro se contrajo con una media sonrisa, desvaneciéndose momentáneamente las líneas de cansancio cinceladas en su rostro. El hombre dejó caer de nuevo en el suelo empedrado aquel saco de viaje que había llevado en su espalda.

—Estuve de paso durante más de dos meses en Liverpool. Aunque vengo desde Dublín, Irlanda —se animó a responderle con calidez.

—¿Irlanda...? —repitió el niño el nombre de aquel país vecino que le resultaba muy familiar.

La voz del forastero se agudizó.

—¿No sabes distinguir el marcado acento de un irlandés? —dijo.

Dominick trató de tranquilizarlo con estas palabras:

—Sí, señor y me disculpo por mi distracción. —Enseguida el muchachito preguntó—: La vida allá debe ser aún muy difícil, ¿verdad? —Le miraba con esos ojos traslúcidos, atento a su respuesta.

Howard se contristó, porque malos recuerdos se agolparon en su memoria.

—Sí..., lo es para muchos... Tanto así que yo mismo he tenido que irme de mi país —respondió él de manera sombría.

Conociendo a un niño maravilloso

Ahora Howard estaba algo asombrado por estar conversando con un niño más de lo necesario, pues no era muy sociable con las personas adultas, y menos con los niños. Pues se aislaba de todos, casi como un total ermitaño.

Y el niño empezó a hablar con esa facilidad de palabra que tenía para contar las cosas:

—¿Sabe? Mi madre también llegó a Inglaterra desde Irlanda, yo aún no había nacido. Ella huyó desde muy joven de la hambruna y de las enfermedades contagiosas, pues sus padres y su hermano menor... murieron en aquella inmensa isla; hubo muchos muertos. Ella tuvo que enfrentar su vida sola y con valentía.

Howard, con más confianza, pudo decir con suma seriedad:

—Puedo imaginar seguramente toda esa angustia que vivió tu madre..., yo aún tengo las imágenes claras en mis ojos ante aquella terrible desgracia que sufrieron muchos de mis compatriotas desde que comenzó la plaga de las papas. Porque yo también lo viví en aquel tiempo, cuando era más joven. —De repente hizo un gesto, sacudiéndose el peso de los malos recuerdos.

Sorprendido, Dominick lo vio inquisitivamente, sin pestañear.

—¿Lo vivió? —dijo el niño—. Ya me imagino lo triste que debió ser todo aquello que ha observado. Sin embargo, a pesar de todo, mamá luchó por rehacer su vida, y su destino era llegar a Londres. Pero mi madre conoció a un buen hombre inglés en Liverpool; y luego, durante su embarazo, se mudaron a esta ciudad.

Howard borró de su semblante aquella expresión sombría al recordar su triste pasado... cuando vivió en Irlanda durante aquella etapa de la hambruna y las pestes, y que había durado terriblemente algunos años; tuvo la fortuna de haber sobrevivido.

—Y seguramente él llegó a ser tu padre —indagó el forastero.

Y el niño, esforzándose para que las comisuras de sus delgados labios no se curvaran hacia abajo, respondió:

—Sí, señor. Aunque, lamentablemente... falleció; pronto cumplirá dos años de eso. Ahora solo conservo los gratos recuerdos de mi padre... Pero he de tener siempre su apellido de manera memorable.

—Harper, si bien lo recuerdo... es el apellido que te dio tu padre, ¿cierto?
—dijo el hombre que no había olvidado el apellido cuando el niño se lo había mencionado un poco antes.

El niño afirmó con su cabeza vigorosamente antes de hablar:

—Sí señor, Harper.

—Cuanto lo siento por la pérdida de tu padre —lamentó Howard.

—Gracias por sus condolencias, señor. Aunque ya pasó algo de tiempo sobre su muerte. Ahora que mi madre está sola, cuida muy bien de mí, y yo también de ella —expresó Dominick un poco más animado.

—Me alegra que ahora se cuiden uno al otro —le dijo Howard. Y le preguntó—: ¿Qué edad tienes pequeño?

—Tengo siete años, señor, los acabo de cumplir hace poco, el once de febrero —respondió Dominick, aún con esa expresión confiada en el forastero.

—Te diré que me sorprendes mucho. Y pareces un niño de cuatro años —le dijo él.

—¿Cuatro años y no siete?... Eso es terrible, señor —dijo el niño abriendo mucho los ojos.

—¿Por qué terrible? —preguntó el hombre, intrigado.

—Porque pudiera parecerle a un enano... ¿Lo parezco, señor? —quiso saber Dominick.

Howard empezó a responderle:

—¡No, claro que no!... Muy lejos de eso. Simplemente te ves más pequeño..., pero te ves bien, si eso te ayuda a sentirte mejor contigo mismo.

—¿Y como ve usted mi alargado cuello? ¿Le parezco raro? ¿Un fenómeno

de circo? —preguntaba el pequeño con semblante preocupado.

—No, no pienses así. ¿Quién te dice semejante estupidez? —le respondió el forastero con voz rígida.

—Algunos niños malos de la calle, señor. Niños que no me quieren como soy; dicen que mi cuello es como la de una jirafa; y se ríen de mí. Aunque no todos son así conmigo.

Cuando Howard escuchó esas palabras del niño, frunció el ceño, parecía amenazante y adusto.

—No les prestes atención a sus tonterías, son niños estúpidos que solo gustan burlarse de los demás —le dijo Howard con esa voz profunda.

—¿Y que puede decir de mis rojas mejillas? —Dominick tocó con sus pequeñas manos sus mejillas con gracia—. Algunos se atreven a decirme el niño rojizo, porque dicen que tengo dos bolas de tomates en mi cara.

Howard observó aquellas mejillas rojas de Dominick y le dijo:

—No están tan mal, se ven curiosas, me atrevo a decir que graciosas, pero muy encantadores. Así que no te preocupes por eso. Más que todo lo que tenga que ver con tu apariencia... eres una personita muy agradable.

—Eso dice mucha gente que me conoce, señor, aunque tal vez sea porque mi madre ha sabido educarme —le dijo el niño.

—Y creo que lo ha hecho muy bien —le comentó el hombre, con una ligera sonrisa que apenas asomaba en su tosca cara.

Los ojos de Dominick se agrandaron, mostrando esa encantadora sonrisa dulce que tenía.

—¿De verdad cree que mi madre me haya hecho un buen niño, señor?

—Ya lo creo que sí —respondió él. Y agregó—: Además se nota que eres bastante inteligente a tu corta edad.

El don de la inteligencia de Dominick Harper

Dominick guardó silencio por un momento. Y entonces le dijo serio:

—Mamá me contó que desde pequeño nací con un don muy extraño y poco usual en los niños.

Howard intentó comprender.

—¿A qué te refieres? —dijo él, extrañado.

—Que desde pequeño, tuve la capacidad de aprender demasiado rápido las cosas —aclaró Dominick—. No hace mucho que mi madre me puso a leer libros que pudo conseguir prestados con el bibliotecario, y desde entonces, cada libro que me trae, lo leo y aprendo mucho más.

—Ya puedo entender lo que dices —dijo Howard—. Si tienes ese don maravilloso desde tu nacimiento, eso sí que es bueno para ti. Además de tener una magnífica madre que debe de sentirse muy orgullosa.

—¿Dijo magnífica...? ¡Oh, sí que lo es, y en todos los sentidos! —exclamó Dominick, orgulloso de su querida madre.

El hombre le miró con admiración, y pronunció su nombre en un tono cariñoso :

—Dominick...

—Diga usted, señor —exclamó el niño con una sonrisa en su cara, dispuesto a escuchar.

—Nunca en mi vida había hablado de esta manera con un niño; y aunque realmente no acostumbro a hablar con niños, fue un placer haber platicado contigo.

Con cierta medida de emoción, el niño no apartó su vista ni siquiera un mísero segundo del rostro tosco de aquel hombre.

—¿De verdad, señor? —dijo con presteza.

—Seguramente debes caerle bien a casi todo el mundo —dijo el forastero.

—No se equivoca en decir eso, pues muchos dicen que suelo ganar fácilmente el corazón de muchas personas.

—Me alegra que así sea. Y si Dios existe... ciertamente te bendecirá.

—Y lo ha hecho, señor, nunca nos ha faltado un techo donde dormir y pan qué comer —respondió Dominick con esa fe tan grande que tenía en el

Dios de los cielos.

—Me alegro por ti y por tu madre de que así sea —dijo Howard, intentando esbozar una amable sonrisa—. Ahora ya debo marcharme.

—No se vaya aún, señor. Tengo algo que decirle —pidió el niño con vehemencia.

Howard se quedó intrigado de nuevo, levantando ligeramente una ceja.

El niño extendió la mano y le mostró una moneda. Parecía recién acuñada, muy brillante.

—Cuando pasaba por aquí, miré esta moneda tirada bajo sus pies; corresponde a seis peniques. Pensé que se le había caído, pero con lo que usted me ha dicho al principio, veo que no es realmente suya. Ahora quiero dársela, al menos podrá comer algo bueno en este día.

Howard se quedó admirado por tamaño gesto. Pues era inusual que un niño mostrara tanta bondad con un miserable extraño.

—No —dijo Howard cuando retrocedió medio paso—, guárdalo para ti, tú lo has encontrado, y con todo derecho es tuya. Podrás comprar buenas cosas que necesite tu madre.

—Mi madre no necesita mucho de esta moneda, señor. Ni yo tampoco. Tenemos lo necesario. De verdad, tómela, lo necesita —le ofreció el pequeño una vez más, extendiendo con insistencia su delgado brazo.

Howard Gibbs le dirigió una mirada apreciativa.

—¿Estás seguro que no necesitan de esa moneda? —dijo el hombre.

—Tranquilo, señor, no lo necesitamos. Usted sí porque no tiene monedas en su bolsillos, usted mismo lo ha dicho y seguramente tiene hambre.

—Dominick dio un paso adelante y tomó la mano de Howard y se la colocó en la palma de la mano—. Aquí tiene buen hombre.

Howard al fin se había animado a tomar aquella moneda, medio chelín; realmente lo necesitaba. Y miró agradecido al niño, y no pudo evitar abrazarlo por unos pocos segundos. Un abrazo que nunca se imaginó darlo a alguien en la vida, sobre todo a un niño que apenas conocía.

En eso, Dominick mostró su mejor sonrisa en sus delgados labios.

Entre una mezcla de asombro y agradable sorpresa, el hombre grandulón

le dijo:

—Gracias, Dominick; que Dios te lo pague. En verdad eres muy generoso. Tienes mucha bondad en tu corazón. Ahora ve con tu madre, que ya debe estar preocupada por ti.

Howard sorprendido de conocer a la madre de Dominick

—¿Le gustaría conocer a mi madre? —le dijo de pronto Dominick con viveza.

—No es necesario. Y ya debo irme —dijo Howard al inclinarse un poco... enfocando su mirada en su saco de viaje.

—Ella está muy cerca, detrás de usted. Solo tiene que dar media vuelta y mirar; sabrá entonces quién es mi madre —le animó Dominick.

Howard Gibbs le miró algo encorvado y le entró la curiosidad, todo por la insistencia del niño. Por tanto, se enderezó y dio medio giro y miró.

No pudo dar crédito a lo que sus cansados ojos veían, al darse cuenta de que ella, la hermosa mujer de quien se sintió inmensamente impresionado: era la madre de Dominick.

—¿Ella... ella es... tu madre? —balbució sorprendido cuando miró al muchachito.

—Sí... Ella trabaja en ese puesto de flores para la señora Carter.

Una súbita chispa apareció en los ojos de Howard al ver de nuevo a la hermosa mujer que entregaba un ramo de rosas rojas a un hombre joven, y este, se lo dio gustosamente a su pareja con una amplia sonrisa; y ambos se abrazaron.

En eso, Dominick borró todo rastro emotivo en su rostro, y entonces dijo con cierta medida de amargura:

—Doy gracias a Dios que mi querida madre tenga un trabajo. Aunque la señora Carter es una mujer huraña y nada honrada. Es muy abusiva con mi madre, la hace trabajar todo el día como una esclava y le paga poco cada semana. Pero mamá es muy fuerte, y puede soportarlo. Los ojos

marrones oscuros de Howard se estrecharon y el tono de su voz se afiló.

—Ya me había dado cuenta de eso —dijo el serio.

—¿Qué cosa? —preguntó Dominick, sin entender lo que el hombre le había dicho.

—Que esa señora que mencionas, pasó hace un rato por su negocio de flores, y maltrató a tu madre con duras palabras; todo fue por su honradez —fue su respuesta.

—¿Eso vio? —indagó Dominick, serio.

Howard le dijo que sí con un leve movimiento de cabeza.

Dominick observó con desconcierto a su madre, que apenas podía mirarle entre tanta gente cruzando ante su vista. La mirada del niño fue de lástima y tristeza.

Y entornando sus ojos hacia Howard, Dominick confesó con voz triste:

—Mi madre ha trabajado mucho para esa señora, desde que murió papá. Y me duele mucho que la maltrate de esa forma. Pero ella necesita el trabajo para poder comer, por eso tiene que aguantar todos sus gritos.

—Aparte de trabajar todo el día, ¿tiene que aguantar todos sus gritos?
—dijo Howard, algo consternado por semejante atropello.

—Sí, señor —confirmó Dominick.

La mente de Howard se empezó a cegar por la ira.

—Si pudiera de alguna forma hacerle ver a esa señora esta maldad, ya no tendría que lastimar a tu madre de esa manera —habló Howard con voz mucho más grave; y su rostro pasó de blando a severo.

Pero Dominick Harper objetó con voz seria, cuando notó en los ojos de aquel hombre ese destello colérico que empezaba a asomar:

—No guarde rencor por esta injusticia, señor. El odio es la contraluz del amor. Sé que el mundo está acostumbrado a tales actitudes desagradables, que son tan normales para ellos. Pero amemos a nuestros enemigos si queremos agradar a Dios. El Creador mismo juzgará al final a los injustos y suya es su venganza.

Howard quedó gratamente sorprendido por la sagacidad de Dominick, pues la profundidad de los buenos conceptos religiosos del niño, lo dejaron sin palabras. Llevaba mucho tiempo sin pensar en Dios. Y

motivado por la buena conducta del niño, aflojó aquella dura mirada, e incluso una leve sonrisa pareció aflorar en sus ojos. Se puso a pensar: «¿Será que Dios ha puesto a Dominick en mi camino para enmendarme? ¿Haber hecho posible que pudiera ver a una mujer de buen espíritu que le había alentado el corazón a cambiar con más determinación?» Después de aquellos pensamientos respiró hondo y se tranquilizó.

—Siento mucho que tenga esta indignación, pero tu nobleza me ha ablandado el corazón. Sé que la gente no actúa bien. Muchos se hayan perdidos en sus almas y dominados por la ignorancia entre las sombras. No tuvieron una buena educación de sus padres; muchos seguramente, fueron maltratados como simples animales.

La cara dulce del niño se iluminó con más entendimiento a las cosas tristes de la vida.

—Ahora ya entiendo un poco más la razón de ello, señor.

Y, tras un breve silencio, Howard quiso saber:

—¿Y cómo se llama tu madre? —preguntó a media voz.

—Se llama Erinn Doyle.

Al escuchar como se llamaba la mujer, a Howard Gibbs se le iluminó el semblante.

Mientras tenía lugar esta escena, una dulce voz llamó al niño desde la distancia.

—¡Dominick!

El niño, con esos delgados labios que siempre parecían sonreír, pudo mirar claramente a su madre en el momento propicio en que cruzaban menos personas.

Howard dio la media vuelta y miró por un instante a aquella bella mujer de manera serena.

—Anda, tu madre te llama. Ve ahora con ella —le animó el hombre cuando clavó sus ojos en él.

—Antes de irme, ¿al menos puedo saber su nombre? —quiso saber Dominick.

—Mi nombre es Howard... Howard Gibbs. Disculpa que antes no me haya presentado con mi nombre, soy en verdad algo distraído y sin modales. En verdad mi vida ha sido muy bruta... pero aprenderé y trataré de no ser

tan torpe para las formalidades.

—No se preocupe por eso, para mí fue un gusto conocerlo, señor Gibbs... Y adiós. —Le estrechó la mano de manera vigorosa con una dulce sonrisa.

—Igualmente, pequeño. —Sonrió una vez más, cuyas sonrisas del hombre, ya se habían sumado como nunca antes en su vida en tan solo aquel momento con el encantador niño.

Después de esto, Dominick dio media vuelta y se abrió paso con rapidez entre la multitud que atestaba el mercado aquel fin de semana.

Dominick solo quiere ayudar al necesitado

—¡Mamá!, ¡mamá!, ya estoy aquí —exclamó Dominick con un tono un tanto acelerado y con esa cara tan alegre.

Los ojos de su madre tomaron un matiz de preocupación por su hijo, pues él había hablado con un total extraño. Inmediatamente su madre preguntó sería al momento en que ella se inclinó y puso su cara a la altura de la de su hijo.

—Cariño, dime, ¿de qué hablabas con ese señor? —Miró ella a su hijo con fijeza el brillante color de sus ojos.

Dominick la vio con esos ojos de ternura.

—Solo quería ayudarlo, mamá. Está algo necesitado —respondió su querido hijo.

—Dominick, no puedes ser tan confiado y amable con todos, no todas las personas son buenas. Debes entender eso y mantener la cautela con los extraños —advirtió su madre.

El rostro del niño se volvió serio.

—Pero, mamá, ¿es acaso malo querer ayudar a una persona que lo necesita? —objetó Dominick.

—¿Ayudarlo? ¿De qué manera? —inquirió ella.

Dominick habló con facilidad de palabra como siempre lo hacía:

—Le di una moneda de seis peniques; la encontré bajo sus pies. Pensé que se le había caído, pero él dijo que no era suya. Aún así quise dárselo, pero no quiso aceptarlo al principio. No obstante, yo insistí, mamá, y al final de todo, aceptó. Pobre hombre, se veía algo hambriento.

Erinn Doyle miró de reojo al hombre por un instante, y lo hizo disimuladamente.

—Pues el hombre aún nos observa, hijo —resopló ella con discreción.

**De inmediato, Dominick dio media vuelta para verlo, y las miradas del niño y el forastero se cruzaron fijamente. En ese momento Howard Gibbs se obligó a sonreírle con ligereza y, dio media vuelta y siguió finalmente su camino.

Erinn se apenó por la reacción entusiasta de su hijo hacia al forastero. Pero ella no podría culpar a su hijito por eso, porque algunas veces Dominick no lograba controlar sus emociones. Así son todos los niños.

—Hijo, deja de mirarlo y ahora mírame a los ojos. Tengo algo que decirte seriamente —pidió su madre al ponerse de pie.

Dominick se apresuró a clavar la vista en ella, y parpadeó con esa expresión serena, tratando de concentrarse en escuchar sus amorosas palabras.

—Sí, mamá, dime —respondió con esa dulce voz.

Su madre puso la mano sobre el hombro de su hijo con cariño. Y siempre que le decía cosas importantes, le miraba con fijeza, directo a los ojos.

—Hijo, debes de tener cuidado. No debes confiarte mucho de los extraños, y mucho menos de un vagabundo, eso es lo que parece ser y pudiera ser peligroso —le instruyó ella una vez más con paciencia, como siempre lo hacía para muchas cosas de la vida.

Dominick alzó una ceja, no muy seguro de que aquel hombre fuera una amenaza para él, pero finalmente asintió.

—Mamá, si dices que es un vagabundo... yo diría que lo es en cierta forma, porque ha viajado mucho, desde Irlanda hasta aquí. Seguramente un viaje muy difícil como lo fue en tu caso. Y creo que solo busca un trabajo para rehacer su vida en esta ciudad. Por eso lo mandé con nuestro viejo amigo Tyler, él necesita un trabajador fuerte como él. De seguro lo

contratará.

—¿Tú crees que con ese mal aspecto lo acepte? —cuestionó con franqueza su madre.

—No es horrible, mamá. Solo si se aseara y rasurara esa barba, que no es tan espesa, se vería muy presentable, y creo que hasta más joven. Estoy seguro que luciría como un caballero digno y respetable —dijo su hijo con una leve sonrisa.

—Ah, ¿sí? —había dicho ella cuando enarcó sus pinceladas cejas finas, por decir algo a las palabras de su hijo. Luego giró la cabeza hacia la derecha—. Parece que te escuchó. Ahora veo que va en dirección a la funeraria del señor Tyler.

—¡Qué bien, de seguro tendrá trabajo en la funeraria! —Se alegró el niño, y mostró una interminable sonrisa radiante, cuando sus ojos observaron atentamente a la distancia.

—Dominick... —le llamó su madre—. ¿Estás seguro de que el señor Tyler ocupa un trabajador? No vaya a ser que dejes en vergüenza al pobre hombre ante una negativa.

—Estoy seguro que sí, mamá —dijo el niño muy convencido. Y continuó diciendo—: Porque cuando el viejo Tyler salió de la habitación contigua para saludarme un momento, me comentó que le resultaba difícil cargar con los cadáveres, y su esposa ha tenido que ayudarlo un poco. Pero dijo que pronto pondría un letrero para solicitar a un hombre fuerte y con ganas de trabajar en una funeraria.

—Si es así como tu dices, esperemos que ese señor consiga trabajo allí. Todos merecemos trabajar para seguir adelante.

—Estoy seguro que sí, mamá. En la funeraria del señor Tyler siempre le han traído muertos. Sin duda habrá mucho trabajo por delante —afirmó el niño con ímpetu.

La causa de la muerte del hombre

—Hablando de la funeraria, entrégame el dinero de los dos ramos de flores que les llevaste, no sea que vayas a perderlo como aquella vez —pidió su madre cuando le extendió la palma de su mano, donde se le veían claramente marcadas las pequeñas heridas por causa de las espinas

de las rosas.

El niño, muy optimista, dijo:

—Aquí está, mamá... La señora Tyler quedó muy complacida por las flores.

—Estoy segura que fue para el señor Scott, ¿cierto? —dijo ella, seria.

Dominick bajó la voz ligeramente.

—Creo que sí, mamá.

—Que descanse en paz en el silencio de la tierra —dijo ella, y suspiró con tristeza.

—Yo quería ver al señor Scott, verlo por última vez; solo que la señora Tyler no me permitió que entrara donde estaba colocado —se quejó su hijo con un gesto frustrado. Y añadió sereno—: Aunque su esposo comentó que no tenía nada de malo que lo viera, pero ella se opuso. Tal vez sea porque sería terrible ver a un muerto sin vida siendo yo un niño.

—Y hace bien en no permitírtelo por ahora —concordó ella.

—¿Porqué todos tenemos que morir, mamá? —se limitó a preguntar Dominick.

Erinn se puso a pensar un poco, recordando el contenido de las Sagradas Escrituras Hebreas.

—Porque vivimos bajo la maldición de la muerte a causa del pecado de Adán y Eva —empezó a decir ella con su dulce voz—. Ya te había enseñado sobre ese tema, ¿no lo recuerdas?

—Sí, mamá, lo recuerdo muy bien... Pero es difícil saber porqué tenemos que pasar por estas cosas terribles: tener que envejecer, enfermar, y al final, morir de una forma y de manera tan dolorosa —dijo el niño con una expresión triste—. ¿Por qué Dios tarda tanto para arreglar las cosas para los que lo aman? —cuestionó.

—Dios debe tener sus razones para arreglar las cosas a su debido tiempo —respondió ella con una voz tranquilizadora y dulce, y con esa paciencia que lo caracterizaba para con su hijo. Y enseguida, la mujer abrió paso en su mente a la gran esperanza, a la libertad de todo sufrimiento cuando le dijo—: Solo tengamos fe en sus buenas promesas que aún no se ven y que algún día podremos contemplar; seremos felizmente recompensados

sino dejamos de practicar la justicia de Dios hasta el final.

La mente del niño intentaba sacar conclusiones.

—Entonces, ¿todo a su debido tiempo? —reiteró su hijo, mirándole atentamente con aire pensativo.

—Así es, cariño. Y mientras Dios no elimine la muerte, todos hemos de morir algún día, acechados por la sombra de tan temible enemigo. Del polvo de la tierra fuimos creados desde Adán, y siendo condenados por su pecado, toda su descendencia regresará al polvo de la tierra, en un estado de inexistencia, hasta que Dios nos traiga de su memoria y nos levante de la muerte; y todo será por la gracia de Dios por la sangre derramada de su amado hijo, Jesús, quien entregó su vida perfecta por todos los que tengan fe en él. —Había pronunciado aquellas palabras lenta y cuidadosamente, para que su hijo nunca las pudiera olvidar a medida que creciera.

Dominick hizo un gesto de más amplio entendimiento, satisfecho por la respuesta; y entonces se acercó un poco más a su madre.

—Pero tú tendrás mucha vida por delante, ¿verdad que sí, mamá? —dijo el niño, alzando su barbilla para que lo mirase.

—Probablemente sí mi vida, Dios quiera que sí —dijo ella, con la vista hacia abajo para mirar a los ojos brillantes de su hijo, acariciándole el sedoso y brillante cabello castaño claro.

—Entonces así será, mamá, ya lo verás —aseguró Dominick, y dejó florecer una sonrisa con una amplia inocencia en su ser—. Madre... —añadió él.

—¿Sí? Dime —correspondió ella al mirarlo atentamente.

—Te amo con todo mi corazón. Siempre estaremos juntos por mucho, mucho tiempo —exclamó Dominick poniendo entusiasmo en la voz.

Y dicho esto, Dominick se abrazó a las piernas de su madre, para luego abrir sus ojos y mirar a su madre con ese cariño de siempre.

Finalmente, su hermosa madre, tomó el rostro redondo de su hijo entre sus manos y lo inclinó para besar su frente.

Capítulo 4



BERNIE TYLER



© El forastero llegó a la esquina de la calle y se detuvo frente a la fachada del negocio del señor Bernie Tyler, en cuyo local, tras un vidrio cristalino, se exponían algunos ataúdes a la venta, tanto para pequeños como para grandes.

Cuando Howard alzó la vista, pudo ver de cerca los detalles de la propiedad, una privilegiada esquina de la zona, que aparte de aquel negocio, también era una bonita residencia, edificada con ladrillo marrón que concluía en un tercer piso con magníficas vistas desde las ventanas. Y desde el cielo vio venir a un cuervo, que se posó en la base metálica que sostenía el rótulo de la funeraria; el pájaro graznó cuatro veces con un suave batir de alas. Luego, el animal torció el cuello para observar hacia abajo al extraño visitante, y memorizó su rostro, pues los cuervos son astutos e inteligentes, y son capaces de memorizar los rostros de las personas que no olvidan por mucho tiempo, sobre todo de aquellos por quienes se sienten amenazados.

En cuanto al negocio del señor Bernie Tyler, Howard Gibbs bajó la vista y contempló un pequeño letrero de latón (fijo sobre la pared) a un lado de la entrada, y empezó a leer estas palabras:

«TODOS MORIMOS TARDE O TEMPRANO. ASÍ ES LA VIDA DE TRÁGICA, Y SIENTO MUCHO SU PESAR. AQUÍ CUENTA CON UN HÁBIL FUNERARIO QUE SE ENCARGA DE PREPARAR DIGNAMENTE A SU SER AMADO PARA SU VELATORIO Y ENTIERRO. PREGUNTE POR EL SR. BERNIE TYLER.»

Howard vacilaba en entrar en un negocio como éste, pero pensó en la bondad del niño quien le había animado a llegar allí; por esa razón su espíritu se negó a retroceder de aquel incómodo lugar. Echó un breve vistazo al puesto de flores ubicado a pocos metros de distancia, desde donde Dominick aún le observaba expectante. Entonces las comisuras de la boca de Howard se retorcieron en una ligera sonrisa hacia el niño.

Acto seguido, el hombre desplazó su mirada a Erinn Doyle; la bella mujer estaba ocupada con otro cliente, atenta y servicial. Cuando él la observó con ese encantamiento, otra ligera sonrisa no pudo dejar de acudir a sus labios. La madre de Dominick era otra razón apremiante para trabajar con el señor Bernie Tyler, porque desde allí tendría muchas oportunidades para contemplarla de lejos, y algún día, se animaría a presentarse ante ella de manera decorosa y con una imagen digna, con la esperanza de

conocerla mejor.

Pensó que con este trabajo podría ahorrar el dinero suficiente para el alquiler de un cuarto barato, sin importar que la habitación fuese estrecha y miserable. También quería comprar algunas herramientas básicas que necesitaría para trabajar en lo que sabía hacer muy bien: deshollinar chimeneas.

Howard por fin se animó a entrar en el local con todos aquellos motivos, pero teniendo esa acostumbrada y exagerada expresión seria marcada en su rostro; por lo tanto, giró el pomo de bronce dorado, un objeto que tenía la forma de una mano saludando, y entró. La puerta hizo sonar una campanilla en forma de un cráneo y pequeñas lápidas.

Una vez dentro, no vio a nadie, excepto a un escuálido gato negro que estaba acostado sobre un mostrador de teca y ebano ubicado al fondo del amplio local. El animal doméstico se levantó al ver al extraño, dando un ágil salto al suelo; el gato movió rápidamente sus patas y empujó la puerta de la habitación contigua y entró; emitió un sonido a sus dueños, quienes a la vez ellos le prestaron atención, alertados ya por la campanilla de la puerta.

El forastero miró por un instante, en la pura entrada, una inusual decoración... una lápida gris de piedra, labrada que decía: BIENVENIDOS PARA UN ENTIERRO DIGNO; y procedió a llamar con su peculiar voz grave:

—Buenas tardes, ¿hay alguien aquí?

Pasaron unos segundos, tras los cuales Howard vio salir a una mujer muy alta y delgada, de piel sumamente blanca, traslúcida como el alabastro, con unos ojos azules claros, que le pareció que sobrepasaba un poco más de los sesenta años. Y tenía una cara bastante alargada, y de larga nariz; y las orejas de la mujer se parecían un poco a las de un murciélago, un tanto largos y algo puntiagudos, que apenas se ocultaban entre su ondulado cabello blanco recogido por detrás de la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —se apresuró a decir la mujer con notable seriedad.



—Busco al señor Bernie Tyler —dijo el visitante con un tono poco acogedor.

La señora arrugó la frente y adoptó un gesto muy frío. Hizo un cálculo mental sobre la clase de hombre que pudiera ser. Y luego respondió:

—Ahora está ocupado, ¿qué necesitaba de él? —preguntó la mujer con desmedida desconfianza, sin mostrar siquiera por educación una agradable sonrisa, no al menos a simples vagabundos que comúnmente suelen molestar con algo o aprovechar un descuido para robar algo de valor, pues los ojos de la mujer así lo había juzgado a base de esa apariencia del visitante.

—Vengo buscando un trabajo, y tal vez aquí pudieran ocupar a alguien —contestó Howard Gibbs, incómodo en aquel lugar, ya que le parecía que se respiraba olor a muertos.

El arrugado rostro de la mujer continuó siendo como una máscara sin expresión, pues ella mostraba de ese modo su indiferencia, haciéndole

entender de algún modo, que no lo quería en su tienda.

—No necesitamos a nadie, no por ahora —reiteró ella de forma concisa.

Con un tono tan seco como el de aquella mujer, a Howard le pareció que su visita no le resultaba nada grata. Pero, a pesar de todo, Howard quiso insistir una vez más, porque confiaba en la palabra del niño.

—¿Seguro que no necesitan un trabajador? —insistió él una vez más, asumiendo un semblante más serio.

—¿Acaso no ha escuchado bien, señor? No ocupamos a nadie, lo siento —dijo la mujer, con persistente sequedad en su tono de voz.

Él se vio ante la necesidad de revelarle quien le informó sobre el trabajo, pero quería decirlo de un modo indirecto, pensando que tal vez, ella podría cambiar de opinión y presentarlo ante el señor Tyler, pues el hombre tenía la seguridad de que el niño les fuera a ellos un ser amado y de plena confianza.

—Entonces pido perdón, señora, tal vez el niño que me ha hablado de un trabajo seguro en este lugar se haya equivocado. De todas formas, gracias, y disculpe las molestias. —Y por unos pocos segundos él no movió los pies, esperando una reacción favorable a sus palabras en aquella indiferente mujer.

No obstante, la señora ya no quiso decir más de lo que ya dijo, solo quería que el hombre estuviera lejos de su vista y tan pronto como fuera posible.

Con una leve expresión de desconcierto por el prejuicio de la mujer, sin pensarlo dos veces, Howard dio media vuelta para salir... cuando de repente, escuchó una voz que le hizo detener sus lentos pasos:

—¿Te lo dijo mi buen amigo, Dominick Harper? ¿Ese niño que usted menciona? —La voz sonó estridente y rasposa.

El forastero volteó a ver; y aquella voz le había parecido que salió de aquella habitación contigua al negocio, con una puerta doble con resortes, cerrada, de donde había salido aquella mujer. Pensó sin duda que era el señor Tyler.

—Sí señor, él mismo —respondió el forastero, serio, con la mirada enfocada a la puerta, esperando que de un momento a otro el misterioso

funerario se presentara.

Pero el dueño del lugar aún no salía para mostrar la cara, más bien seguía respondiendo tras aquella pared:

—Era de suponer, pues a nadie le he dicho que necesito un ayudante, excepto a mi pequeño Dominick que se lo mencioné hace un rato, poco antes de que saliera de este lugar. Ya que aún no he puesto un letrero para ello. —Y el funerario añadió con voz gélida y calmada—: Ahora me pregunto: ¿porqué un niño como él habría abierto su pequeña boca para mencionarle que hay un puesto vacante?

Howard explicó:

—No lo sé..., solo mencioné al niño que buscaba un trabajo, cuando por una simple ocurrencia, salió el tema. Pero, para ser sincero, no pensaba venir cuando supe que se trataba de una funeraria, pero él insistió.

—¿Dominick insistió? Vaya, al muchachito le gusta ayudar a todo el mundo —dijo con soltura el anciano—. ¿Conoce al niño? —preguntó enseguida.

—Acabo de conocerlo, me detuvo por algo trivial cuando pasaba por el mercado.

Hubo un silencio que envolvió ese momento, hasta que, por fin, volvió hablar el señor Tyler.

—Por favor, espere un momento, en un segundo salgo —anunció en un tono muy tranquilo.

Mientras tanto Howard Gibbs se entretuvo prestando atención a su entorno, y vio con la mirada opaca de sus ojos marrones oscuros, aquellos ataúdes rústicos y otros sencillos. Y había arreglos florales ya casi marchitos, excepto por un arreglo floral, sumamente fresco y colorido, que había sido colocado en el mostrador y que perfumaba el amplio lugar... amortiguando un poco el olor a los muertos (aunque yo podría decirles que tal olor, no son más que sustancias químicas que se utilizan para desinfectar o embalsamar a los cadáveres).

También, sobre una pared, vio un brumoso retrato de óleo que le pareció algo antiguo, cuyo marco del cuadro, en una esquina, estaba infestado de una telaraña con una fea araña de patas largas que caminaba sigilosamente. En ese retrato está plasmado tres personas delicadamente cinceladas: el del medio, era un anciano que parecía más muerto que vivo, mientras que los otros dos hombres, ubicados en cada lado, eran de mediana edad; y le pareció que podrían ser hermanos (debido a los rasgos parecidos), en tanto que el anciano, pensó que podría ser el padre

de ellos dos.

En cuanto a la señora que le observaba de reojo con disimulo, él ni siquiera quería verla a los ojos para no incomodarla más ante su notable indiferencia, situación que a él no parecía molestarle, pues comprendía que para ella, era un total extraño.

Al cabo de un rato la puerta se abrió, y Howard por fin vio al señor Tyler en el umbral, sosteniendo una mano huesuda la puerta para que no se cerrase. El funerario casi tan alto como el visitante desvelaba un rostro agrietado por el tiempo. Era un viejo flacucho de cabellos blancos como la nieve, un tanto largos y sin barba, y muy calvo de la frente; tenía una cara alargada con nariz algo puntiaguda; usaba anteojos de aumento que agrandaban un poco sus ojos hundidos y algo torcidos, de color marrón oscuro, sumamente opacos y vacíos.

—No se vaya a ir, por favor, tenga paciencia que estaré con usted en un momento —dijo una vez más el señor Tyler, y soltó la puerta y ésta se cerró con la presión del resorte.

El anciano de aspecto curioso, con toda la calma del mundo se quitó la vestimenta externa de una sola pieza, vestimenta que siempre usaba en su trabajo para preparar a los muertos, y lo colgó en un gancho de metal; luego lavó sus huesudas y arrugadas manos con jabón; y finalmente se ajustó un poco la chaqueta; poco después, sacó su reloj del bolsillo y miró la hora. En eso, abrió de nuevo la amplia puerta: pasó a través del marco con ese evidente cojeo en su pie izquierdo.

Cuando su esposa lo vio salir con ese traje oscuro de corte anticuado, le ofreció el gran bastón de madera que terminaba con un adorno de una calavera de plata: reluciente y brillante.

—No lo necesito ahora, cariño —rechazó el funerario que se le notaba que tenía un aspecto cansado, algo ojeroso.

Entonces el anciano, a pasos lentos, se acercó lo suficiente para observar bien al visitante, y lo miró de manera escrutadora. La percepción del viejo hombre se inclinó más a un simple forastero sobre el cual pesaba en su vida la falta de estabilidad económica por la difícil situación de la vida. Y que el hombre fornido seguramente solo trataba de sobrevivir como muchos otros por allí, en busca de un trabajo.

—Supongo que no llevas mucho tiempo en Birmingham, ¿cierto? —empezó a indagar el viejo.

—No. Apenas llegué hoy de Liverpool —respondió el forastero con su marcada voz seria.

—Irlandés, seguramente —aseguró el viejo Tyler.

—Usted lo ha dicho. No tengo mucho tiempo que emigré a Inglaterra.

—Lo supuse desde un principio, su acento es muy marcado... Dígame: ¿Qué le trae por este país?

—Busco una mejor vida, señor. Y para ello, trabajaré muy duro.

—Eso creí. Creo que los irlandeses nunca dejarán de emigrar en busca de una dichosa vida en un país ajeno, sea en América o en Inglaterra u otro país. Perdona mi franqueza, no deseo desalentarte, pero las cosas aquí, no son tan buenas para todos como parece.

Muchos inmigrantes terminan marginados, no hay oportunidades equitativas para ellos —informó el viejo, con voz trémula.

—Ignoro lo que haya sucedido en Inglaterra hasta ahora. Pero ya me he dado cuenta desde que puse un pie en este país, de que no me han favorecido para bien; pero no voy a rendirme tan fácilmente—dijo el forastero con resolución.

—Solo bastaría con enterarse leyendo los periódicos antes de abandonar sus hogares de piedra. Pero veo que muchos irlandeses no se informan primero antes de venir. Tal vez estén esperanzados en que no correrán con la misma suerte de muchos desafortunados. Pues su visión solo está enfocada en la prosperidad industrial para trabajar como simples obreros. ¿No lo cree usted así?

Pero Howard no dijo nada a ello.

Con mirada comprensiva, el señor Tyler rompió rápidamente aquel incómodo silencio sepulcral ante un hombre, que parecía ser de pocas palabras y de expresión taciturno.

—Me atrevo a decir con seguridad el triste destino de muchos: los que emigran a Inglaterra, solo terminan con avarientos empleadores que los explotan, convirtiéndolos en casi sus miserables esclavos. Ante tal situación, los pobres se encuentran con más dolores que vuelven a cruzar sobre sus míseras vidas. Así es este mundo cruel; vivimos en un mundo egoísta y falta de cariño humano. Triste, muy triste que abusen de su gran necesidad, sin hacer distinciones: sean irlandeses, escoceses, galeses e incluyendo a los propios ingleses. Esa es la realidad para los infortunados —se lo mencionó Tyler con toda la crudeza al gigante

irlandés.

Howard se quedó cavilando.

—¿Por qué me cuenta todo esto a mí? —le extrañó el forastero.

—Porque no me agrada que abusen de la pobre gente que emigra; muchos empleadores no son justos con ellos. Y no me gustaría que usted cayera en malas manos y abusaran de usted —dijo con rudeza.

—Es una desgracia que eso suceda en un país tan próspero en la industria. Sé muy bien que los ricos nunca dejarán de abusar de los pobres. Pero qué importa, nada se puede hacer al respecto. Lo único que quiero es trabajar y vivir en paz —dijo Howard.

El señor Tyler le ofrece un trabajo a Howard en la funeraria

—Me alegra que tenga muchas ganas de ocuparse en un trabajo.

—Eso es lo que quiero tan pronto sea posible. Solo deseo seguir adelante con mi vida sin tener problemas con nadie —comentó el forastero.

—Siento decirle esto y espero que no le moleste. Pero encontrar un trabajo con una apariencia de vagabundo no le será fácil —dijo con franqueza el viejo Tyler.

El hombre le lanzó una mirada intensa y desmesurada.

—¡No soy un vagabundo, señor!, no ando en las calles sin rumbo sin ser útil a nadie. —exclamó el hombre en un tono contundente.

—Tranquilo. Sé con certeza que no lo eres, pero siendo sincero: eso es lo que pareces. La verdad es que hay muchos irlandeses vagabundeando en todo el país; pero pido disculpas si le he ofendido —respondió el anciano con un gesto de humildad.

Howard ablandó su rostro con un gesto de comprensión.

—Entonces, discúlpeme a mí por mi mala apariencia, sé que no debí presentarme así. Pero tuve un viaje largo y difícil en camino a Birmingham, y llegué con esta ropa algo sucia y desgastada. No he tenido la oportunidad de asearme adecuadamente en ninguna parte, y no tengo

más ropa limpia que ponerme —confesó el hombre, algo avergonzado.

Tyler se quedó en silencio durante un momento y luego pareció llegar a una conclusión.

—Se nota su gran necesidad de encontrar un trabajo. Y por lo que ha dicho hace poco y luego a entender, no le gusta mucho la idea de trabajar en una funeraria.

—Sinceramente no mucho. Pero puedo intentarlo —respondió él—. Estoy desesperado por encontrar un trabajo; me hace falta el dinero. En Liverpool no me fue nada bien. Llegó un momento en que ya no tuve más dinero para seguir pagando el alquiler de un cuarto, y no me quedó otro camino que salirme y refugiarme en los callejones en algún escondite o debajo de algún puente, protegiéndome de la lluvia y del frío. Espero que en esta ciudad, mi mala situación pueda cambiar para bien.

—Lamento sus desgracias. Pero no pierda la fe —le animó el anciano, y pasó una mano paternal y conciliadora por el hombro de Howard, y le dijo—: Le concederé el trabajo en mi funeraria.

Howard levantó la cabeza cabizbaja y le miró algo sorprendido.

—Gracias, gracias señor... Solo que... quiero aclarar una cosa desde el principio: quiero tomar este trabajo solo temporalmente con el fin de conseguir lo que quiero... Todo en caso de que usted me lo conceda bajo esa condición—comunicó el irlandés abiertamente.

El viejo Tyler enarcó una ceja, algo intrigado.

—¿Temporal? Mmm... —dijo el anciano cuando se rascó suavemente la cabeza, pensativo—. ¿Y qué es lo que quiere? —quiso averiguar con urgencia.

—En realidad, soy un deshollinador, ese ha sido mi oficio en Dublín por casi dos años. Pero no cuento con herramientas para ello, pues en un descuido me lo robaron todo en el muelle de Liverpool, cuando bajé del barco. En cuanto tenga dinero y compre lo que necesite para ello, me dedicaré a lo que sé hacer bien —informó Howard, abriéndose un poco más con sus palabras.

—Ahora puedo entender. Aunque aquí muchas de las chimeneas son tan estrechas que solo los niños cabrían en ellas, en especial en Londres —le informó Tyler.

—No es un obstáculo para mí, tengo maneras de limpiarlas.

—Qué puedo decir a sus palabras, no estoy muy informado en tales tareas de los deshollinadores. Aunque creo que no es un oficio muy grato estar entre la suciedad del hollín, pero es honorable ganarse la vida con dignidad sin robar nada a nadie.

—Solo quiero que sepa que nunca en mi vida he sido un ladrón. Digo esto porque no quiero que algún día llegue a sospechar de mí o tenga temor de eso. Odio las sospechas sin fundamento y que solo me juzguen por mi apariencia. Este mundo está lleno de prejuicios.

— ¡Por supuesto que no pensaré eso de usted! —dijo rápidamente el anciano—. Es admirable que una persona como usted sea muy trabajador y en cierta forma, me gusta ayudar a la gente que lo necesita, aunque no siempre puedo ayudar a todos. Pero un trabajo sin duda le ayudará mucho a recuperarse. —Le acercó una silla—. Ande, siéntese y descanse un poco; por suerte es una silla amplia y maciza para su gran altura y peso.

El forastero compuso un gesto conciliador y aceptó sentarse.

—Agradezco su confianza. Tener este trabajo me será de mucha ayuda para seguir adelante. —dijo con un rostro lleno de gratitud.

El viejo le mostró un gesto de compasión.

—Creo que he hablado más de lo debido. Lo mas correcto es haberme presentado primero. ¡Que mal educación de mi parte! Perdone mi descuido. Mi nombre es Bernie Tyler.

—El mío es Howard Gibbs. —El forastero le estrechó su mano al anciano que se la había extendido.

—Mucho gusto, señor Gibbs. Y aquella mujer que está en el mostrador, es mi querida esposa, Anna Tyler. —señaló.

Howard inclinó levemente su cabeza a modo de saludo a la mujer. Y ella le dedicó una mirada pasiva, así como una ligera sonrisa que parecía cualquier cosa menos amigable.

—Perdone el mal recibimiento de mi mujer, ella es algo tímida y desconfiada con los extraños. No debió hablarle en ese tono tan seco al entrar; ella debió confundirlo con un hombre vagando de calle en calle. —Se disculpó de nuevo el funerario.

La imprudencia y la falta de tacto del señor Tyler enmarcaba siempre su personalidad, por ello, su mujer, al haber escuchado que ella había

confundido al extraño con un vago de la calle, sus mejillas empezaron arder de vergüenza y le dirigió una mirada llena de agudeza.

—Tyler, que indiscreción la tuya —dijo con firmeza sin disimular su feo disgusto.

El viejo hombre enarcó su poblada ceja izquierda al rodar sus ojos hacia a su mujer. Y haciendo acopio de su mejor tono altivo, expresó sin mucho pesar:

—Si esto te ayuda un poco para bajar tu enojo: siento mucho no haberme expresado con propiedad. Ahora solo trata de tranquilizarte. No quiero que este hombre de buena fe tenga un mal concepto de nosotros.

La señora de la casa hizo una pausa dramática. Y le miró furibunda una vez más.

—¡Eres insolente y desconsiderado! ¡Eso es lo que eres y nunca cambiarás! —dijo su mujer con voz aguda.

El señor Tyler ignoró su desprecio y volvió a concentrar su atención en el forastero ante una situación bastante incómoda ya para todos.

—Disculpe usted la discrepancia con mi esposa —dijo el anciano con un atisbo de vergüenza.

Howard se levantó de la silla y le respondió:

—En verdad siento mucho incomodarlos. Creo que lo mejor es que busque trabajo en otra parte.

—¿Se va así sin más por causa de mi amargada mujer? —dijo Tyler, abriendo un poco más los ojos (el ojo derecho, mostraba claramente una pequeña catarata que le nublaba un poco la vista).

—Creo que ya debo marcharme. No tengo otra cosa más que decir. —dijo Howard serio.

—¿Ves, Anna, lo que has provocado? —Lo miró de manera fulminante el anciano, arrugando copiosamente su frente.

—¿Me echas la culpa a mí? ¡Deja que se vaya! —replicó su mujer con los ojos bien abiertos por la exasperación.

Los ojos de Tyler se abrieron con desmesura.

—¡Compórtate como una verdadera cristiana, mujer! De que te sirve leer la Biblia por las noches sino lo aplicas con los pobres extraños —exclamó

firmermente su viejo marido.

El forastero empezó a mover sus pies, decidido a salir tan pronto fuera posible de aquel lugar. La situación se estaba poniendo muy tensa y bastante incómoda.

El señor Tyler se quedó sin palabras, ante la repentina decisión del irlandés de retirarse sin más que decir y dándoles la espalda.

Cuando Howard abrió la puerta principal, se escuchó un fuerte ruido seco y abrupto, acompañado de un fuerte maullido momentáneo. El forastero alcanzó a ver al gato negro que empujó la puerta y salía despavorido de aquella habitación contigua; y el animal subió como un rayo por aquella escalera que llevaba al piso de arriba.

La alarma se extendió por la cara de señor Tyler.

—¡Ay, no!, ¡no! —se lamentó el anciano, tras lanzar un suspiro de pesar y llevándose las manos a la cabeza—. Espero que no sea lo que estoy imaginando. Eso sería terrible.

Ante aquello, el viejo Tyler miró con rapidez a Howard que estaba a un paso de estar en la calle y que no entendía lo sucedido, algo intrigado.

—Usted disculpe, señor Gibbs —le dijo el anciano y así, sin más, se dio la vuelta, saliendo apresurado para entrar en aquella habitación de donde había salido a pasos lentos con evidente esfuerzo y cojeo.

La señora Tyler al verlo entrar, se asomó rápidamente. Y lo que ella vio fue espantoso; tanto así que se llevó una mano en la mejilla por el asombro. Tuvo una desagradable impresión de aquel penoso incidente.

—¡Qué horror! —exclamó la mujer con los ojos muy abiertos de par en par.

El cadáver del hermano de Tyler

Howard desistió de salir del local comercial para ver lo que sucedía.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció él de buena gana.

La señora Tyler ablandó su rostro inexpresivo cuando miró al forastero por un instante a la cara, viendo en él su grata atención al problema.

—Creo que sí necesitaré de su ayuda; mi esposo está en graves apuros. —La voz de la mujer terminó por ser afable y sosegada.

—¿Dígame que puedo hacer por ustedes? —se ofreció Howard, que estaba muy dispuesto atender el problema, aunque sin saber realmente lo que había pasado adentro.

La señora Tyler tuvo una sonrisa conciliadora y de agradecimiento.

—Gracias por ello, señor. Su ayuda será de mucha utilidad en este momento.

—Estoy listo para ayudar en lo que pueda —dijo cuando dio varios pasos hacía ella.

Anna Tyler mencionó el problema sin dilación.

—El pobre de mi marido ha estado trabajando solo y sin ayudante durante toda la noche hasta esta hora; preparo con esmero dos cuerpos sin vida —explicó la mujer—. Terminó cansado y desvelado, y en ese estado, tal vez no lo acomodó bien en el gancho que sostenía el cuerpo del difunto de mi cuñado. Lo tenía listo para una fotografía; pero mire usted ahora... se cayó. —Ella se hizo a un lado para que él pudiera observar.

Howard vio aquel mencionado cuerpo sin vida, dignamente preparado y vestido, que se había desplomado de esa manera sobre el piso frío, yaciendo allí, inerte.

—Ya me doy cuenta —dijo Howard, algo asombrado por aquella desagradable escena.

En tanto, el señor Tyler miró por un instante a su mujer.

—Querida... sospecho que fue el molesto gato que debió moverlo de alguna manera causando este penoso accidente. ¿No viste cómo salió despavorido? ¡Sí, debió ser de esa manera! —conjeturó el funerario, algo molesto.

—¿Sombra? ¿Tu inseparable gato de compañía? —dijo ella desde la puerta.

El señor Tyler no se equivocaba en decir eso: fue así como había pasado. El gato negro se había enredado entre los tobillos del difunto, ronroneando, reclamando el animal su atención. En consecuencia, el cuerpo sin vida se había movido y caído estrepitosamente al suelo,

soltándose del gancho de la base de metal que lo había sostenido... hasta el grado en que el golpe más fuerte pesó sobre la cabeza del cadáver, expulsando los algodones fuera de las fosas nasales, cayendo hasta medio metro de distancia.

Ahora el señor Bernie Tyler dirigió sus palabras al forastero, pero sin apartar la mirada del cadáver de su hermano, queriendo ponerle de nuevo los algodones en la nariz, muy adentro.

—Por favor, señor Gibbs, entre aquí, le agradecería que me pudiera ayudar —dijo mientras hacía eso.

El aludido, dispuesto, se acercó al frío cadáver.

La señora Tyler desbloqueó la puerta para que se cerrara; quería evitar una mirada curiosa si resultase que un cliente entrara a la tienda. Sería muy vergonzoso que descubrieran un cadáver en el suelo, sería de mala reputación para el negocio que era muy respetable y conocido.

El señor Tyler se encontraba un poco abrumado por la presión del tiempo; levantó la mirada hacia a Howard Gibbs y le pidió con amabilidad:

—Tenga la bondad de levantarlo y trataré yo de engancharlo; le estaré muy agradecido por ello. Es vergonzoso que esto haya sucedido; una indigna caída de mi pobre hermano mayor.

Howard se inclinó y observó el rostro del anciano difunto: tenía los ojos abiertos, sumidos y vacíos, y sin más color en su piel. Ciertamente no le resultaba nada cómodo para él tocar un cadáver tan frío, seco y tan rígido. Se le vino a su mente el desagradable recuerdo en el día en que recogía cadáveres en Irlanda, víctimas de la peste y la hambruna, hace algunos años atrás, y que los colocaba en una carreta. Así se ganó el sustento por un tiempo bajo muchos riesgos contra su propia salud.

—Vamos, señor Gibbs, proceda a tomar el cuerpo con mucho cuidado—instó el funerario, tras mirar su reloj de bolsillo—. Es algo tarde ya. No tarda en llegar el fotógrafo a las 11 am. Apresurémonos

—Ayudaré con mucho gusto y tan rápido como sea posible —asintió Howard, en una situación tan incómoda para él, pues no le quedaba más remedio que ayudar a esos débiles y pobres ancianos de la funeraria.

Howard, al estar tan cerca del cadáver, tuvo un leve estremecimiento; pero aún así se atrevió a tomar el cuerpo marchito y endurecido entre sus brazos. Desde el momento en que lo cargó lo pudo sentir muy liviano, porque estaba sumamente enflaquecido. En eso, él tropezó y se le zafó de las manos al difunto; vio venir la cabeza del cadáver chocar contra su

frente, teniéndolo ahora sobre su rostro: una mirada viva contra la de un muerto. Eso sí que fue muy muy desagradable para el visitante, pero Howard disimuló muy bien aquel desagrado.

El señor Tyler le vio con extrañeza.

—¿Se encuentra bien, señor Gibbs? ¿Puede con el cuerpo?

—Sí, estoy bien. Puedo con él —dijo, intentando de recuperarse de la impresión, sujetando bien el cuerpo sin vida.

—Póngalo de pie justamente aquí, cerca de la base. Trataré rápido de engancharlo —pidió el señor Tyler, atento al cadáver—. Solo quiero tener la mejor foto del recuerdo con mi querido y único hermano que he tenido en la vida. El fue mi mayor apoyo en la funeraria.

Howard Gibbs lo acomodó de tal forma que se viera normal, como un hombre vivo que está de pie. Y el rincón estaba arreglado para aquella anhelada foto, cuya costumbre en la época victoriana, solían retratarse con sus seres amados, en especial con niños, que eran los más vulnerables a las infecciones contagiosas y que solían morir más seguido que los adultos. Para aquella época, muchos de los padres y parientes no podían costearse una foto con ellos cuando estaban vivos. Pero ahora muertos... estaban dispuestos hacer cualquier sacrificio para tener esa anhelada foto del recuerdo con sus seres amados, pues habían sentido la lamentable pérdida de una forma muy dolorosa. Esto es una rara costumbre, pero digna y respetable para ellos, acompañado cada uno con su creencia y superstición acerca de los muertos.

La señora Tyler se había apresurado por traer las flores frescas que Dominick había traído un poco antes.

Poco después, la puerta de salida que daba al patio del costado del pequeño edificio, un viejo perro de raza Border Collie empezó a rascar la puerta con sus pesuñas, y soltaba tristes alaridos; es que quería estar con su amo, el difunto señor Scott.

El señor Tyler parecía ignorar los alaridos del perro, ya que estaba absorto con el cadáver de que estuviera bien colocado al gancho.

—Escucha a ese perro..., vuelve aullar de tristeza por la muerte de tu hermano —dijo la señora Tyler, mientras dirigía sus pasos con las flores frescas en sus manos para colocarlo sobre una base decorativa al lado del cadáver.

Howard se admiró por el pobre animal ante aquella persistencia.

—Sí, sí..., ya lo escuché, que no estoy sordo —le respondió el señor Tyler a su mujer; enfadado a causa del quejumbroso animal. Y continuó diciendo—: Con esa insistencia el perro va a dañar esa puerta. Ya me cansé de salir varias veces para pegarle con la vara, pero huye y al poco rato regresa hacer lo mismo. Nada parece detenerlo.

—Que se puede esperar de un perro que siempre ha estado con él desde que era un simple cachorro —dijo ella—. El animal fue su compañía, casi como un hijo. Si te molesta tanto, deberías intentar amarrarlo con un lazo lejos de la puerta.

—Pues ve tú y átaló, que yo estoy demasiado ocupado —pidió su esposo, algo exasperado.

—Pues yo también estoy ocupada —replicó ella de mal modo.

—Entonces tendré que hacerlo yo mismo. Iré por ese maldito perro —gruñó él cuando el cadáver ya había quedado en su lugar de manera segura.

Acto seguido, el funerario apresuró sus pasos como podía al encuentro de ese animal, pero de repente, la campanilla que colgaba sobre la puerta del negocio sonó, avisando la entrada de una persona.

El señor Tyler paró en seco cuando estaba a punto de abrir esa puerta de madera. Giró sus cansados ojos a la segunda puerta de la estancia. Supuso inmediatamente quien podría ser, pues era la hora de su llegada.

El perro aullaba triste y sin parar.

—¡Cállate, Snaiker! ¡Cállate ya! —gritó Tyler al pobre animal. —El perro levantó la cabeza y movió las orejas. Por fin el perro se había ido.

—De seguro es él, el fotógrafo —aseguró la señora Tyler

—Ya lo creo que sí.

El fotógrafo de muertos para el recuerdo familiar

—Hola... ¿Puedo pasar? —Se escuchó una voz joven y afable detrás de la puerta.

—Anda, pasa, que aquí ya estamos esperándote —dijo el funerario que había reconocido la voz del visitante.

Y a los pocos segundos... esa puerta se abrió de par en par.

El joven de veintitrés años entró, siendo el francés parisino. Se llamaba Nicolás Mercier, un excelente fotógrafo profesional, y que ejercía recientemente su profesión en Inglaterra, ya sea dentro de su pequeño estudio o fuera de él.

Él siempre se transportaba en su modesto coche de caballo, con su gran cámara para viaje, un aparato con fuelle de cuero fabricado en madera de caoba para tomar placas fotográficas. El joven nunca venía solo, le acompañaba siempre un quinceañero para ayudarlo a cargar su pesado objeto de trabajo.

—Buen día a todos —anunció el fotógrafo, con tono animado y levantando la mano a modo de saludo.

El recién llegado tenía una agradable sonrisa; colgó su sombrero de ala estrecha y copa redondeada en una base de metal ubicada en la entrada.

—¿Todo listo para la foto? —dijo aquel joven con esa mirada amistosa, de cabellera mediana, ligeramente ondulado y de color castaño claro.

—Llegas justo a tiempo, Nicolás —respondió el viejo hombre en un tono animado—. Anda, apresúrate a tomar esa foto, que debo poner a mi hermano en su ataúd.

—Bien, señor Tyler, entonces empecemos con mi trabajo. Sacaré una buena foto con su hermano tal como lo desea, aunque hubiera sido mejor cuando estaba con vida —dijo el joven, adentrándose a la amplia estancia moderadamente sombría.

—Sí, eso hubiera preferido y hubiera sido más fácil —dijo el funerario en un tono arrepentido.

—¿Entonces porqué nunca lo hizo si podía costearlo muy cómodamente, señor Tyler?

—Por tontos... Yo y mi hermano hicimos mucha desidia, siempre estábamos tan ocupados con los muertos. Ahora me arrepiento de no haberme dado un tiempo para tomarme una foto con él estando con vida

—lamentó el viejo hombre.

—Por cierto, señor Tyler, doy mi más sentido pésame junto con mi compañero de trabajo.

—Gracias, pero ahora ya no hay nada que lamentar mi buen amigo, algún día él tenía que morir; no por siempre viviremos todos en este mundo tan agitado —comentó Tyler—. Y como enseña la mencionada Biblia: somos tan solo simples saltamontes, hierba verde, una simple neblina matinal; sí, de vida corta y pasajera. ¿No es eso lo que señala Las Escrituras, querida?, tú que eres una devota anglicana.

—Sí, cariño, eso es lo dice la Santa Palabra de Dios —afirmó su mujer.

—¿Lo ves, Nicolás? Aunque no simpatizo con los anglicanos, mi mujer suele a veces leerme algunos pasajes de la Biblia en la hora de la cama, un poco antes de dormir. Ella siempre ha sido muy insistente en convertirme, pero creo que moriré como un vil incrédulo. —El anciano se soltó a reír de manera graciosa.

Nicolás se llevó una mano al mentón, acomodándolo un poco hacia arriba. Y suspiró.

—Pues espero que yo no tenga que morir tan pronto, señor Tyler, no quiero ser un festín para los feos gusanos, solo deseo tener mucha vida por delante. Mire que hay tantos planes en mi vida que debo de cumplir —comentó Nicolás poniendo un rostro optimista.

—Sí, así debe de ser, mientras vivamos, hagamos todo lo posible por hacer las cosas que nos gusta —dijo el anciano, recuperando su buen humor.

Y sin perder más tiempo, el fotógrafo se dispuso a acomodar su cámara de forma muy hábil y rápida, sostenida por una base de madera colocada sobre el suelo, cómodamente ajustable, que lo hizo fijar con firmeza para mantenerlo de pie, a esa poca distancia frente al desdichado muerto.

Mientras tanto, Tyler, quien se ponía su mejor saco de vestir, se dio cuenta de algo y pidió a su mujer:

—Cariño, cubre esa pequeña herida que tiene en su frente con un poco de maquillaje —señaló—. La foto debe lucir muy bien.

—¿Qué le pasó al cadáver? ¿Por qué esa magulladura? —preguntó el

joven fotógrafo al ver al difunto.

—Se cayó de su base, el maldito gato debió haberlo movido —respondió Tyler.

—Oh, sí que se nota un poco el incidente —dijo serio. Y se dirigió a la señora Tyler—: Déjeme ayudarlo. El cuerpo debe quedar impecable.

—Traeré el maquillaje —dijo la mujer.

Mientras tanto, el joven fotógrafo ajustó delicadamente el traje del difunto que se había estropeado un poco.

—¿Su hermano murió con los ojos abiertos? —preguntó mientras tanto Nicolás.

—Sí, no quise cerrárselos, quería un foto con él con los ojos abiertos. Quiero que parezca que está vivo conmigo.

—Bien, entonces démosle un poco de maquillaje en esa magulladura —dijo Nicolás cuando tomó de las manos de la mujer el maquillaje.

Tyler ahora giró su cabeza para observar a Howard en un rincón de aquella amplia estancia; lo notó serio y pensativo. El forastero miraba en especial un cadáver recién traído.

Howard ya había contemplado la faz solemne de un segundo cadáver y del cual yacía pulcro dentro de un ataúd simple, el de una señora de mediana edad. Luego contempló un tercer cadáver: tendida en una mesa metálica; era una niña bonita, parecía como de nueve años. Al forastero le pareció que la pequeña dormía en un profundo sueño, porque no parecía como una muerta. «Tal vez acababa de morir» pensó Howard.

Ante aquello, la voz del funerario lo sacó de sus divagaciones.

—No está acostumbrado a estar entre los muertos, ¿cierto, señor Gibbs? —le preguntó el anciano, sosegadamente—. ¿Es por eso que no le gusta trabajar en una funeraria?

El forastero apenas pudo reaccionar.

—No señor..., no pude acostumbrarme —respondió con voz inexpresiva.

—Bueno, uno se acostumbra después, aunque al principio no resulta nada agradable —le explicó el señor Tyler. Y agregó—: Pero se reconoce que es un noble negocio que da para vivir cómodamente. Fue atendido por mi padre por muchos años hasta su muerte. Y al final, yo y mi único hermano

heredamos esta profesión siendo muy jóvenes. Mi querido hermano mayor me fue de mucha ayuda mientras vivía y nunca tuvo la fortuna de casarse. Ahora que me he quedado solo en esto, cuento con la ayuda provisional de mi esposa, mientras encuentro a alguien. Aunque me gustaría contar con usted. ¿Qué dice a ello, señor Howard?

Howard la pensó un poco, con la mirada en el piso.

—¿Y bien?—le urgió al funerario tener una respuesta, con una ceja levantada.

El hombre le miró por fin con aire taciturno.

—A su amable insistencia: tomaré el trabajo. Gracias por su generosa ayuda —contestó con voz trémula el forastero.

***Ante aquello, la voz del funerario lo sacó de sus divagaciones.

—No está acostumbrado a estar entre los muertos, ¿cierto, señor Gibbs? —le preguntó el anciano, sosegadamente—. ¿Es por eso que no le gusta trabajar en una funeraria?

El forastero apenas pudo reaccionar.

—No señor..., no estoy acostumbrado —respondió con voz inexpresiva.

—Bueno, uno se acostumbra después, aunque al principio no resulta nada agradable —le explicó el señor Tyler. Y agregó—: Pero se reconoce que es un noble negocio que da para vivir cómodamente. Fue atendido por mi padre por muchos años hasta su muerte. Y al final, heredamos esta profesión siendo muy jóvenes, a mí y a quien fuera mi hermano mayor quien tuvo el infortunado caso de nunca casarse. Ahora que me he quedado solo en esto, cuento con la ayuda provisional de mi esposa, mientras encuentro a alguien. Aunque me gustaría contar con usted. ¿Qué dice a ello, señor Howard?

Howard la pensó un poco, con la mirada en el piso.

—¿Y bien?—le urgió al funerario tener una respuesta, con una ceja levantada.

El hombre le miró por fin con aire taciturno.

—A su amable insistencia: tomaré el trabajo. Gracias por su generosa ayuda —aceptó el forastero, con su marcada voz tan seria que tenía.

—Me alegra escuchar eso, señor Gibbs —dijo el viejo un poco alegre. Y preguntó serio—: ¿Por qué ha mirado tanto a esa niña? ¿Le recuerda a

alguien?

Las palabras le quedaron atrapadas en la garganta de Howard por un instante.

Finalmente, Howard habló:

—Sí... —contestó con voz trémula—. Es una lástima que haya muerto tan joven... ¿Sabe su nombre? —preguntó.

—Se llamaba Ashley —respondió Tyler—. La trajo mi cochero en la carroza fúnebre esta mañana; es el fiel trabajador que se encarga de traer a los muertos y llevarlos. Pobre niña infortunada... los padres de la ni%

Capítulo 5

Image not found.

ANNA TYLER



© La señora Anna Tyler cogió una charola con una pequeña tetera de porcelana, una taza y la azucarera, y se dispuso a llevarle una bebida caliente al forastero sentado en la mesa. Pero antes de ir hacia allá, pausó sus pasos, y lo miró discretamente desde la puerta de la cocina.

Vio como Howard comía con ansias esas apetitosas salchichas asadas con puré de papa y un poco de salsa de carne que ella había preparado con esmero para su esposo en una cena anterior; era un recalentado, excepto por las salchichas apropiadamente asadas, acompañado de una remesa de pan fresco de trigo.

«Por Dios, ese hombre come como una bestia» pensó la mujer, algo asombrada y temerosa de un total desconocido, y del cual, su esposo, le había brindado su plena confianza para tenerlo bajo su propio techo.

La mujer empezó aproximarse a él, con sus primeros pasos lentos.

Cuando Howard la vio venir, soltó el trozo de comida que estaba a poco de llegar a su boca, y apartó el plato con un movimiento rápido, se limpió con una servilleta de lino y la tiró a un lado. El hombre había tomado conciencia de su apresurada forma de comer. Tenía tanto tiempo que no había apreciado un succulento alimento tan bien servido; y todo sobre una bonita y ostentosa mesa de la estancia del comedor que era sumamente acogedor.

—Señora, perdón por comer de esta manera —dijo él algo avergonzado, cuando se movió incómodo de su asiento y que apenas se dignó a mirarle con fijeza.

—Por favor, llámame señora Tyler —solicitó la mujer con una voz suave.

—Sí..., señora Tyler —dijo él cohibido.

—Y no se preocupe por comer de esa forma, me doy cuenta de que tiene demasiada hambre. Seguramente no había comido nada en muchas horas.

—No... no había comido casi nada en todo el día —confesó él.

La señora Tyler lo miró sorprendida por lo dicho y se compadeció de él con un buen gesto.

—Anda, siga comiendo tranquilo, y puede tomar todo lo que le apetezca

de la mesa —dijo ella con cierta calidez en su voz.

El hombre la miró con timidez.

—Gracias, señora Tyler... por todo y su amable atención —agradeció él, con ese tono tan serio que mantenía al hablar.

Y tras estas palabras, ella colocó la bandeja sobre la mesa y se dispuso a servirle el té humeante en la taza de porcelana.

—Un poco de té caliente le caerá muy bien. Y agradezco de igual forma por ayudar a mi esposo con el cadáver de su hermano. Tiene muy bien merecido esta buena comida; disfrútelo —dijo sosegadamente la mujer, con una sonrisa forzada que apenas era perceptible.

Acto seguido, la señora Tyler se retiró a la cocina sin decir más palabras.

Al cabo de un minuto, el señor Tyler entraba por la puerta principal del segundo piso en aquella amplia estancia de la sala y el comedor, algo agitado por subir aquellas fatigosas escaleras que le eran tan odiosas, pues cada escaño le resultaba un duro esfuerzo para su débil rodilla izquierda que le causaba un molesto dolor.

Y Howard, que estaba sentado en la cabecera de la mesa con la espalda hacia la entrada... no se había dado cuenta de la presencia del funerario; él simplemente seguía comiendo, ¡y miren de que manera!, con toda esa hambre que tenía, por supuesto.

El señor Tyler se detuvo por un instante y le miró sorprendido, y luego se adentró en la amplia estancia con paso fatigado y silencioso, pisando sobre una preciosa alfombra turca roja. A los pocos pasos, sucedió que ya no aguantó más el dolor de su rodilla y soltó un leve gemido, obligándose a encorvarse.

Howard volteó un tanto alarmado, y miró como el anciano, con su bastón adornado con una calavera de plata, había mostrado un mal gesto, cuya mano izquierda del anciano, la había colocado sobre la rodilla, sobándose un poco.

—¿Se siente bien? ¿Puedo ayudarle? —dijo él al ponerse de pie de inmediato.

El viejo Tyler lo detuvo con un gesto de la mano.

—No, no se moleste en ayudarme, es solo mi dolorosa rodilla, un acostumbrado asunto de todos los días cuando tengo que subir y bajar las

escaleras. Pero todo esta bien, por favor, siéntese.

El hombre se sentó, algo cohibido, sin percatarse de que la señora Tyler, algo alarmada, se había asomado desde la cocina para observar lo sucedido.

—¿Y qué tal la comida? —preguntó el anciano, al enderezarse.

—Bueno... yo... que puedo decir... —titubeó Howard para hablar sobre ello.

—Hable con confianza, señor Gibbs, no tema decir lo que siente —le animó el anciano, con media sonrisa en su arrugada cara.

—Solo que es... una comida muy buena. Tenía mucho tiempo que no consumía algo así. Agradezco a usted y a su esposa por esta amable invitación —respondió él con su marcada seriedad en su voz.

—Me alegra. Y disculpe si no le he acompañado a la mesa por el momento, el caso es que apenas pude desocuparme, pero finalmente todos se retiraron y pude cerrar por un momento la tienda.

—Entiendo, señor Tyler.

—Bien, lo dejaré por un momento para que coma tranquilo, buen provecho, señor Gibbs —dijo el anciano con un tono jovial.

—Gracias.

Bernie Tyler se retiraba en dirección a la cocina, y su esposa, con esa seriedad que lo caracterizaba, lo vio venir.

—¿Todo bien abajo, cariño? —preguntó la mujer al tener a su marido frente a ella.

—Sí, querida, todo en orden. Pude cerrar un rato tranquilamente —dijo despreocupado.

*Con una seña discreta, la mujer ordenó a su marido que entrara; él entró y le siguió a unos cuantos pasos y se detuvo; pero ella lo empujó suavemente hacía el fondo de la cocina contra la pared para que sus voces no pudieran ser escuchadas por el gigante forastero de ninguna manera.

*Entonces la mujer bajó un poco la modulación de su voz para continuar con aquella converzación.

—¿Cerrar? Pero ¿dónde se ha metido Erwan para que cuide del negocio mientras te ausentas? —dijo con obvia preocupación.

—Nunca te enteras del todo mujer.

—Es porque tú no me lo cuentas —dijo ella con exasperación.

—Y tú porque no me lo preguntas —se quejó él de mal modo.

—Entonces... ¿dónde está él? —Se calmó ella.

Tyler miró a su mujer con expresión calmada.

—Le di permiso para salir a un mandado cuando trajo el cadáver de la niña. Tuvo que llevarse la carroza fúnebre, porque de allí pasaría a recoger un muerto para una procesión hasta llevarlo al cementerio. Así que llegará un poco tarde, está muy ocupado como siempre.

—Mira que nunca habíamos cerrado de esta forma solo por atender a un forastero en el cual tengo que fingir algo de amabilidad. ¿Qué pasará si alguien desea comprar un ataúd o requiere de tus servicios? —preguntó su mujer—. Nuestros clientes siempre han sido nuestra prioridad en la vida.

*En tanto, el viejo hombre, en un gesto de exasperación, le dijo:

*—Olvídalo, por ahora no aceptaré más cadáveres. Hay que hacer los preparativos para el entierro de mi hermano. Al menos es una ventaja que no se le haga un funeral decoroso, porque mi hermano así lo pidió; nunca le gustó la idea de que expongan su cadáver de forma pública; solo desea que se respete su voluntad, y lo enterremos solo nosotros a discreción, tal como él lo pidió, y eso haremos —dijo su marido con sequedad.

*—Todos los muertos importan, todo se puede hacer a la vez —dijo ella.

*—Por ahora no más; que se lleven a sus muertos a otra parte. Apenas podría atender a la difunta niña, porque sus padres me rogaron encarecidamente a embalsamarla. Y si alguien llega, solo me asomo por la ventana y le digo que se le ofrece. Solo podré atenderlo si quiere un ataúd.

El aspecto del rostro de la señora Tyler indicaba que no estaba del todo satisfecha.

—No está bien asomarse por la ventana y gritarle a un cliente que es lo que quiere —objetó su mujer—. Es mejor que alguien de nosotros lo haga

desde el mostrador, es lo más correcto.

Pero la respuesta del señor Tyler fue negativa, que se atrevió a responder:

—Mentalizada estás con el trabajo, mujer. Nuestra vida solo ha sido trabajar, y lo hemos hecho por casi cuarenta largos años. Ahora mira y date cuenta... que ya hemos envejecido y se nos están yendo nuestras vidas muy rápido. Ahora tengamos un merecido descanso y olvidemos por un momento nuestro afanoso negocio que siempre nos ocupa. Así que estate tranquila, que eres demasiado nerviosa.

—Tú eres el que muchas veces me pone nerviosa —se quejó su mujer.

—Pues si no te controlas, te matarán algún día —advirtió él.

La señora Tyler le miró feo, pues aquel comentario le había irritado.

—Que consideración la tuya con tus palabras —reclamó ella.

El viejo Tyler levantó una ceja ante aquel comentario seco.

—Entonces olvida lo que te he dicho, basta de ser rencorosa conmigo —matizó suavemente su marido, pues ya no quería discutir más con su complicada mujer—. Oye, ¿te diste cuenta lo hambriento que está el pobre hombre? —preguntó.

La señora Tyler aspiró hondo para tranquilizarse. Le había costado unos pocos segundos para responder aquella pregunta.

—Sí... pude notarlo —respondió ella con aire desganado. Y agregó—: Pero no utiliza adecuadamente los utensilios, comía con sus propias manos. Es asqueroso que coma de esa manera.

—Deja que coma como él quiera, el hambre le ha sido muy tormentosa este día —clamó el señor Tyler—. Te felicito querida... Has hecho una buena obra con prepararle una buena comida.

Pero en cambio, ella manifestó su recelo:

—Aunque no comparto mi bondad con los extraños, lo hago porque tú me lo pides.

—¿Acaso no te compadeces al menos un poco de los extraños? ¿De los pobres miserables? —le cuestionó a su mujer.

—Querido, no estoy hecha de piedra para no sentir el dolor ajeno, no soy tan fría como crees para no querer ayudar en algo en favor de esos

pobres infelices. Es mi obligación como cristiana.

—Eso está mucho mejor, querida, haz valer tus buenos principios como buena anglicana que eres. Mira que has leído en tu Biblia que la fe sin obras está muerta..., tú que siempre lo has dicho con tu arraigada fe.

—Tras aquellas palabras, le dio un beso en la frente con calidez con el fin de tranquilizarla. Y luego de husmear un poco en la cocina en busca de comida, añadió—: ¿Sabes? Cuando vi a ese hombre comer de esa manera, me dio algo de hambre.

—Pero si ya has desayunado querido, fue hace apenas dos horas. Luego te quejas de tu pobre estómago cuando comes de más.

—Bien, entonces me espero para la comida de la tarde; solo comeré algo de fruta—dijo, al tomar una jugosa pera. Luego de un mordisco, preguntó—: Cariño: ¿Te has dado cuenta de algo en ese hombre que es tranquilo y callado como un cementerio?

Ella agrandó un poco sus ojos.

—¿A que te refieres?

—A su apariencia, mujer.

—¿A su miserable apariencia...? —dijo ella sin comprender, conteniendo la voz baja.

—¿Acaso no ves en él algo parecido a nuestro fallecido hijo? —aclaró el anciano.

Ella frunció el ceño sopesando aquellas palabras.

—¿Cómo podrías decir eso si nuestro hijo murió hace diecinueve años?, era muy joven él, a comparación de la edad de ese hombre —empezó ella hablar finalmente, de una forma tranquila—. Solo que tal hombre... es tan alto como lo era mi hijo que en paz descanse. Me hizo recordarlo. Pero sus manos no eran tan grandes.

—No solamente su altura; su oscuro rostro me resulta un poco parecido a él —comentó su viejo marido—. Y el color de sus ojos son iguales.

La expresión de Anna Tyler cambió a la indignación.

—No hables tonterías, no puedes comparar a nuestro hijo fallecido con ese vagabundo —dijo pasado un momento.

—Pues no le has prestado mucha atención a su cara.

—No me gusta verlo fijamente —fue la respuesta contundente de la mujer—. Ese hombre me intimida con su aspecto tosco y me causa algo de pavor.

—Tranquila cariño. Respira —le calmó su marido.

Luego, tras una breve pausa, ella externó lo que quería decirle en la estancia de abajo donde su marido preparaba los cadáveres:

—A propósito, ¿dónde pensará ese hombre alojarse mientras trabaja contigo?

—De seguro lo has oído de su propia voz, mujer... cuando dijo que dormía en los callejones de Liverpool por no tener más dinero para el alquiler, pues ya no tenía trabajo, y a duras penas llegó a esta ciudad; es obvio que no tiene donde alojarse —le recordó.

—Y supongo que tú piensas alojarlo en nuestra propiedad, ¿cierto?

—Supones bien querida; no podemos dejarlo que duerma en la calle, tenemos que ayudarlo con hospedaje, solo por un tiempo. Debemos ser considerados.

—¿Y dónde piensas alojarlo? —interrogó ella —. No se te vaya a ocurrir alojarlo en la habitación de nuestro hijo, su habitación está llena de recuerdos que no deben tocarse de ningún modo.

El viejo hombre se rascó un poco su cabeza calva. Sus pensamientos lo llevaron a pensar en la bonita casa de dos plantas de su hermano fallecido, ubicado a un costado de su propiedad, en el patio hacia al fondo.

—Bueno, entonces lo alojaré en la casa de mi hermano —propuso el anciano.

—¿Es que acaso lo has olvidado? No puede ocupar ese lugar por ahora —objetó ella—. Recuerda que vendrán de Londres una familia, amigos de tu hermano, y será en esta misma noche. Ellos estarán presentes para el velorio de mañana y el funeral para el día siguiente. Tú mismo les habías dicho que los alojarías allí por unos días. ¿Lo recuerdas?

—Es verdad, isí que tengo mala memoria! —recordó el anciano—. Y entonces, ¿que sugieres que hagamos?

—No lo sé, no se me ocurre nada —dijo ella.

—En ese caso... déjame pensar un poco, porque no insistiré en alojarlo en lo que fue la habitación de nuestro hijo, porque luego te pones con los nervios de punta cuando se trata de esa habitación.

—Entonces ya me conoces, querido, me haces un gran favor en evitarme ponerme tan mal ante mi delicada salud —le advirtió ella. Luego... añadió con un gesto de preocupación—: Pero en cuanto a ese hombre, no sé qué pensar acerca de él, me da cierto temor tenerlo bajo nuestro techo. Creo que confiar de ese modo en un desconocido es una locura, ¿no lo crees?.

—Ya hemos vivido muchos años; estamos casi al final de nuestros días y nada malo nos ha pasado hasta ahora..., así que tranquila —argumentó el anciano.

Inconforme con eso, ella expuso su mórbido temor:

—No podré estar del todo tranquila. Temo que durante el transcurso de la noche, en la profundidad de nuestro sueño, pueda suceder lo peor: amanecer degollados en nuestra cama. Y todas mis joyas de oro estarían en sus sucias manos en su rápida huida, como un vil ladrón y asesino. Los hombres extraños saben muy bien fingir lo que no son. Ellos evitarían a toda costa la orca pública por su vil delito, y todo con el fin... de seguir con sus fechorías.

—Conjeturas tuyas mujer, exageras, quítate eso de la mente. No creo que sea una amenaza para nuestras vidas. Si no fuera porque Dominick mostró mucho interés en ese hombre para que le diera un trabajo, las cosas serían distintas. No daría entrada tan fácilmente a un extraño. Dominick debió ver algo bueno en él.

—¿Qué cosa buena podría haber visto Dominick en un simple vagabundo? —objetó ella.

Y el señor Tyler abogó por él, cuando dijo:

—Él no es un vagabundo, es un inmigrante en busca de una nueva vida. Todos merecemos tener oportunidades en esta agitada vida.

—Y que importa como pueda llamarlo —rezongó ella—. Solo creo que no se debería confiar en él ciegamente sin conocerlo. ¿Acaso no te has enterado de muchos casos horribles, crímenes sin humanidad?... Tales hombres son unas bestias, hijos del Diablo.

—Por favor, cállate mujer que te puede oír —le imploró el anciano con

firmeza.

—¿Callarme...? No, no lo haré, estoy en mi propia casa y yo hablo como yo quiera —replicó ella.

—¡Ya! ¡Silencio, mujer! —espetó su marido.

Ella le miró entonces con expresión de callada exasperación.

Y cuando finalmente la mujer rompió el incómodo silencio, le dijo muy seria:

—Solo espero que no te equivoques en cuanto a él y no tengamos que pagar muy caro con nuestras valiosas vidas.

El hombre aspiró hondo para darse paciencia con su mujer. Mejor empezó aflojar poco a poco su expresión dura. Y entonces se puso a pensar como solucionar el problema de alojamiento para el alto y fornido forastero, eso era lo que más importaba en aquel momento. Así que adquirió una expresión concentrada al fruncir el ceño, y su frente se le arrugó más.

—¿En que piensas ahora? —preguntó su mujer, extrañada de que no replicara más y verlo así, tan calmado.

La respuesta del viejo Tyler fue en su cambiante expresión, cuando se le abrieron los ojos de par en par, pues su mente desmemoriada había sido iluminada, como si una vela de seda se hubiera encendido dentro de su cabeza.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Te sientes mal? —preguntó ella, con evidente preocupación.

—No, no es eso... Solo que ya pensé en un lugar para él —dijo él mucho más tranquilo, al mirarla a los ojos—. Lo pondré alojar en la bodega de ataúdes. Hay un buen ataúd que fue creado para un regordete de su altura y que nunca se usó; es amplio y cómodo, allí podría servirle de cama.

La señora Tyler abrió los ojos desmesuradamente. No tardó en abrir la boca para replicar:

—¡Por Dios, Tyler, que ocurrencias la tuya! ¿Crees que él podría aceptar dormir sobre un ataúd? ¿Es que te has vuelto loco?

—Pues es la mejor solución por ahora, no de hay de otra.

—Es mejor que duerma en el piso que en ese ataúd —sugirió su mujer.

—Ese ataúd me parece cómodo, el piso es duro, lastima los huesos. Si va a trabajar conmigo, necesita descansar bien. Y solo será mientras pienso en donde podría alojarlo después..., claro, si él sigue trabajando para mí desde mañana y los días por venir.

En eso, Howard apareció en la puerta de la cocina.

—No tienen porque preocuparse en dónde habré de dormir, ese es mi problema —dijo él de repente.

El viejo Tyler y su señora, se habían sobresaltado un poco, quedando sorprendidos de que el forastero se haya levantado de la mesa y haya ido hasta ellos en la cocina, y sin saber la razón de su extraña presencia en una conversación ajena.

—Ya se han tomado demasiadas molestias conmigo. No tengo porqué ser una carga más para ustedes —continuó diciendo Howard tranquilamente—. Solo puedo agradecerles por el trabajo y la comida que me han dado; mucho ha sido ya su grata cortesía y con eso me es suficiente. Y perdón por interrumpir de esta manera tan incómoda.

El señor Tyler y su mujer, se quedaron mudos por un instante, sin saber que decir. Y como Tyler era un hombre muy abierto para hablar, no se quedaría con una duda que rondaba en su mente.

—¿Ha escuchado la conversación? —le preguntó el anciano con franqueza y con voz neutra.

—Claro que no, señor Tyler. Pero fui un tonto en venir hasta aquí; en verdad no quise ser inoportuno —dijo avergonzado—. Solo admito que escuché que me alojarían, y dormiría en un ataúd, solo eso.

—Usted tranquilo. Ahora que lo ha escuchado... ¿Habría un inconveniente que pudiera dormir en un amplio ataúd?

Howard dudó un momento y se obligó a si mismo a callar. Pero no le quedaba remedio que aceptar aquella inusual invitación.

—No señor Tyler, pero el inconveniente sería molestarlo con mucho más de lo que me han dado.

—No se preocupes por eso —contestó el anciano, un poco serio—. Considero entonces que todo está arreglado en cuanto a ese asunto... ¿No es así, querida? —La miró para tener su aprobación.

La mujer se quedó callada por pocos segundos ante aquella pregunta, mostrándose una vez más seria.

—Si al señor Gibbs le parece bien, ¿cuál es el problema? —dijo ella sin más remedio.

—Pues asunto arreglado, no se diga más... Y si estás aquí, de seguro venías por algo. ¿Necesitas alguna cosa de la cocina y que mi mujer te pueda brindar? —le preguntó el señor Tyler.

—No es por eso que vine... —respondió él—. Era por otra cosa que está pasando cerca de su ventana. Algo realmente muy extraño.

—¿Y qué podría ser? —dijo el anciano, intrigado, al igual que su esposa.

—Es un cuervo; se enredó en una pata con un hilo sujeto a la base del letrero, y está chocando contra su ventana, graznando. Se ve tan asustado. Tal parece que quiere entrar a esta habitación —expuso el forastero.

Aquel mencionado cuervo era otro de los animales de compañía del señor Tyler.

—¡Oh, no, nada extraño! Es el cuervo de mi marido —le aclaró la mujer al agudizar sus oídos que eran algo sordos—; ya lo estoy escuchando con claridad, y está golpeando la ventana con mas fuerza. ¿Puedes escucharlo, Tyler? —le preguntó ella.

—Sí, ya lo escucho, cariño... —respondió su marido—.Vamos Howard, desatemos a ese pobre animal antes de que se lastime mi pequeña criatura alada.

Howard se apresuró en abrir con cuidado la ventana; y poco después, el viejo Tyler extendió sus delgados brazos y tomó al cuervo asustadizo con delicadeza, sintiendo las alas del ave que no dejaban de agitarse y rozándole al arrugado rostro del anciano.

—Tranquilo, tranquilo, estás con quien te cuida y alimenta —dijo su amo al tratar de acariciarlo, intentando finalmente quitarle el hilo de su pata, una vez que tomó asiento en una silla.

Howard quiso ayudar, pero el ave no se lo permitió con su amenazante pico afilado.

—Tenga cuidado joven, mi cuervo es traicionero con los extraños —advirtió el anciano.

El cuervo por fin se liberó del enredoso hilo y se desprendió de las manos del anciano para dar un salto de vuelo... posándose en una base especial para el ave, cuyo animal se mostraba bastante agitado por el susto.

Image not found.

—Vaya ave más grande, ¿no es impresionante? —dijo al forastero con un tono de orgullo.

—Sí que lo es, no había visto uno igual —mencionó el huésped sin mostrar ninguna emoción.

—¿Usted cree en las supersticiones señor Howard? —le preguntó de pronto.

—¿Supersticiones..? ¿Cómo que cosa? —preguntó el forastero confundido, sin saber el motivo de aquella pregunta.

—Dicen que los cuervos son malos agüeros, y lo relacionan con anunciar de alguna manera la muerte de personas y otras cosas más..., cosas oscuras —dijo él.

Tras escuchar aquellas palabras, Howard observó al cuervo tan negro como lo era la noche. Sorprendido de que ahora el cuervo le miraba fijamente: una mirada intensa y curiosa.

—No..., no creo en esas cosas —dijo, ignorando finalmente al ave.

—Bien pensado —se alegró el anciano; y poniéndose de pie, acarició a su apreciado cuervo con delicadeza—. No creo que estos hermosos animales creados por Dios sean predestinados para ese propósito. Son solo habladurías de la gente ignorante que inventa tantas cosas.

En ese momento el cuervo oscuro graznó, torciendo el cuello de un lado para el otro.

—Jazín —le llamó al cuervo por su nombre—. Dile a nuestro huésped un amable "hola".

El ave profirió un áspero sonido de un "hola" dos veces. Y segundos después el cuervo dijo: "comida, comida".

El viejo Tyler rió un poco.

Howard se asombró un tanto al escuchar al animal que hablaba.

—¿No son maravillosos estos animales? Me parecen que son inteligentes, eso creo yo—le dijo Tyler convencido.

Howard miró de nuevo al cuervo, cuya ave abrió el pico y ladeó la cabeza, como si estuviera riéndose de él.

—Sí, tal vez lo sean.

Y Tyler continuó hablando:

—Tal vez el que mi esposa me haya enseñado un poco de la Biblia, eso haya influido en darme un poco de entendimiento y alejado de las supersticiones. Solo que no profeso una fe tan grande como la de mi mujer; además de que ambos tenemos algunas creencias diferentes; es por ello que tenemos muchas veces crispación religiosa.

Cuando Howard lo escuchaba, se sobresaltó un poco; había sentido de repente el rose de un animal: era el gato negro que maulló. El gato dio un saltó a la silla donde se había sentado el anciano y miró a su amo reclamando su atención.

—Ah, y eso incluye también a los gatos negros... nada que tengan que ver con cosas oscuras —puntualizó el señor Tyler, que tomó a su precioso gato en sus brazos y lo acarició—. Dígame señor Gibbs: ¿Creé usted en Dios? —inquirió.

Howard se quedó sin responder unos segundos para pensar un poco sobre el tema.

—Bueno, yo creo que si existe Dios.

—¿Por qué lo creé así, señor Gibbs? Dígame, por favor.

—No es porque halla leído la Biblia y entonces creído en él; solo que esta tierra está lleno de cosas maravillosas, cosas muy complejas, y

puede reflejarse claramente en ellas la sabiduría de un ser inteligente y poderoso; es lógico pensar que todo lo que hay en los cielos y en la tierra, no haya venido por si solo del azar; un Dios verdadero debió crear todas estas cosas —expuso el forastero, abierto más a las palabras con soltura.

—Me sorprende su pensamiento. Tiene un buen análisis sobre la vida y utilizar la lógica a la razón. Y es verdad lo que dice: Pues la Biblia enseña que toda casa es construida por alguien, más el que construyó todas estas cosas es Dios —instruyó el viejo hombre, habiendo recordado el texto bíblico marcado en "...". Nada como el diseño de un casa o cualquier otra cosa compleja puede venir por si solo. Bien dicho, buen hombre —acabó diciendo.

En tanto la señora Tyler urgió acercarse a ellos.

—Me parece bien que hablen un poco sobre Dios, pero el día pasa demasiado rápido y hay muchas cosas por hacer, querido —le apuró su mujer.

—Sí, tienes razón, querida. Pero lo primero es mostrarle a nuestro invitado: el baño para un buen aseo que le sea refrescante y el lugar donde habrá de dormir esta noche. Vamos señor Gibbs, acompañeme abajo.

—Antes que eso, primero hay que tener la delicadeza de preguntarle a nuestro huésped si no quiere un poco más de comida—apuntó la mujer.

—No, esta bien —se apresuró a decir el forastero—. Estoy satisfecho con lo que comí, gracias. —Y se forzó a sonreír, pero apenas lo consiguió.

—Entonces no se diga más, los dejo en los asuntos por hacer —concluyó la mujer con un gesto amable.

... ..

... ..

... ..

de Enero 2014.)

Copyright © Enero 2014. Todos los derechos reservados.

Image not found.

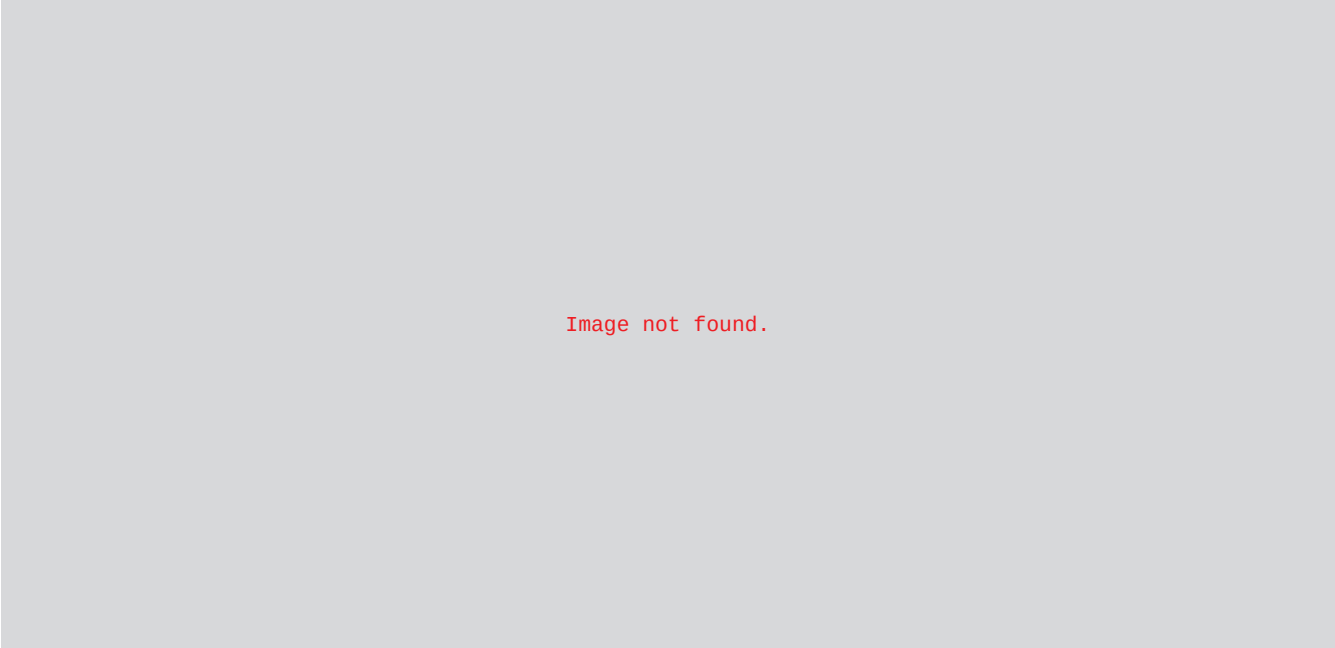


Image not found.

Editar el libro por el autor es una tarea laboriosa; tiene que estructurar bien toda la historia, y dar forma clara a los personajes, profundizar las escenas de forma creíble, y hacer emotivo los diálogos, y muchos detalles más; nada fácil para el escritor. Ahora espera con paciencia los capítulos de Dominick Harper y él te compensará con buenos capítulos emocionantes que lleguen al corazón, y puedas sentir la emoción de conocer una buena historia original y conmovedora. Apoya al autor con tus aplausos, hazle saber que te ha gustado la obra y motívalo a seguir escribiendo cada día mejor. Tus aplausos es su mayor recompensa y estímulo por su duro trabajo con la escritura. No dudes en sugerirle y corregir sus fallos en la novela, que él con gusto los aceptará. ¡No te vayas sin aplaudirle! Gracias por darle su apoyo. Eso sin duda, lo motivará.

SOBRE EL AUTOR: GEORGE LITTLE

Image not found.

"Espero que esta novela, que suena como un cuento para adultos, sea de su agrado, al igual que pueda contar con su apoyo con sus valiosos aplausos, si bien creen ustedes que la obra lo merece. Pues sus aplausos son mi estímulo e inspiración. Cuando empecé a escribir esta historia original, no me fue sencillo desarrollarla. Recuerdo cuando empecé con la hoja en blanco al querer crear sobre la vida del niño inglés. Cuando lo hice, fue por la computadora. Tuve muchas faltas... pero cada día seguí mejorando, con menos errores en la obra. La novela sigue trasformándose día tras día, sin descansar los dedos en el teclado cada vez que puedo darme un tiempo libre para ello. Me gusta escribir y estoy aprendiendo a dominar el mundo de las letras. Siendo más joven, leía y observaba libros. Ya que siempre soñé con escribir y publicar un libro en mi vida. Duré años entrando a una librería para indagar sobre libros juveniles e infantiles, soñando, siempre con el deseo, de algún día, crear mi propia historia. Cuando empecé a escribir, todavía no existía las computadoras en los hogares; lo hacía a mano, en un cuaderno, y sin usar una maquina de escribir. Cuando hojeaba los libros y analizaba, algunos de ellos no me gustaba, eran libros gruesos, difíciles de entender a la primera leída. Además, de que contenía muchas extenciones de palabras

sin irse al grano con la historia, no eran libros sencillos, tenían tantos adornos y explicaciones de más, que para mí eso resultaba tedioso para leer. Dije que mi libro sería claro, sencillo y concreto, una historia para todo el mundo. También tendría que escribirlo de una manera que los padres pudieran leérselas a sus hijos. Pensé en desarrollar una historia que fuera universal, y fuera rentable o comercial. De esos libros que duren para siempre y no sean olvidados. Cuando salió a la moda la autopublicación y libros digitales, tuve la resolución de escribir un libro con la esperanza de ser publicado. Amazon empezó abriendo las puertas a esa opción para escritores rechazados por editoriales tradicionales. De allí que le siguieron otras plataformas similares de autopublicación. Fue entonces, en la etapa de mí mediana edad, que vi una foto que me inspiró; y eso sucedió un día por la tarde, en forma luminosa, y se me vino a la mente un niño, y a la vez un nombre, y una historia: Dominick Harper."

Libros analizados:

Las aguas de las islas encantadas

Ritos funerarios

Capítulo 6

¡ADVERTENCIA!

Spoiler... Este capítulo se anticipa a la trama del libro.

* UNO DE LOS CAPÍTULOS AVANZADOS EN UNA FUTURA PRESENTACIÓN DEL LIBRO.



CAPÍTULO 16

MADDIE HOWLAND

□□

© Un estruendo se escuchó en la chimenea, donde estaba un dormitorio muy amplio, decorado con gran lujo y comodidad. Y en medio de una nube de hollín, Dominick, el deshollinador, apareció aturdido por el golpe de la caída. Aquel incidente no pasó desapercibido, pues una niña de nombre Maddie Howland lo había escuchado. Era una linda muchachita de ocho años que siempre se encontraba confinada en su permanente habitación oscura. La única ventana del amplio aposento con vista al exterior, estaba cubierta con gruesas cortinas de brocado, negras como el propio eclipse lunar; éstas no permitían traspasar la luz del día de ninguna manera; y es que habían sido puestas a propósito con ese fin.

Dominick experimentó una punzada desagradable que le recorrió el brazo y el dolor le llegó hasta los dedos. Por fortuna aterrizó sobre las cenizas abundantes, no había sido tan grave. Pero las molestias en su costado se volvieron más agudas. Su reacción fue morderse el labio e hizo una mueca de dolor, acompañado de un quejido ahogado que había reprimido; no quería que nadie de la casa se diera cuenta, porque sería vergonzoso y pondría en duda el buen desempeño como deshollinador; temía que lo despidieran. Por ello rogaba a Dios que nadie de la casa lo hubiese visto caer.

Cuando esto había ocurrido, Maddie se encontraba acostada en su cómoda cama con dosel en un plácido sueño, entre cortinas sujetadas con lasos, y fue cuando ella había despertado de un sobresalto por aquel ruido; sí que estaba estremecida de terror, creyendo que era un fantasma. La pequeña quiso hablar, pero sentía un nudo que le ataba la garganta. Sin embargo, con esmerado esfuerzo lo intentó de nuevo.

—¿Quién está allí? ¿Hola...? —por fin pudo hablar Maddie; su voz había sonado algo temblorosa, apenas audible para ella misma.

Un silencio lapidoso se apoderó por un instante del lugar tras aquel incidente. No hubo respuesta.

El miedo de Maddie le había empapado los huesos en un escalofrío. Pero tomó valor para hablar de nuevo con valentía, pero esta vez, elevó un poco más su voz.

—Hola... ¿Quién anda allí? —repitió una vez más aquella niña, en un tono delicado y dulce—. Por favor, hable, que estoy asustada.

El pequeño deshollinador escuchó claramente la vocecita de una niña entre aquella oscuridad.

Acto seguido, Dominick dejó de sobarse el hombro derecho y salió gateando del hueco de la chimenea. Finalmente tomó aire y se incorporó con torpeza, pero dio un traspié con el atizador que cayó

estrepitosamente.

Maddie se sobresaltó; el ruido la había sobrecogido cuyos ojos se le abrieron al máximo y respiraba con rapidez.

Dominick se inclinó un poco y colocó en su lugar el atizador. Luego de aquello se sacudió un poco el hollín en su desgastada y sucia ropa. El dolor físico ya había remitido un poco.

Enseguida Dominick tomó su apreciado cepillo de trabajo y se forzó a caminar despacio, alejándose de la chimenea. La habitación lúgubre le pareció muy enorme. Y al fondo de la habitación pudo observar una vela casi derretida, que débilmente iluminaba una pequeña parte del lugar, en donde aquella fina voz había salido de la penumbra. Dominick se encontraba en el espacio más oscuro.

El jovencito deshollinador dijo en sus adentros: «¿Por qué habría una habitación tan oscura en pleno día?» «¿Y qué hace una niña entre la oscuridad?»

Con estas preguntas intrigantes en su mente que resonaban en sus oídos, Dominick quiso ir hacia la misteriosa niña, armándose de valor y respirando hondo.

—¿Quién es? ¿Eres tú, mamá...? ¿Papá...? ¿Madeline? —Se escuchó decir de nuevo, mencionando también a la sirvienta. La niña ya había echado un vistazo desde su cama a la puerta principal que apenas se apreciaba muy al fondo del costado derecho, pues las cortinas de su cama le impedían un poco ver con claridad. Pero esa puerta, la única entrada a la habitación estaba cerrada. El ruido le pareció que vino más claramente desde la chimenea, y en esa dirección había enfocado su mirada.

De nuevo, la niña no obtuvo respuesta alguna. Todos los impulsos de su naturaleza lo habrían llevado a correr, salir de ese lugar tan pronto fuera posible, pero un gran miedo la inmovilizó.

Dominick aún no se había animado a responder. Estaba demasiado avergonzado por el hecho inoportuno de su caída. Y sin más demora, el muchachito se colocó cohibido en el límite de la penumbra con su duro cepillo para chimeneas, donde una vela a medio consumir allí cerca, apenas alcanzaba a iluminar.

Con un leve alzamiento de cejas que delataba miedo, Maddie apenas alcanzó a ver una sombría figura, y le pareció que no era de gran altura. Entonces pensó que no era ninguno de los miembros de su casa. Y se dijo así misma: «¿Qué hace un niño en mi habitación.» Eso fue lo que le pareció ver a ella; pero tenía sus dudas, pues aún temía que fuera un fantasma: aunque nunca hubiera visto uno en toda su vida.

El muchachito se adentró un poco más a la débil luz entre retazos de oscuridad, enfocando su brillante mirada en dirección a la niña en su cama de dosel. Y entonces las líneas de aquella figura femenina se perfilaron con un poco más de claridad a medida que los ojos de Dominick se le acostumbraron a la oscuridad.

Desde su cama, Maddie contemplaba sobrecogida al extraño niño con el rostro tiznado. Ahora se apreciaba un poco más su imagen... una imagen algo extraña por su largo cuello.

—¿Quién eres? —preguntó la niña con una nota de pánico en su voz.

Se dejó escuchar la voz de Dominick en aquella deprimente oscuridad.

—Hola, señorita —dijo algo tímido y serio.

Maddie escuchó claramente que la voz era más humana que fantasmal, pues la voz no le sonó fría sino cálida y afectuosa.

—¿No eres un fantasma, ¿verdad? —quiso asegurarse Maddie, casi sin sonido; su pequeño corazón le palpitaba con fuerza.

—No, por supuesto que no lo soy —aclaró Dominick rápidamente. Y agregó—: Lamento este inconveniente. ¿Se siente bien?

El temor se mezcló con el alivio; por fin Maddie pudo por fin relajar los hombros y se permitió un profundo respiro.

—Sí, estoy bien —respondió la niña. El temblor de su voz había desaparecido.

—Señorita, no puedo verla bien como quisiera —dijo Dominick.

—Ni yo tampoco —dijo ella de inmediato.

—Es que aquí es tan oscuro, es como una cueva. ¿Por qué no prende una vela entera para que pueda verla mejor? Aquella vela está derretida y casi se apaga; además de eso, está muy retirado, no le alumbra nada bien —señaló Dominick, con la mirada sobre la desgastada vela en medio de una pequeña mesa redonda.

—No me gusta usar mucha la luz. Siempre dejo que la vela se derrita hasta el final y se apague. Después de eso, llamo a la sirvienta con este cordón que hace sonar una campanita afuera. Enseguida ella entra y prende otra vela..., pero lo pone muy alejada de mí porque así se lo pido siempre —comentó ella.

—¿No le temes a la oscuridad? —preguntó el pequeño deshollinador, un tanto sorprendido.

—No le temo, estoy acostumbrado a ella —respondió la niña con voz serena.

Dominick arqueó las cejas con extrañeza ante aquel comentario, pero intentó sonreír un poco.

—Entonces... ¿le gusta vivir en la oscuridad? —preguntó Dominick pausadamente agrandando los ojos.

—No, ¡claro que no! No me gusta vivir en la oscuridad —replicó la niña cuando había elevado su fina voz. Luego externó su extrañeza por la presencia del niño—: ¿Cómo fue que entraste a mi habitación?

—Caí de la chimenea. —De repente el rostro de él se crispó por el dolor y se sobó de nuevo en el hombro.

—¿Caíste de la chimenea? — repitió ella sorprendida. Y con un gesto de preocupación, le preguntó—: ¿Es grave, te duele mucho?

—Bueno... sí. Sí duele un poco de repente, pero ya pasará —se esforzó a contestar Dominick; y tras estas palabras apretó la mandíbula para reprimir una vez más su dolencia.

A Maddie le pareció que aún le dolía el hombro al pobre niño y sintió lástima por él.

—Huy, eso debe doler... En verdad siento mucho lo que te pasó. Pero ¿que hacías en la chimenea? —preguntó la niña.

—Estaba trabajando, soy un deshollinador —fue la respuesta de Dominick.

—¿Un deshollinador...? Oh, ya veo... Aunque no se me ha informado nada al respecto.

—¿Qué cosa? —preguntó Dominick.

—De que hoy limpiarían la chimenea de mi habitación —dijo la niña, extrañada.

Dominick miró detenidamente la gran habitación: no parecía ser la sala.

—Ya me di cuenta que me equivoqué —corrigió Dominick.

—¿Te equivocaste? —repitió la niña, sin comprender.

#—Me ordenaron limpiar la chimenea de la sala de invitados —aclaró Dominick—; ha sido un error, perdone por esto señorita —se disculpó.

—Ah, ya veo. —Comprendió por fin Maddie la situación.

Un brillo en la oscuridad

Un breve silencio envolvió aquel momento.

—¿Sabes? Quiero verte mejor —pidió de pronto la niña.

—¿Pero cómo?, si no quiere prender una vela —le cuestionó Dominick.

—Esta bien, hazlo... el candelabro está sobre aquel largo mueble —señaló ella con su dedo en el otro estrecho, muy alejado de la única vela prendida que emanaba una débil luz amarillenta que casi se apagaba—. Pero, por favor, enciende una vela, solo una. La cerillas están allí cerca.

#Dominick se dirigió un poco a tientas en la dirección señalada; poco después palmó el mueble y encontró el candelabro con tres velas; por poco se le caía sobre el mueble. El muchachito siguió palpando con cuidado, y pudo encontrar las cerillas. Luego, una pequeña luz de una cerilla se iluminó. Y prendió una vela inmediatamente. Los ojos de Dominick brillaron a la luz de la vela y la amplia habitación apenas se iluminó. Dominick tomó su cepillo de trabajo que no soltaba y volteó con el candelabro en la mano.

—No lo acerques demasiado a mí, por favor —se apresuró a decir la niña, algo temerosa por la luz de la vela.

—Pero si apenas puedo verla —dijo él.

—Esta bien, pero no lo acerques mucho —convino la pequeña.

Con una sonrisa tímida, Dominick se acercó aún más a la niña.

Y la ondulante luz de la vela dejó ver a una niña de cara redonda que tenía una piel blanca, y de cabellos dorados, bellamente ondulado, además de unos ojos brillantes que le miraban fijamente. A Dominick le había parecido demasiado bonita, a la vez que misteriosa. Además de eso,

le llamó la atención que, del dosel de la cama colgaba un cortinaje de terciopelo rojo que contrastaba con las sábanas de raso blancas que brillaban un poco bajo la luz de la vela. Y la cama con tal elegancia era tan acogedor. Dominick pensó que dormir en una cama tan grande y cómoda como ésta, debería ser una experiencia formidable, como dormir entre millones de algodones, o en las nubes de los cielos si se pudiera.

En tanto, la rubia niña quedó admirada por el rostro encantador de Dominick, además de aquellos ojos centellantes como estrellas. Su largo cuello no parecía importarle mucho ni restarle su admiración.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dominick, admirado por la belleza de la niña.

—Maddie Howland. ¿Y tú? —dijo encantada.

—Dominick Harper.

La pequeña curvó sus labios en una mueca complacida.

—Dominick, es un gusto conocerte —dijo ella con cierta emoción.

Dominick le dedicó su mejor sonrisa.

—Igual yo... Maddie.

Y el momento se tornó en un expectante silencio.

En eso Maddie lo observó con detenimiento, atravesándolo con la mirada. Y de repente, ella soltó una risita nerviosa.

Dominick pestañeó un par de veces, sin saber el porqué de aquella risita graciosa.

Ante aquella seriedad de Dominick, la niña se inmutó y dijo:

—Perdón por la risita, es que tu rostro me asusta un poco.

—¿Mi rostro? ¿Hay algo feo en él? —dijo él, palpándose el rostro con cierta alarma.

—No, claro que no, me pareces hermoso... Solo que estás cubierto de hollín. Casi no puedo apreciar tu cara —dijo Maddie con cierta gracia, soltando otra risita.

—¡Oh, sí, es verdad! —Dominick esbozo una sonrisa, confiando en que no

se notara su incomodidad.

—Pero no te toques la cara, te mancharás aún más —sugirió la niña con esa sonrisa maravillosa que tenía.

Dominick miró a la distancia un largo espejo y se alcanzó a ver. Se llevo una desagradable sorpresa.

—Si que estoy lleno de hollín. Y eso que estoy por limpiar una segunda chimenea—mencionó el muchachito.

—Pobre de ustedes, los niños deshollinadores... tienen un trabajo muy duro y difícil —comentó la niña con algo de tristeza. Ella reconocía que era un trabajo sucio y cansado. Y luego preguntó—: ¿Limpiaras hoy mi chimenea?

Dominick respondió a esa linda voz:

—No, este día no. Y lamento lo sucedido, mi amigo Tod señaló la chimenea equivocada. Yo siempre soy más cuidadoso.

—¿Tu amigo, Tod? —lo interrogó la niña.

—Sí. Está arriba en la azotea. Me ayuda a limpiar las chimeneas.

—¡Qué bien! ¡Entonces son un equipo! —atinó a decir la niña con voz animada —. Y además, es tu amigo. Debe ser lindo tener amigos, ¿verdad?

—Sí, lo es..., una buena compañía —aseguró Dominick con media sonrisa.

#En eso, Dominick pausó por un instante, mirándola fijamente.

#La niña se preguntaba en que pensaba entre el lapidoso silencio.

Entonces el pequeño deshollinador pronunció su bonito nombre:

—Maddie...

—¿Sí? —dijo ella.

Dominick, movido por la curiosidad, le hizo la pregunta que rondaba en su mente.

—¿Puedo saber porqué huyes de la luz? —quiso saber, pues se había dado

cuenta que la niña vivía entre las sombras.

#Los bellos ojos verdes de Maddie reflejaban frustración.

—Porque estoy enferma —respondió ella, seria.

Dominick se vio sorprendido por aquella respuesta.

—¿Qué tiene que ver la luz con la enfermedad? —preguntó Dominick, embargado aún más por la curiosidad.

—Mi enfermedad viene de ella... de la luz —fue la sorprendente respuesta de aquella niña.

El silencio envolvió por unos segundos, pues sus palabras cayeron ante él como una pesada lápida de entierro.

—¿La luz...? No puedo entender lo que sucede —dijo Dominick, que tenía un gesto confundido.

—¿Te asombraría si te dijera que la luz del sol me causa mucho daño a la piel? —confesó la niña con tanta seriedad—. Por eso mis padres me protegen a toda costa de ello —añadió la niña, al señalar con una mirada melancólica hacia la ventana, que estaba completamente sellada con una gruesa cortina negra.

El rostro de Dominick se contrajo, sorprendido de aquella enfermedad tan extraña.

#—¿Entonces la luz del sol te hace daño? —preguntó Dominick.

#La cara de Maddie se oscureció.

—¡Oh, sí! ¡Y mucho! Podría matarme —confirmó la niña con un atisbo de tristeza.

—¿Qué enfermedad más extraña. ¿Desde cuándo estás así? —preguntó Dominick con asombro.

#—Tengo nueve años así, desde mi nacimiento. Y es muy triste no poder salir a la luz del día como todo el mundo lo hace. Solo abren un poco las cortinas al oscurecer cuando no hay luna llena, solo por un par de horas. —Su voz tenía un tinte de amargura al comentar aquello.

A Dominick se le encogió el corazón, y le miró a los ojos con una expresión de pena. Y siguió hablando sobre el tema.

—Pero... ¿tampoco puedes vivir sin la luz de la luna ni la luz artificial de las velas?

—No lo se realmente, no estoy muy segura; no me parece tan perjudicial, pero no me gusta mucho, me da miedo también... temo a la luz. No estoy acostumbrada a ella.

Dominick permaneció en silencio mientras asimilaba esas revelaciones.

—Entiendo. Debe ser muy triste estar confinada en esta habitación sin la luz del día, ¿verdad?—dijo Dominick.

Había una sombra de tristeza en los ojos de Maddie.

—Sí. Mi vida ha sido muy solitaria en este encierro. Es muy deprimente —Su voz se tornó melancólica—. Ni siquiera tengo amigos, porque no voy a ningún colegio para señoritas; solo una institutriz demasiada seria viene a enseñarme todo lo que debo de saber y luego se va. Mis padres son muy ausentes conmigo, casi no están conmigo.

Dominick escrutó la dolida expresión de Maddie.

La niña de las sombras parpadeó rápidamente para evitar que viera sus lágrimas que ya empañaban sus ojos.

—Veo salir lágrimas en tus ojos. ¿Estás bien? —preguntó Dominick, preocupado.

—Es solo que... me he sentido tan sola aquí, muy sola. Es terrible. —La niña pausó; y de pronto, agachó la cabeza y puso sus manos sobre su cara: empezó a llorar muy muy desconsolada.

Dominick se compadeció de ella profundamente.

Un brillo de alegría y esperanza

—No llores... ¿Quieres que sea tu amigo? Podría hacerte compañía en vez en cuando —dijo.

Maddie agrandó los ojos al elevar la cabeza con rapidez, mirando de nuevo hacia él con elevado interés.

—¿De verdad? —dijo Maddie, cuya niña intentó sonreír a través de las lágrimas que ya cesaban.

Con una mirada llena de resolución, Dominick se aventuró a decirle:

—Sí. Yo puedo venir a verla los domingos durante las mañanas y podremos platicar un rato.

Se vio una esperanzada mirada en el rostro de la niña que había iluminado su corazón, pues la oscuridad acompañaba sus sentimientos más enterrados del alma y quería desahogarlos con alguien de su edad.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó ella con un tono esperanzador.

#—Es una promesa. Será grato tener a una amiga —respondió él, animosamente.

Maddie no podía contener la emoción por ello.

—¡Me encantaría, Dominick! —exclamó ella con alegría.

Dominick asintió con la cabeza, y le dedicó una significativa sonrisa, la más bella de sus sonrisas que iluminó el alma vacía de aquella niña entre las sombras.

En efecto, fue la luz más maravillosa que pudo ver ella en mucho tiempo (obviamente hablando de la gloriosa sonrisa del jovencito). Entre tanto, ella se sintió muy confortada, porque al fin tendría un amigo de su edad.

Maddie, ansiosa, quiso verlo más de cerca, así que se incorporó de la cama con cierta emoción, poniendo sus pequeños pies desnudos sobre el piso sobre una fina alfombra; y se aproximó a Dominick con cierto recelo, y se detuvo en la parte oscura, donde la luz de la vela no le fuera intensa.

Las cejas de Dominick se arquearon en sorpresa al verla venir en su hermoso camisón blanco; le parecía como un ángel bajado del cielo.

La niña notó su mirada profunda en ella, como de admiración.

—¿Crees que soy bonita? —preguntó la niña de pronto.

Dominick sacudió un poco la cabeza por la sorpresa que se llevó por aquella pregunta.

—¿Bonita? —repitió él, empezando a ponerse nervioso.

—Sí, eso; ¿crees que lo sea? —repitió de nuevo la niña de cabellos dorados.

—Sí claro, eres muy bonita, como lo son las princesas de cuento —dijo Dominick ruborizado, tímido.

—Ah, que bien, al menos no soy fea, eso me consuela —dijo aliviada la niña.

—Y mira que la luz de la vela te hace ver más maravillosa —le dijo Dominick al dar unos pasos lentos hacía ella.

Maddie se puso en alerta de inmediato, agrandando sus ojos con ese temor que tenía hacia la luz de la vela.

#—¡Detente, no acerques más la luz de la vela hacía a mí, por favor! —advirtió ella, retrocediendo unos pasos.

—¿Estás muy segura que la luz de la vela te daña la piel? ¿Lo has averiguado alguna vez? —le preguntó Dominick, adelantando un paso más hacia ella.

Pensativa y preocupada, Maddie respondió, echándose un poco para atrás.

—Ya te dije que no lo sé, mis padres prefirieron alejarme también de la luz de la luna y las velas y lámparas de aceite desde un principio, quieren protegerme de todo lo que sea luz. Pero nunca lo he averiguado.

—Ya no deberías ocultarte más en la oscuridad, eso destruirá tu corazón y crecerás con muchas tristezas; yo creo que tus padres exageran con las luz artificial —dijo Dominick convencido, y añadió—: Averigüémoslo juntos, ¿te parece?. Veremos si es verdad que la luz de la vela te puede hacer daño a la piel.

—¡No, me voy a desfigurar! No quiero arriesgarme —exclamó la pequeña, algo asustada.

—Si te causa el mínimo daño en tu piel, te prometo retirarla de inmediato, y no lo intentaremos más, ¿esta bien? —le dijo Dominick mientras daba pasos lentos a hacia ella.

Maddie respiró hondo y decidió arriesgarse.

—Esta bien, pero no lo acerques demasiado a mí, te lo ruego —dijo ella, cuando dejó de retroceder.

#—Así será, confía en mí —le prometió Dominick, tratando de ganar su confianza.

#La niña de cabellos dorados asintió.

En eso, él empezó acercarse muy lentamente hacía ella... respetando su palabra con la distancia.

Maddie con los ojos de miedo, prefirió cerrar los ojos, apretándolos.

—Maddie, abre los ojos, no temas, todo esta bien —le aseguró Dominick con una suave voz. Había contemplado a la niña como una bella iluminación angelical.

#Enseguida Maddie abrió lentamente los ojos, y miró a Dominick con esa sostenida sonrisa encantadora en él; pero ella estaba algo angustiada, observando detenidamente la piel de sus brazos y manos; enseguida volteó al espejo y se vio el rostro redondeado, no parecía ver nada anormal en su piel, y sintió un gran alivio muy profundo.

#—Lo ves, no te ha pasado nada malo —le dijo Dominick, contento. Y sugirió con esa sonrisa en sus delgados labios—: Ahora debes estar tranquila, sino te hace daño la luz de la vela, entonces no lo hará la luz de la luna llena, y podrás averiguarlo algún día por la ventana cuando lo esté.

#—Dominick, ¿estas seguro que no me salió nada raro en mi cara? Mírame bien —le pidió ella encarecidamente al devolverle la mirada, algo preocupada—. El espejo podría engañarme, pero no tus ojos... ¿De verdad no me salieron ronchas?

#—No tienes nada malo en la cara, tu piel luce como porcelana, estas inquebrantable. No has sufrido ningún daño —le aseguró Dominick, convencido.

Maddie soltó un gran alivio, y ahora parecía sonreír un poco.

—¿Crees que pueda acostumbrarme a vivir entre la luz de las velas? La oscuridad siempre ha sido mi entorno.

—Lo harás Maddie, no es tan difícil como lo es limpiar una chimenea. Puedes intentar encender una vela un día, y al día siguiente dos velas, y después las tres velas del candelabro. Así cada día podrías creer que todo esta bien y podrás apreciar mejor las cosas que te rodean.

—Lo intentare Dominick, y gracias por tu ayuda. Aunque me duele mucho que la luz de sol si me afecte de verdad; mis padres me contaron las feas ronchas que me salieron en mi piel hace muchos años, aun tengo algunas

cicatrices. Nunca podré ser una niña normal que sale a pasear por los bellos parques y lagos y las calles a pleno luz del día, como lo hace toda la gente... eso en verdad me entristece mucho —dijo con gran tristeza la pequeña Maddie.

—Siento mucho que sufras por eso. Pero ¿estas segura que la luz del sol, si te hace mucho daño? —le preguntó Dominick.

De eso sí estoy segura; pero gracias a ti, ahora podré vivir con la luz de las velas, ya no tengo tanto miedo, ya me había cansado de vivir entre las sombras —le dijo Maddie seria.

De pronto se escuchó una voccecita hueca que provenía de la chimenea:

—¡Dominick! No te escuchó trabajar, ¿estás allí? ¿Todo bien?

—Es Tod, debo ir a contestarle—le dijo Dominick.

El rostro de Maddie se animó

—Te acompaño —le dijo ella.

Dominick sonrió, y se dirigió a la chimenea; la pequeña Maddie le siguió.

* UNA PROBADITA DE UN AVANZADO CAPÍTULO DE "DOMINICK HARPER".

APÓYAME CON TUS APLAUSOS PARA ESTA NOVELA. NO TE VAYAS SIN APLAUDIRLA.

Capítulo 7

¡ADVERTENCIA!

Spoiler... Este capítulo se anticipa a uno de los tramas del libro. *

Image not found.

LA APARICION



© Dominick había tenido un día difícil y triste. Ya las horas habían transcurrido desde el entierro de su madre, cuando el jovencito terminó su día con un profundo sueño que le había dominado fácilmente por el cansancio.

Y sucedió que a altas horas de la noche, algo había despertado a Dominick Harper. Un sonido muy extraño que le había llegado desde una distancia de la casa. Todo había sucedido de modo tan rápido e inesperado.

Un tanto alarmado, esperó un rato, aguzando el oído, pero no pudo escuchar nada más. Quiso levantarse y ver si su padrastro había regresado de la taberna, pero esperó que su vista se aclarase primero, mientras parpadeaba sus ojos claros y los restregaba un poco.

Un instante después, se puso de pie y caminaba con calma con los pies desnudos. Y cuando paseó su mirada en la descuidada habitación del hombre, no se le veía por ninguna parte. El muchachito prosiguió alejarse un poco del umbral de la puerta. Y su pequeña cabeza giró hacia la derecha y luego hacia la izquierda de la humilde y pequeña casa... Solo había un silencio total. Dominick pudo concluir que Howard no había llegado. Pero le extrañó aquel sonido que había escuchado, porque al principio pensó que lo había provocado su padrastro con su presencia de algún modo, pero no fue así. Se mantuvo de nuevo alerta, y con temor quiso indagar por la cocina; una vez allí, nada extraño parecía notar.

Enseguida el pequeño sintió sed, mucha sed que tenía la boca seca. Tomó un vaso de cristal e inclinó el jarrón de agua y se sirvió, empezando a beber con ansias. De pronto, sintió una presencia detrás de él y se giró rápidamente... Lo que vio lo había dejado aturdido y confundido: vio a su madre pasar por la cocina pasivamente, sin expresión alguna en ella. Tenía la misma vestidura antes de morir y estaba descalza. Se le podía ver claramente a ella entre la tenue luz de la luna que se filtraba por la ventana. Aquello lo había mantenido muy quieto y expectante... Dominick pensó: «¿Es que acaso soñé la dura agonía y muerte de mi madre? ¿O es que realmente ella está viva? »

Dominick no pudo sentir emoción alguna, no sabía si esto era un sueño o una realidad.

—¿Mamá? —le llamó él con un hilo de voz.

Pero la aparente mujer no respondió, ni siquiera con la mirada.

Acto seguido, el ulular de Darko (el búho), desde afuera en la calle, hizo que Dominick sacudiera un poco la cabeza. Ahora pensó con más claridad; esto ya no le parecía un sueño. Y cuando se dio cuenta de que realmente estaba despierto, sospechó lo peor, y un escalofrío le recorrió por todo su cuerpo. No sabía cómo reaccionar ante tal acontecimiento, y peor aún, cuando la aparente mujer le llamó con un susurro por su nombre:

#—Dominick... Hijo. —Los ojos de Dominick se abrieron al máximo.

#A Dominick le costó un gran esfuerzo pronunciar la siguiente palabra.

#—¿Mamá? —dijo aún confundido y a la vez temeroso.

#El tono de aquella voz le había sonado familiar e inconfundible: la voz de su madre. Pero algo objetó en sus pensamientos... Ahora le parecía tremendamente extraño, una voz que no era clara y resuelta; además de que aquella mujer reflejaba un aspecto aparente, con una acción indiferente, ausente de sí misma, algo espectral. Agregando más misterio, ella no lo miraba fijamente... estaba parada de perfil delante de una estufa pequeña de carbón con una plancha de hierro, donde estaba colocada una tetera de cobre; ella solo observaba el objeto, extendiendo su mano sin tocarlo.

*El corazón de Dominick le dio un tremendo vuelco, con latidos agitados. Esta escena lo hizo abrir más los ojos y estaba muy sorprendido, tanto que se quedó paralizado sin poder moverse; estaba dominado por el miedo.

El jovencito había percibido lo que sucedía sin la menor duda; así que pensó en la Biblia, la fuente de la verdad contra toda mentira que la gente creyese acerca de los muertos (como es el caso de las almas en pena que no descansan en paz). Inmediatamente se le vino a la mente un texto del cual Dios informaba sobre la condición de los muertos, tanto para los que fueron buenos y malos durante su corta existencia. Dominick prosiguió en citarlo en voz alta por una razón, al decirlo con fuerza y valor: «Porque los vivos están conscientes de que morirán, pero en cuanto a los muertos, ellos no tienen conciencia de nada en absoluto, su amor y su odio ya han perecido.» Y una vez que citó el libro de Eclesiastés de memoria, escrito en el capítulo 9 y versículos 5 y 6, añadió con firmeza al pasivo y silencioso fantasma:

—No podrás engañarme, sé quien eres. Has visto y oído que tengo conocimiento de la verdad de Dios, y sé que mi madre duerme en un profundo sueño, en la muerte. Y solo la veré en una resurrección. Y sucederá en el gran día..., cuando Cristo, mi Señor, llame a muchos que

están en las tumbas conmemorativas y escucharán su voz y saldrán de nuevo a la vida. Así que vete y déjame en paz, Dios está conmigo.

Dominick había hecho referencia al libro de Juan 5:28, 29.

Luego de aquellas palabras, Dominick ignoró al fantasma que no era más que un demonio que proyectaba la viva imagen de su madre, y del cual había imitado perfectamente su voz. El jovencito se dispuso a cerrar sus ojos para hacer una ferviente oración desde su corazón, pidiendo la ayuda al Dios de los cielos.

Finalmente, cuando Dominick abrió los ojos, el fantasma ya había desaparecido del lugar; el huérfano tuvo un suspiro de alivio.

Pero esa sensación no le duraría mucho tiempo; el muchachito escuchó que la puerta principal de la casa se había abierto con un rechinado a causa de las viejas y oxidadas bisagras. Así que el niño salió de la cocina y se asomó desde el estrecho y corto pasillo. Era su padrastro, que entraba tambaleante, sumamente borracho, y encontrándose desaliñado y sucio.

#Entonces el hombre, ojeroso y con rasgos de desquicio en su rostro, miró al muchachito.

#—Miserable muchacho, ¿qué demonios estás haciendo despierto a estas horas? —espetó él al entrar, agrietando su cara de amargura.

El niño no tardó en responder de forma temeraria al terror que infundía su padrastro en ese estado alcoholizado y deplorable aspecto.

—Algo me despertó... y entonces vi... vi... —El niño de pronto se quedó callado.

#—¡Habla ya! ¿iQué cosa has visto!? —dijo ferozmente.

Dominick se forzó a levantar la vista, tratando de dominar su nerviosismo. Ya no quiso decir nada sobre el caso de la aparición, solo dijo:

—Vi que no estaba en la habitación a estas horas..., entonces me preocupé de que no llegara aún.

#Howard ablandó un poco su semblante duro, y dio unos cuantos pasos hacia dentro, tambaleante, y se dejó caer al suelo de rodillas; estaba muy extenuado, lleno de sueño.

Dominick enderezó los hombros y se armó de valor; con paso decidido se

le acercó.

—Quiero ayudarlo... lo llevaré a la cama —dijo el niño con esa bondad que lo caracterizaba siempre.

Howard, con esos ojos oscuros que reflejaban frustración, le miró, y sus labios parecían abrirse para responder.

#—Deberías odiarme, he sido un monstruo contigo —musitó amargamente.

#Dominick se esforzó por encontrar las palabras adecuadas para evitar encolorizarlo.

#—No lo es, señor... solo ha sido víctima de un mundo cruel y perdió la razón de ser. Estoy seguro que hay muchas cosas buenas en el fondo de su corazón.

#—¿Cosas buenas en mí? ¿De verdad crees eso?

#—Sí, señor. Solo debe sacarlo y dejarse dominar por lo bueno y odiar el mal. No es tarde mientras esté vivo.

#—Hace mucho tiempo que dejé de creer en mí mismo. Aunque nunca he dejado de creer en un creador.

#—No diga eso. Aún no se rinda... puede arrepentirse y ser un hombre nuevo; si lo hace, encontrará la paz con Dios —aconsejó Dominick e hizo un tímido intento de sonreír con ligereza, reflejando compasión y ternura.

—Es demasiado tarde..., no importa ya... Tu madre ha muerto, ya no está con nosotros —dijo con pesar. Y continuó diciendo—: Ella lo era todo para mí. La vida ya no tiene sentido... —Howard se quedó callado por un instante, tratando de contener algunas lágrimas con su parpadeo—. Dominick... ¿porqué la vida tiene que ser así? —dijo con voz lastimera.

—Déjeme cerrar la puerta, señor. La noche es fría —le dijo el niño sin prestar mucha atención a la interrogante del empedernido borracho.

Cuando Dominick regresó, se dispuso ayudarlo primero.

—Vamos, ponga de su parte y déjeme llevarlo a su cama, necesita descansar bien —le animó Dominick con esa marcada voz dulce que tenía.

#El tono apacible del muchachito exasperó al hombre, que de por sí ya

tenía los párpados pesados por el sueño.

*—Por qué siempre tienes que ser tan amable y dulce con todos; especialmente una bestia como yo —empezó a decir el hombre con voz neutra—; eres un tonto. Esa actitud tuya solo te hará un hombre débil, y de seguro abusarán de ti por ser tan pacífico y noble. No servirás así en esta vida tan cruel; los hombres fuertes dominan a los débiles y te destrozarán sin falta como lobos a una oveja. ¿Puedes entender eso? No..., aún no creo que puedas entender eso; no has sufrido tanto como yo.

*—Los hombres pacíficos son del agrado de Dios —le contestó Dominick, con esa actitud tan serena que siempre solía tener.

*—No digas tonterías, no sabes lo que dices; mejor vete a tu cuarto y déjame en paz —ordenó él secamente cuando sacudió su mano en el aire. Y en su semblante había un gesto de exasperación que infundía temor.

*Dominick no se inmutó con sus palabras tan duras, cobró valor, aunque algo tembloroso. Así que quiso ayudarlo.

—Por favor, déjeme llevarlo a la cama, dormiré mucho mejor que en el piso —insistió una vez más el jovencito con algo de valentía.

El hombre, aún tumbado en el suelo, levantó ligeramente la cabeza y le lanzó una mirada inexpresiva.

#—Sí..., será mucho mejor que duerma en la cama que en el piso. Quiero descansar bien esta noche, me siento fatal —aceptó él, pues había sentido el viejo piso tan agrietado y duro y frío que resultaba lastimoso.

Dominick vio venir la mano extendida del hombre errante, esa mano grande de un hombre alto. El niño no pudo evitar imaginar por un instante... sobre las manos grandes de los nefilim: los hombres gigantes y fuertes, hijos de los ángeles caídos en los días de Noé. Pues en aquel tiempo, los ángeles materializados los habían procreado de forma antinatural, quienes tomaron muchas esposas para sí, y como resultado: llegaron a existir aquellos hijos híbridos de carácter violento.

Dominick salió ahora de aquel pensamiento y tomó su mano; el hombre se levantó a duras penas.

Finalmente Howard se dejó caer pesadamente sobre la cama.

—Solo quiero dormir, dormir tanto como pueda y no sentir estas penas que me invaden el alma; solo así me siento como un muerto, inconsciente de todo, donde nada puedo ver de este mundo real que solo me ha traído

amargas desdichas —dijo con cierto lamento—. Ojalá ya no despertara jamás, así no haría daño a nadie..., especialmente a ti... Dominick.

—Le quitaré las botas señor —se limitó a decir el jovencito.

Una vez que las botas estaban fuera y los calcetines: Los pies de Howard resaltaron de lo grandes que eran. Luego Dominick lo cobijó con una sábana limpia.

Howard le miró al inclinar ligeramente la cabeza hacía él.

#—Eres un buen niño... No entiendo porque te he tratado tan mal; estoy tan perdido que no sé lo que me pasa. Estoy loco —dijo él con amargura.

—No esta loco señor. Solo necesita encontrarse así mismo. Meditar mucho sobre las cosas bellas que hay en la vida, y ya no dejarse dominar por el mal. El mal solo causa mucho daño —comentó Dominick con un espíritu positivo.

—Tienes mucho tiempo que me dices "señor"... Aunque nunca me importó que me dijeras "padre" desde que empecé a maltratarte —empezó a decir el hombre con cierta nostalgia—. Pero comprendo que ya no te nazca decirme "padre"; yo tengo la culpa por mis malas actitudes que me alejaron de tu cariño. Solo puedo decirte que fue hermoso escucharlo al principio. Cuando viví intensamente feliz con tu madre y contigo, en casi un dichoso año. Donde mi vida había recobrado sentido y color, alejado de un mundo gris y amargo.

—Pero usted puede volver hacer como antes, es solo tener fuerza de voluntad —exclamó el niño con tono esperanzado.

—Cállate, y escúchame, que necesito tu atención cuando te estoy hablando —dijo Howard con brusquedad pero sin enojo.

—Lo escucho, señor —se apresuró a decir el niño, algo incómodo por la rudeza del hombre.

—Pero no te quedes allí de pie. Anda, ve por esa silla y siéntate ya —ordenó irreverente el hombre.

Dominick acercó la silla hacia la cama y se sentó obediente, dominado por un grado de temor hacia él.

Howard le observó pasivamente por un momento, y aunque el niño estaba serio, parecía sonreír. Vio en su carita, esa bondad y santidad... coronado por la inocencia, la viva imagen de un ángel caído del cielo.

Entonces el hombre empezó a decirle con gran sentimiento:

—Dominick... —dijo—. Cuando yo te vi por primera vez, me conmoviste el corazón... Tienes un encanto especial que caes bien a todo el mundo. Y me consta que así es desde que te conozco. —A Dominick se le abrieron un poco los ojos, atento a sus suaves palabras—. Tú llenaste mi alma de resolución una vez que me dijiste que tu madre era ella, cuyas flores le adornaban..., la que había iluminado mi corazón de esperanza. Ambos fueron para mí las personas que deseé tener a mi lado desde ese mismo momento... Y cuando por fin los tuve, fue la cosa más apremiante que tuve en mi triste vida. Tanto que un día lloré a escondidas y agradecí a Dios por esto. Pero después todo cambió; y odio tanto eso. Me odio a mí mismo por echarlo a perder todo. ¡Soy un maldito hombre! ¡Un ser despreciable!

—Tranquilo, no se sienta tan mal por eso. Yo tengo esperanza de volverla a ver en una resurrección, en una nueva tierra sin maldad y donde todo será un paraíso. Todas las cosas malas y tristes, ya no serán recordadas. La muerte será eliminada para siempre. Usted también puede volver a verla de nuevo en un futuro si se acerca a Dios; solo él sabe cuando acontecerá su promesa —enseñó el niño con una indulgente sonrisa hacía él.

—No tengo fe para creer en eso..., ¿de dónde sacas todas esas ideas fantasiosas?

—De la Biblia, señor. Dios es veraz y su Palabra es confiable —respondió Dominick sin la menor duda.

—Ya déjate de estupideces y mejor déjame dormir. Vete ya a tu cuarto.

Dominick se puso de pie y se retiró.

...

...

...

PEQUEÑA MUESTRA DE UN PORTERIOR CAPÍTULO. APÓYAME CON TUS APLAUSOS SINO LO HAS APLAUDIDO. DAME A CONOCER QUE TE HA GUSTADO. LA NOTIFICACIÓN ME LO DIRÁ. Y PODRÉ SABER TU PERFIL.

Por el sendero de las lágrimas.

El secreto de Karen: Contacto con el mundo mágico.

Capítulo 8

Capítulo 9

DOMINICK HARPER ES GANADORA DE UN PREMIO COMO MEJOR NOVELA INFANTIL 2017... Y COMO Mejor Protagonista Masculino -DOMINICK en 2016.

PREMIOS MGE ME GUSTA ESCRIBIR.

«El joven protagonista de Dominick Harper: vivir entre la luz y las sombras, de George Little, nos ha cautivado a todos.» Comentario de: ME GUSTA ESCRIBIR.

DOMINICK HARPER Agradece a sus lectores sus 600 "APLAUSOS" a esta Novela Infantil & Juvenil. Dale 5 aplausos a esta obra si te gusta.

20,000 visitas al libro en la plataforma INKSPIRED

NOTA DEL AUTOR: ☐ POR FAVOR: APOYA ESTA NOVELA CON TUS APLAUSOS. NO TE VAYAS SIN APLAUDIRLA, POR MEDIO DE ESTA OPCIÓN... HAZME SABER QUE TE HA GUSTADO LA OBRA. UNA VEZ QUE LO APLAUDAS, QUIERO CONOCER TU PERFIL Y VER TUS OBRAS Y LEER UNO DE TUS LIBROS PARA APLAUDIRLA Y COMENTARTE MI CRITICA.: GRACIAS. ☐ ☐ ☐ ☐ BUSCA LA OPCIÓN "APLAUDIR".

600 LECTORES AGRADECIDOS LO HAN APLAUDIDO: ¡GRACIAS POR ELLO! ES EL MEJOR PREMIO QUE ME PUEDEN DAR USTEDES, QUERIDOS LECTORES... SUS APLAUSOS... ESTO ME ANIMA MUCHO. ☐☐☐☐☐☐☐☐

RESEÑAS DE LECTORES QUE APOYAN ESTA OBRA

(LOS MEJORES COMENTARIOS PUEDEN ESTAR AQUI)

«Me gusta cada escena, uno se imagina la pobreza, el dolor, el sufrimiento de ese niño, penetra en el corazón su historia.» Comentario de Angel Gabriel en la plataforma: StoryBox. ☐☐☐ ☐☐

«Muy buena! Hace tiempo que no leía algo tan dickensiano. Me gusta!» 2016. Comentario de Jota, escritor. Plataforma: StoryBox. ☐☐☐ ☐☐

«Cautivadora es la mejor palabra que se me ocurre para describir tu historia. Tienes mucho talento y espero que consigas cumplir tu sueño» ☐☐☐☐☐ Carlos Rodríguez Martínez - Miércoles, 16 de mayo de

2018. Usuario de Me Gusta Escribir.

«He estado leyendo tu libro. Me a gustado mucho, tiene encanto. Me agrada tu forma de escribir» □□□ Barrios Cedrés. Usuario de Me gusta Escribir - Miércoles, 18 de abril de 2018.

«Triste es cuando el corazón del hombre se congela y se pierde la esperanza de que el amor es algo que no llegara a su vida y solo un alma pura de un niño es capaz de recordarle la belleza de la vida; me hizo llorar, gracias.» □□□ Mariano Leal Mendoza - Martes, 14 de noviembre de 2017. Usuario de ME GUSTA ESCRIBIR.

«Que bella forma de capturar la esencia de cada personaje, su pensar, su sentir, las cualidades, los defectos y valores que le hacen único, eres muy sensible., felicidades.» Mariano Leal Mendoza. Usuario de ME GUSTA ESCRIBIR. Martes, 31 de octubre de 2017. □□□

«Tu narrativa es increíble y conmovedora; cada frase mueve los hilos del corazón, y te hace vivir con cada palabra. Gracias por compartir esa forma de expresarte.» Mariano Leal Mendoza - Miércoles, 25 de octubre de 2017. Usuario de ME GUSTA ESCRIBIR. □□□

«Por lo general no leo este tipo de historia , pero me enamoré con esa en particular (Dominick Harper)....Tiene alma , sientes cada palabra , cada emoción . Lo que me lleva a llorar más de una vez. Ojalá lo publiquen en físico.» Edwine Hubert. Usuaría de ME GUSTA ESCRIBIR. - Jueves, 24 de agosto de 2017. □□□

«Me está encantando, que manera de escribir madre mía!! Impresionante, transmites una barbaridad con palabras simples, me gusta tu estilo. Buen trabajo, enhorabuena.» @aortega5 De España. Escritora de Wattpad. Jueves 17 de Agosto 2017. □□□ □□

«Debo confesar que son pocas las historias con esa capacidad de cautivar de tal forma a los sentidos. Felicidades. » ViktorKesler. Escritor. (Marzo 2017.) Red social: Sttorybox. □□□ □□

«He leído tu historia, y ha sido maravillosa, me siento conmovida, y maravillada por la forma en la que escribes, cómo trasmites todo tipo de sentimientos, el dolor por la pérdida de un ser amado, la angustia de una madre y preocupación por su hijo... y mi parte favorita... los consejos y el temor a Dios... ha sido para mí revelador. Por todo ello mi más sinceras felicitaciones por tus logros; éxitos y muchísimas bendiciones.» JanetRobalino7. De Ecuador. 23 Enero 2017. (Lectora de Wattpad.) □□□ □□

«Vaya, me ha encantado, y definitivamente te atrapa al instante. No había conocido en un tiempo a alguien que escribiera tan bien (...)» Ana Lara

2101. 5 Diciembre 2016. (Lectora de Wattpad) □□□ □□

«Ciertas imperfecciones naturales se presentan a través de la lectura referente a vicios del lenguaje, pero que no logran sepultar el brillo de la historia y los sentimientos que la recorren. En otras palabras, ¡he disfrutado la lectura!» Alejandro Riesco. De Chile. Jueves, 17 de noviembre de 2016. (Escritor y Usuario en Me gusta escribir.) □□□ □□

«Me encanta la forma que tienes de escribir, y cómo los diálogos están estructurados, y además, la información es precisa y no sobreabunda. Muy lindo, sigue así.» Agustín Peralta - Jueves, 1 de diciembre de 2016. (Escritor y Usuario en Me gusta escribir.) □□□ □□

«Es una historia muy dramática, pero bonita. Me ha gustado mucho y seguiré leyendo. Espero que acabes la edición. ¡Se merece ser publicada en todo el mundo! Tal vez dentro de algunos años... ¡Hasta esté en unos de los mejores libros de Estados Unidos! También me ha atrapado y me ha hecho llorar (un poco). Las palabras que introduces, me parecen tan reales e imaginativas... ¡Qué parecen sacadas de una película!» Comentario en ME GUSTA ESCRIBIR de: Nairy E.M.B. - domingo, 24 de enero de 2016. □□□ □□

«Realmente, no sé por donde comenzar, me ha encantado ¿sabes?, ¡y vaya que sí! Tienes una forma de manejar la poesía realmente genial, no sé como explicarte lo que me ha causado este libro. Tristeza, asombro, empatía hacia el pequeño. Hacía mucho tiempo en el que sentía que la lectura era vacía, que los escritores ya no eran personas, si no máquinas sedientas de dinero y éxito, pero ¿esto?... Esto es maravilloso, se nota la dedicación, el tiempo, el amor. Se nota en cada palabra que amas lo que haces y ¿sabes?, jamás me había tomado la molestia de comentar una historia de ésta manera, por más que el escritor lo pidiera. Pero yo... solo necesitaba decirte que tu arte es... simplemente hermoso, ¡mucho éxito! □» LuBelieber Octubre 2016. (Usuaría de Wattpad. Escritora.) □□□ □□

«Tú primer capítulo es perfecto, no sé que poner, yo sólo en películas había llorado de esa forma, se me hizo un nudo en la garganta y tuve que dejar de leer, porque apenas si podía seguir leyendo con tantas lágrimas.» Dag300 Septiembre 2016 (Usuaría de Wattpad. Lectora.) □□□ □□

«No hay palabras para describir esto... Todas las emociones que sentí en el momento en que leí esta historia... Cada detalle específico o no, la hace tan real, se siente el dolor, el miedo, la angustia, en mi caso, las lágrimas no cesaron y la opresión en mi pecho me acompañó durante todo el trayecto del primer capítulo de una vida -que recién comienza- llena de momentos duros, empezando con este... Simplemente admirable...» Annaliz17 Abril 27, 2016 (Usuaría de Wattpad.

Escritora.) □□□ □□

«Simplemente magnífico, difícilmente encuentro en esta red una historia tan completa y con una escritura fascinante que te invita a leer de principio a fin sin detenerse. Tienes una habilidad fantástica, en cierta parte tu manera de escribir me recuerda a Mark Twain, un admirable autor del que colecciono sus obras. La facilidad al leer, y la fluidez y naturalidad con la que se desarrollan los diálogos es muy amena. ¡Felicidades! Es un drama muy completo.» LadyRo1789 Octubre 14 2016. (Usuaría de Wattpad. Escritora de cuentos.) □□□ □□

«Wow, me ha encantado; es impresionante en la manera como narras y la trama es genial.» CristóferSolarte. Septiembre 30 2016. (Usuario de Wattpad. Escritor de Poesía.) □□□ □□

«Vaya, me ha encantado y por poco me pongo a llorar junto con Dominick. A pesar de que es muy triste, es asombroso. Narras de una manera muy detallada que es como si pudieras sentir y ver lo que pasa.» AnaLara. Diciembre 17, 2016. (Escritora, usuario de Wattpad.) □□□ □□

«Me encanta esta historia, de verdad cada día me enamoro de la dulzura y madurez de Dominick... es un niño muy tierno e inteligente. Tienes muy buena ortografía, no veo errores en ella; tu narración me atrapa, me haces compararte con escritores grandes como: Antoine de Saint Exupéry, Charles Dickens y Alexandre o Alejandro Dumas cómo se conoce en hispanoamérica; de verdad tu historia es tan genial y conmovedora.» NathalyAJ. Escritora. Septiembre 11 2016 (Usuaría de Wattpad.) □□□ □□

«Hermosa historia, amo a Charles Dickens; tu estilo es igual de mágico, detallista y emocional.» Nais_Raez. Junio 1, 2016. Escritor. (Usuario de Wattpad.) □□□ □□

«Narras de una forma muy amena y tienes buena ortografía. La historia me parece muy tierna, como ya te dije, tiene mucho de clásicos como Charles Dickens. Además, siento que son de esas historias que pueden cautivar a personas de diferentes edades. Felicidades.» NatalyGatsby. Escritora. Abril 2, 2016. (Usuaría de Wattpad.) □□□ □□

«Increíble, amo la forma en que escribes, ¡¡¡sigue así!!! ¡Me encanto!» MicaelaLongDominguez. Escritora. Enero 25, 2016.(Usuaría de Wattpad.) □□□ □□

«Aunque tu libro contiene algunas imperfecciones y redundancias, no deja de ser bello y cautivador por tu forma de escribir; la lectura es sumamente envolvente y un trama que atrapa. La historia me parece interesante con gran potencial.» Víctor Suarez. Noviembre 2016. (Usuario

de Wattpad. Escritor.) □□□ □□

«Me encantó tu libro. Es dinámico. Con un hilo historial emotivo, humano, y no deja de llamar la atención durante toda la lectura.» NievesTeresaBuenoRod. De Chile. 4 Diciembre 2017. (Lectora de Wattpad.) □□□ □□

«Un libro que, muy probablemente, esté destinado a convertirse en un clásico, debido a la forma como está estructurado el libro y la buena historia que llevas de forma tan interesante, lleno de realidades, y que refleja las emociones humanas y el temor a la muerte, pues vivimos en un mundo entre las tinieblas donde pasan tantas cosas malas y tristes. Este libro me pareció como ver una buena película, visualmente atractiva. Es como haber estado en un teatro con una buena obra que nos hace llorar y reír. Ya me imagino cuando esté plasmado en papel, que podría abrirlo con gusto y leerlo con placer como si fuera la primera vez, y por fin descubrir una historia completa. (...)» Alejandro Cazares. De México. 15 Febrero 2017. (Lector. Facebook.) □□□ □□

EJEMPLO CUANDO EMPIEZO A ESCRIBIR UNA NUEVA ESCENA EN BRUTO ANTES QUE LA IDEA SE ME OLVIDE.

Howard salió de aquella casa de la señora Escot... dejando muy en claro aquella dura advertencia con satisfacción a esas altas horas de la noche bajo el refugio de la sombra de la noche.

Temerosa por la amenaza de aquel hombre gigante que nunca había visto en su vida... la senora Ecot observó con precaución desde la ventana, junto a sus dos hijos regordetes en sus brazos, y que estaban igualmente de asustados como su madre... cuando vio por fin al hombre alejarse y perderse entre la oscuridad. Inmediatamente ella cerró con cerraduras la puerta y las ventanas..., y sus hijos le seguían como perros asustados en busca de su refugio bajo su ancho lomo.

Minutos después, Howard caminaba tranquilamente en una calle de mala muerte y mal oliente, donde abundaban los vagabundos, los borrachos, las prostitutas de la calle, cuando de pronto, un viejo de baja estatura se le emparejó a su lado.

—Que tal, ¿ya no te acuerdas de mí? ¿Eh?

La mirada de Howard parecía delatar años de rabia y rencor hacia el viejo hombre en ropas de harapos; tan sucio como un puerco, y una botella barata en la mano.

Pero Howard ignoro sus palabras y siguió caminando, acelerando un poco su paso, dejando un poco atrás al que insistentemente le seguía.

—Ey, tú, ¿me ignoras? Sí, a ti te hablo imbécil, tarado...

Howard se detuvo abruptamente, sin voltear a verlo. Solo apretó sus puños y agrietando su cara de amargura. Y sus ojos relucían de brillo por la rabia.

—Qué?... Creíste que me desearías tan fácilmente huyendo a otro país? Pues no es así imbecil (se puso enfrente de él). Pues aquí estoy, aún a tu lado.